

BIBLIOTECA LATINA

# LA CHUSMA

TIPOS DE ...

IMPRESION ...

**LA CHUSMA**

EBALDO R. QUINONES



MADRID

IMPRESA DE JULIAN PEREZ

Calle de ...

1874

---

Esta obra es propiedad de su Autor, quien perseguirá toda  
usurpacion ante los Tribunales.

---



BIBLIOTECA LATINA.

# LA CHUSMA.

TIPOS DE.....

NOVELA ORIGINAL DE COSTUMBRES

POR

UBALDO R. QUINONES.

---

¡Perdonad! Escribí riendo  
para deleitar censurando.

---

TOMO SEGUNDO.

MADRID

IMPRENTA DE JULIAN PEÑA\*,

Calle del Olivar, núm. 22.

1874

LA CHUSMA

TIPOS DE...

NOVELA ORIGINAL DE CORTINEROS

URBALDO R. QUINONES

TOMO REBUNDO

MADRID

IMPRESA DE JULIAN BENAY

Calle del Olivar, núm. 22

1874

## CAPITULO I.

### LA BARONESA DEL PINO.

Eugenia de Lara, como la regla general de las mujeres, habia sufrido muchas trasformaciones.

Su historia era un enigma; su nacimiento: un misterio. Sabíase solo que habia quedado huérfana de padre y madre en la cuna.

Educada por una abuela anciana, que tenia mucho ingénio y una cabeza sólida, su instruccion, aunque no fué vastisima, tenia el entendimiento tan claro, tan *diestro*, que nunca le abandonaba para reemplazarlo al saber. Hablaba tan graciosamente de las cosas que no sabia, que ninguno deseaba las supiera mejor; y cuando su ignorancia se hacia demasiado visible, salia del aprieto con chanzas tan sutiles y deleitables, que desconcertaban á los pedantes. Estaba tan contenta con su lote, que miraba el saber como cosa inútil para una mujer.

Su abuela había dicho: «Si mi nieta es una tonta, el saber la hará presumida é insoportable; pero si tiene *ingénio* y *sensibilidad*, hará lo que yo, suplirá con maña y sentimiento lo que no sepa, y cuando sea más juiciosa, aprenderá aquello para lo cual tenga más actitud.»

Solo la hizo aprender en su infancia á leer y escribir, pero mucho y bien, enseñándola á pensar, y haciéndola discurrir. La hacia conocer á los hombres, impulsándola á decir lo que pensaba á cerca de ellos, y emitiendo tambien ella el juicio que tenia formado. La obligó además á que la manifestase todos sus sentimientos é inclinaciones, confiándoselos con tanta dulzura y gracia que jamás la ocultó nada de lo que pensaba y sentia. Su interior fué para su abuela tan visible como su exterior. La educacion, además de ser continua, fué completa, hasta que dejó de existir la madre de su papá, para ella ambas cosas: siete meses despues de casada con el baron del Pino.

Su figura, sin ser un modelo, era fina, delgada, noble, elegante y bonita; de una estatura elevada, aire distinguido, con un rostro ovalado, angelical, en el que una melancólica dulzura se aliaba á su sonrisa de malicia inofensiva; boca delicada, en donde retoza á veces la ironía; ojos grandes, hermosos, en los cuales brilla el agrado y el talento para dar al conjunto una majestad y distincion tan atractiva como simpática.

Habia sido una de esas doncellas que á la simple vista hacen presentir todo un poema épico con sus dramas y melodramas; tenia mucho de Safo, con bastante de Santa Teresa.

Cuando vivió en compañía de su abuela, hizo sufrir á muchos despreocupados; puso en ridículo á bastantes *sabios-sérios*; tuvo en peligro de muerte á más de cuatro aventajados discípulos de Marte; pero en medio de estas revueltas, conservó su pureza incólume y su reputacion sin mancha.

Aunque las comadres de la vecindad, á quienes se deben estos ligeros detalles, no la perdonaban su desden y rigorismo, al cual atribuian la causa de alguna víctima, en aras de un platónico romanticismo, del que ella conservaba reminiscencias, la querian mucho á pesar de todo.

Despues de esta confesion de partes, no será aventurado decir que, cuantos la conocian y trataban, hacian extremos para hacerle la córte, lo que no la desagradaba en el buen sentido del vocablo.

Eugenia, áun siendo virtuosa, amaba la virtud en las demás mujeres; habia leído á las Mendoza, Pita y Coronado; solia insinuar de cuando en cuando como aquella: que las mujeres que no son hermosas, tratan de pasar por Penélopes algunas veces.

Sin embargo, sentia como española de pura sangre. No la gustaban los viajes al extranjero en temporadas de baños; preferia Luarca á Biarritz; *San-*

*Sebastian á Wis-Vaden*; Ledesma á Espa. Comia á la española, vestia á la española y hasta la desagradaba la *pintura* francesa. En sus salones no admitia *cuadros vivos*, por mucho que imitasen á la naturaleza. Tampoco toleraba la jerga bilingüe, ya fuese galo-española ó anglo-portuguesa. Era políglota; y no obstante, un *barbarismo* la producía un ataque de nervios. Tenía el mal gusto de preferir el chocolate al *thé*, ía tertulia á la *soirée*. Vivía más con el sol, que con la luna. Era española por sus cuatro costados, y refractaria á todo *extranjerrismo*.

Tenía también sus ideas particulares. Sabía que:

«Hay en cada desarreglo del corazón, una pena y una vergüenza que os incitan á dejarlo.

»No siempre son las faltas las que nos pierden, sino la manera de conducirse después de haberlas cometido.

»La pasión aumenta con las reflexiones que uno se hace á sí mismo; el olvido es el único remedio seguro que puede tomarse contra el amor.»

Se había resignado de antemano á practicar las virtudes apacibles, aunque la gloria que más estiman las mujeres no le ayudaba á ello.

Cuando á las jóvenes se las destina á agradar, y sólo reciben lecciones para tener atractivos, quería ella que la mujer *supiera pensar*.

Desconfiaba bastante del sentimiento, por lo mismo que es algo opuesto á la dicha cuando se tiene

una imaginación delicada, viva y *demasiado inflamable*.

Sentía que las virtudes brillantes no fuesen patrimonio de las mujeres, como si la *faltase algo*.

Se permitía tener ideas propias.

Solia manifestar frecuentemente á sus amigos: «Todos los vicios favorecen el amor propio, y todas las virtudes se aunan para combatirlo; el valor lo *expone*, la modestia lo *abate*, la generosidad lo despoja, la moderación lo descontenta, y el celo del bien público lo inmola.»

La repugnaban en general los espectáculos bufos de hoy, y si iba á algun teatro solía decir á sus amigas: hoy he tomado un «vagon (palco) en el tren de la voluptuosidad.» «Iremos al circo.»

Creía no debe *verse* lo que no se quiere *sentir*.

El círculo de sus amigos era escogido. Decía ella: los amigos caracterizan á una. «Mi marido es incorregible», añadía cuando le hablaban de los suyos.

«¡Cuánto *pueblo* se encuentra en esta casa!» decía en palacio el día de recepción, y la replicaban «que era la *monarquía democrática*.»

Cuando su marido estaba más *distraído*, se contentaba con manifestarle: «Las cosas están en calma cuando están en su puesto, y el tipo del corazón del hombre, es el corazón de Dios.»

Cuando lo veía agitado por las borrascas é intranquilo, se contentaba con murmurarle suave-

mente al oído: «No hay asilo más seguro para el hombre que el amor y el temor de Dios.» «Ya te cansarás.» «Escóndete en él.»

Tenia sólo una debilidad, que las apariencias podrían juzgar funesta: la gustaba ser amada.

Se consideraba con fuerzas bastantes para vencer todos los peligros de esta inclinación femenina, y á ninguno ocultaba su vanidad, este punto vulnerable, aunque luego la hicieran sufrir mucho.

A pesar de que antes de casarse había vivido con mucha suntuosidad, después de ser baronesa y millonaria, estaba ménos orgullosa con sus riquezas y su título que con su talento natural espléndidamente desplegado.

Esta legítima vanidad no la impedía destacarse, entre la sociedad elegante, como un tipo griego en medio de un grupo de liliputienses, donde estaba metida muy á pesar suyo.

Entre las damas, parecía una jóven jugando con moñas.

Una fiesta en ciertas regiones, era un continuo triunfo para ella, del que sólo tomaba una parte razonable, dejando el resto para su servidumbre cuando la felicitaban. Su opulento cabello castaño oscuro, la brillantez de los ojos, el color mármol-rosa del busto, enaltecían el elegante y esbelto tipo de Eugenia de Lara, baronesa del Pino.

De los diez años que hacia estaba casada, ocho

se habian pasado en la más completa oscuridad dentro de los deberes conyugales.

A pesar de ser querida y adorada, no temia requiebros ni adoraciones.

Le eran tanto ménos temibles todas estas manifestaciones platónicas, cuanto que las pagaba en sacrificios poco costosos: un apretón de manos, frases aventuradas que nada significaban en el fondo, alguna que otra palabra galante lanzada desde los torreones en que se parapetaba su virtud; y con el auxilio de su experiencia, se creia inexpugnable é inaccesible, y podia perdonársele esta inocente coquetería.

Alguna que otra cándida aventura, simples agitaciones de un corazon tranquilo, en pos de su esposo, era cuanto habian podido conseguir los celos matrimoniales del suyo, á quien amaba entrañablemente como padre de sus hijos.

Acababan de regresar ambos del extranjero, donde el baron habia tenido que desempeñar una mision importante cerca de un monarca, que la *crónica* llama *caballero*, y estaban decididos á abrir sus salones á los amigos.

Habian ido con una mision especial, secreta, delicada, al bello país de las artes: ¡Italia!

## CAPITULO II.

### ITALIA.

¡Italia! ¡Italia!

Este fué el grito de los marineros que acompañaban al piadoso Enéas.

¡Italia! ¡Bello país!

Italia es hoy el punto para reunion de los aburridos potentados de Europa; de los que cansados por las brumas espesas del Támesis quieren aspirar otro aire más puro y ligero, bajo un cielo límpido y sereno; Italia es el punto de reunion del enfermo cuyos pulmones tienen necesidad de un aire más dulce; el taller del artista ávido de inspiraciones; el gabinete del geólogo apasionado por los descubrimientos; la biblioteca del historiador que intenta contemplar todas las fases de la civilizacion; del arqueólogo que desea analizar todos los órdenes de arquitectura, desde el de los etruscos y colonias griegas, hasta los siglos de Augusto y Trajano, pasando por la austera república.

A la capital del orbe cristiano, á la venerable y ruinoso ciudad ibérica, va el poeta á soñar entre los paisajes del Tíber, esperando ver la sombra de Ho-

racio, y coger algunas hojas de los laureles que sombrean la tumba de Virgilio.

¡Italia! Cuna de todo lo grande; país fértil en acontecimientos; espléndido en tradiciones; grandioso en monumentos suntuosos; sublime en ejemplos heróicos; rico en testimonios de las austeras virtudes del hombre, como de su orgullo y sus vicios; panteon de su fuerza y de genio, como de su impotencia y la debilidad de sus obras.

¡Italia! El teatro grandioso donde se representaban los dramas y melodramas que conmovieron el mundo y consigna la historia, cuyos recuerdos absorben aun hoy la mente del turista. Salpicada por todas partes de sublimes páginas de historia.

Aquí fué donde Annibal, acampó con todo su ejército, viendo la soberbia capital, mientras el Senado romano trataba de defenderla contra los victoriosos cartagineses. Allí están las horcas Caudinas. Por otro lado, Minturus donde el vencedor de los cimbrios tuvo que esconderse en un arenal. Más allá, el campo humilde de Régulo, de Escipion y Cincinato. Hacia otro extremo, el palacio de oro de Neron; los jardines de Séneca y Salustio; las Thermas; y más léjos: los baños donde fueron á corromperse los restos de la virtud romana; aún más distante, la infame Caprea; ¡hoy Roma en el centro!

Aquí fué desde donde Bruto, en su silla *curula*, pronunció en presencia del pueblo, profundamente

condolido, el *I lictor* que ordenaba al verdugo cortar las cabezas de sus hijos culpables.

Aquí donde Neron, con el vil Aniceto, asesinó á su madre é hijo. Allí el Rubicon, delante del cual tuvo algunos momentos de angustiosa incertidumbre César, antes de atravesarlo para fundar el imperio romano. Al pié de estas columnas está la plaza donde pereció este gran hombre. Por este puente entró Cárlo-Magno cuando vino á ceñirse la corona del imperio de Occidente. Por esta puerta se introdujo Odoacro para poner fin al ridículo reino de Augusto. Allí está Pavía, la no ménos célebre, tan cerca de Mariñan como la roca Tarpeya del Capitolio. Aquí está Trévia. Más allá, Trasimeno y Camnas; tan distintas entre sí, como Marengo, Arcol y Lodi, regada con sangre de miles de hombres, á dos mil años de intervalo, ved la *cloaca máxima*, los acueductos, y los demás monumentos erigidos á la salud pública. El circo, edificado á los placeres sanguinarios donde se pronunciaba el célebre *Morituri te salutam*. Debajo, las catacumbas donde descansan los mártires del cristianismo.

Ved más allá: al Mediodía, el cadalso de Coradino; al Norte, los Plomos de Venecia, el Puente de los suspiros, el leon de San Marcos, el palacio de los Dux, inmediato á aquel donde Clemente XIV firmó la expulsion de los jesuitas.

Ved la inquisicion en Roma fulminando exco-

muniones y decretos, mientras que en Florencia la mira impasible la estatua de Galileo. Por todas partes este precioso suelo está tapizado de venerandas ruinas, de monumentos grandiosos que el pincel de Rafael y el cincel de Miguel Angel han revestido de cuadros y esculturas para enlazar las edades, confundiéndose con los escultores y arquitectos de los tiempos antiguos.

Ved á Añani, en donde el rey de Francia, Felipe el *Bello*, tomó la revancha de los ultrajes á los soberanos, profanando la tiara en la persona de Bonifacio VIII. Desde aquí ordenaron á la Europa, Urbano II y Pio IV, que se lanzase á los musulmanes, derrotándolos dos veces: en el Mediodía de la Francia y en Lepanto.

Estos arcos de triunfo han visto pasar cien vencedores del mundo, cónsules ó *imperatores*; y desde esta plaza, aún hoy, bendice el Papa, una vez al año, á todo el universo católico en la persona de los representantes, que acuden á la Ciudad Santa de todas partes del globo, á recibir arrodillados la bendicion apostólica.

En cada maravilla que examinaban, de las muchas que hay en Roma, el *ciceroni* les endilgaba con entusiasmo la historia y etimología con los menores detalles.

Los barones del Pino habian sido de los bendecidos, y participaban del entusiasmo patrio del guia que les acompañaba.

Estaban, ya hacia meses, en su país de regreso, ávidos de nuevas sensaciones, sedientos de placeres.

La Italia, con sus recuerdos y gratas impresiones, los habia despertado regenerándolos.

Querian gozar del espectáculo de tanta admiracion en sociedad, y para hacer partícipes á sus amigos, decidieron abrir sus salones á fin de recibirlos.

El humilde y modesto baron, antes tan retirado y retraido del mundo, se habia lanzado por completo en el candente cisco de la política, para desarrollar sus fuerzas y luchar despues como los boxistas de la rubia Albion, con el que se presentara.

El esposo de Eugenia habia sido hasta la setembrina, de origen plebeyo; aristócrata de oro, hacia pocos años que arrastraba su *baronia* por la pequeña sociedad de modistas; sociedad de sensaciones, alegre, bulliciosa, sencillamente cómica, mientras que la baronesa ocultaba sus virtudes dentro de la gran sociedad, dulcificando sus amarguras en una soledad contemplativa.

Manuel de Cuevas, baron del Pino, era un pequeño mancebo de buena presencia, mucho ingenio, poca instruccion, muchísima travesura y bastante audacia: tenia el instinto del hombre de mundo. Contestaba con cierto gracejo; hablaba bien, sabia adular, y de esta manera pudo *engatusar* á la ve-

nerable abuelita de Eugenia, adelantando la mitad del camino para casarse con ella, no sin cierta repugnancia por su parte.

Afliado al de la chusma, por *varios conceptos*, sin saber lo que eran las libertades en el justomedio; como liberal á su manera, era muy libertino, más ambicioso, y bastante avaro para todas las manifestaciones del gusto.

El origen de su nacimiento era oscuro, su historia estaba muy recargada de sombras y puntos negros. Su vida privada, era borrascosa; su vida pública hubiera hecho ruborizar á la conciencia menos escrupulosa.

Después de su regreso de Italia, privaba en su partido, el cual habia convertido su ancho pecho en un calvario de cruces, sin duda para confirmar la verdad de aquellos versos:

En tiempo de las bárbaras naciones  
colgaban de las cruces los ladrones.

Y hoy que llaman el siglo...

. . . . .

Los amigos políticos que conocian los méritos de su señora, le incitaban á que diese reuniones.

El baron del Pino le halagaba la idea de tener en su casa los ministros, generales y la pequeña banca, sobre todo, en los días lluviosos, tan perjudiciales para su reuma, y en las largas noches

de invierno, en las que el aburrimiento llamaba á sus puertas con frecuencia.

Hizo los preparativos, y decidió con buen sentido abrir las puertas de su casa á la sociedad más sedienta de placeres y que más en armonía pudiese estar con sus deseos. La baronesa aceptó con gusto aquel desahogo. Alejada de sus hijos por los deberes de la educacion, habia pasado ocho larguísimos años de monótona tranquilidad, y deseaba por curiosidad, más que por temperamento, cambiar de aires; otra sociedad y otros tipos, otra vida y otras costumbres, la parecian un grato cambio para el contraste que tanto alucinaba su mente.

Se hizo revolucionaria por complacer á su marido, sin escrúpulos ni reticencias, pero desapasionadamente.

El baron deseaba ya, por su parte, que las vírgenes alfonfras de sus salones fuesen holladas por los que legítimamente tuviesen por timbres los blasones de Alcolea.

Como aristócrata de nuevo cuño, se permitia odiar á la *nobleza de sangre*.

Quería vengarse de no ser *noble* en las acciones, por los mismos hechos: rivalizando. Su *baronía* no fué un *pasaporte* bien legalizado para entrar en ciertos círculos y esto no lo perdonaba.

Un noble, aunque sea endiosado, es temible cuando consigue *despecharse*.

Tomada ya la resolucion, despues de haber ven-

cido algunos obstáculos numéricos, se propuso realizarla á la mayor brevedad. Era la mejor época.

### CAPÍTULO III.

#### DOS DIÁLOGOS Y UNA INTRIGA.

Serian las once de la noche de uno de los últimos días del mes de Octubre del año 187... Una multitud de lujosos carruajes iban y venian, dejando las damas y caballeros, en traje de corte, en el umbral de la puerta de una de las casas más suntuosas que forman la Carrera de San Jerónimo, cuyo principal ocupaban los barones del Pino. Un grupo de lacayos, en traje de gala, preparaba los convidados, anunciándolos en el gran salon, despues de haberles quitado los abrigos en la antesala. Los dueños, espléndidamente adornados, hacian, con algun embarazo, los honores de la recepcion.

En aquella noche habian abierto las puertas de su casa á lo más selecto y elevado de la *sociedad* que enarboló la bandera de la revolucion en la fragata *Zaragoza*. Los barones del Pino tomaron aquel punto de partida para estender sus invitaciones.

Todos habian acudido á la cita, siendo contesta-

das las invitaciones verbalmente por los interesados. El baron no cabia de gozo dentro de su olimpica personalidad al ver la puntualidad de los convidados. La baronesa, aunque algo turbada, hacia esfuerzos para disipar su melancolía, simulando un placer que estaba muy distante de sentir.

Los salones semi-llenos (porque el señor de Cuevas no habia calculado, como los empresarios de teatros, la superficie, al estender las invitaciones), estaban lujosamente amueblados, aunque la variedad y recargo de tapicería daban al conjunto un contraste singular.

Al ménos curioso se le destacaba la riqueza de los tapices ante la humilde sillería de pino, cuyo número y calidad eran chocantes.

Habia algo de la *magestad real*, contrastando desventajosamente con el decorado algun tanto plebeyo.

Diríase que el ajuar del baron del Pino se complacia en simbolizar todos los períodos genealógicos de su biografía y de sus diferentes situaciones. A falta de cuadros y bajos relieves que representar decorosamente las glorias y hazañas de sus mayores, tenia objetos y riquezas de un valor especial tan subido, que marcaban las suyas propias, y parecia haberse enorgullecido haciéndolos más visibles en las habitaciones más iluminadas.

Aquí un amigo le felicitaba por su buen gusto, guiñándole el ojo familiarmente, de una manera

particular; allí otro le tocaba en el hombro, hablándole en voz baja y elogiando su habilidad.

Más allá, un compañero suyo lo miraba lleno de admiración, ante una preciosa estatua de mármol, tan parecida á otra del museo de palacio, que cualquiera diría que eran una misma, porque su autor no tuvo tiempo para duplicarla.

A primera vista, sus salones parecían un museo, á juzgar por la atención que en los muebles ponían los concurrentes. Esto no prueba más que eran aficionados á las *nobles artes*.

Efectivamente, era una reunión de artistas desilusionados más que una tertulia de amigos, pero sin despojarse de las pretensiones que tiene todo buen plebeyo cuando mejora de fortuna. La parodia se hacía á las mil maravillas en un principio, y gracias á la asistencia de algunos nobles trasprimidos que estaban allí para darla tono, podía sostenerse con algunas dificultades de estilo; pero se sostenía.

El objeto público de la reunión era divertirse; así debieron creerlo las damas cuando echaron el resto en afeites y se despojaron del *esplin*.

El objeto privado de la reunión era utilizarse; así lo comprendían los pocos iniciados en el secreto, entre los cuales estaba nuestro conocido Alberto Fernandez. Tratábase de una intriguilla palaciega que derribaría el ministerio, y á los intri-

gantes ninguna casa les pareció mejor que la del baron para urdirlo.

Este estaba bien ajeno de la trama; pero tenia sus miras en otra parte, y le pareció muy bueno el consejo de sus amigos para halagar su amor propio. Cada hombre se sirve de la vista de su interés para vislumbrar el objetivo de sus deseos. Aquí habia tangencia de visuales, y esto era suficiente para que Manuel de Cuevas abriese las puertas de sus espaciosos salones á los amigos políticos.

La reunion, á pesar del lujo desplegado, era de confianza.

Como el baron no tenia hijas en disposicion de cantar ni bailar, y su señora habia pasado estos tiempos, la *soirée* no fué cantante ni danzante; simplemente una tertulia de intimidad, en la cual halló luego su centro la baronesa.

El salon principal estaba salpicado de círculos, en los cuales se hablaba de política de actualidad, se referian novelas, se inventaban historias y zurcian biografías.

La baronesa, como las mariposas, se posaba de uno en otro, vertiendo una anecdotilla, ora picante, ora alusiva en cada uno de ellos, libando con la sustancia de su mucho ingenio y más travesura el mal gusto, las conversaciones picantes, los dichos fuertes, con gran aplauso del corro, que solia á veces contenerla, más tiempo del riguroso, para dividirse entre todos.

Escuchad dos diálogos que allí tuvieron lugar. El primero entre el conde de..... y la baronesa. El segundo entre varios jóvenes de nota y..... una *intriguilla de políticos*.....

—Os digo que soy muy dichosa, conde.

—Baronesa, convenid en que el adverbio *muy* no está en su lugar, porque si fuérais tan dichosa, no diríais que lo érais.

—No os comprendo, conde, replicó Eugenia de Lara.

—Vais á comprenderme, baronesa.

—La felicidad que es real, añadió, tiene, como las aves, dos alas para remontarse al cielo; y es tan rara, que vuela para no volver á la tierra. Si sois tan dichosa como decís, me atreveria á rogaros pintáseis el cuadro de vuestra felicidad, para que pudiera copiarlo.

—Poco diestra soy; pero con dos rasgos teneis bastante, añadió ruborizada Eugenia.

—Mi gozo es natural; adoro á mi marido, y soy correspondida. Esta última palabra se resistia á pronunciarla, la dijo con alguna repugnancia, que no pasó desapercibida á la sagacidad del conde.

—Baronesa, esa es la ilusion de la luna de miel, que tiene un tiempo limitado, y dificilmente podríais convencerme de que está en su *afelio*, cuando tiene una *epacta* fija como el argentado satélite.

La baronesa quiso objetar; pero el conde la interrumpió diciendo:

—Si me lo consentís, os demostraré matemáticamente que el baron no opina del mismo modo.

Eugenia tuvo algunos momentos de vacilacion; miró profundamente al conde, segura de sí misma; quiso saber hasta dónde llegaba la audacia de uno de los amigos de su marido, y dijo:

—Aunque no tengo grandes simpatias por las matemáticas, me habeis inspirado curiosidad por conocer vuestra demostracion.

—El razonamiento no os cansará; es muy breve, dijo el conde.

—Hace diez años que estais casada; cuatro que haya podido durar vuestra luna de miel; dos que vivís removiendo las cenizas del paraiso perdido, que viene á ser el calor del crepúsculo vespertino de vuestro amor, el sol deja aún inflamado el horizonte cuando se oculta.

—Los cuatro restantes, añadió en tono de marcada seguridad, vivís encadenada á la segunda naturaleza, que se llama costumbre, y es la tumba del amor.

—La costumbre, dijo, es el lecho mortuorio donde duerme el amor, para no levantarse nunca, y que necesita velarse de continuo para que no se disipe por completo.

—Teneis unas ideas singulares del matrimonio, replicó admirada la baronesa. Y si he de creeros, vuestra reputacion sufre un gran quebranto. ¿Desearíais que la condesa opinase del mismo modo?

El conde, que no era un gran modelo de maridos, se estremió ante esta interrogacion; pero luego, como avergonzado de una impresion tan brusca, se apresuró á contestar:

— Me seria indiferente; más adelantariamos los hombres.

— ¡Qué ideas teneis, conde! ¿Demostrais así las matemáticas?

— Sí, baronesa, y debo recordaros que fuí director del cuerpo de ingenieros, por haber ganado el primer premio.

— ¿Vuestro esposo el baron profundiza las operaciones preliminares?

A esta salida de tono, tuvo Eugenia de Lara que ser hábil para no perder la amistad del ilustre conde, y contestó en el mismo:

— Ya lo sabeis, querido conde, aunque no ha sido miembro de la Academia de ciencias exactas, es un consumado matemático que ha centuplicado su fortuna adicionando *pinos* por medio de complicadas *sustracciones*, que no están al alcance de todos.

— En cuanto á la multiplicacion, añadió, no deja de ser más hábil, pues ha convertido mi casa en un paraiso..... ya sabeis que tengo cuatro hijos que son unos querubines, conde, añadió orgullosa y ruborizada.

— No puedo yo decir otro tanto, baronesa.

Aquí llegaban cuando se incorporó un tercero que dijo:

—Si me permitís, baronesa.....

Eugenia de Lara hizo un signo afirmativo, y el Sr. R... con el general, saludando graciosamente, se agregaron á un círculo algo separado de la reunion, donde conversaban en sigilo.

Otro grupo de varios jóvenes hablaban vivamente con la alegría en los labios; pero como la juventud tiene mucha abnegacion, se ocupaban de lo que interesa al prójimo. Eran siete. La baronesa al verlos, habia dicho: «esta es la reunion de los siete sabios de Grecia.» Uno de ellos la contestó con viveza: «que tienen la honra de ser recibidos con frecuencia por Minerva.»

Hablaban de mujeres, emitian ideas audaces, escépticas, sublimes; pero con descaro, como convenia á la época, y siempre aludiendo.

Aquí fué donde el Sr. Fernandez, al escuchar su nombre, concibió aquella pesadilla, oyendo la *anatomía* de una dama que le pareció ser su esposa, aunque ella estaba ausente de la reunion, por circunstancias que no son del caso.

—Hay mujeres tan poco perfectas, que impiden al marido arrepentirse, al ménos dos veces al dia, de tener una esposa, ó envidiar aquel que no la tiene, cuatro veces por semana, decia un acérrimo partidario del celibato.

—Que *cuco* es Agapito, replicó un malicioso.

—¿Quereis acaso sostenerme que generalmente el marido no es un puerto seguro contra las in-

temperies del adulterio?..... interrogó éste con mucho énfasis.

—¿No se podría descubrir un medio para hacerse amar de la mujer? dijo un ecléctico enamorado.

—Já... já... já... gesticularon todos en coro..... La dificultad está en el medio..... Si dijeras un extremo.....

—Convengamos en que si hay mujeres enamoradas, también hay otras insensibles á todas las gracias de Cupido, y es imposible.....

—No seas niño, desengáñate, una mujer insensible no la hay en absoluto, y si existe, es porque no ha visto su bello ideal en forma de hombre, dijo el D. Juan del grupo; y para que te convenzas, os contaré una historia que tiene su actualidad, añadió dirigiéndose al grupo.

—Sentémonos antes, dijo; y cada uno tomando sillas, buscaron un ángulo de la sala y se arrellenaron en ellas en derredor del jóven *Don Juan* prestándole toda la atención posible.

Este se atusó la sombra de los bigotes, arregló la corbata, eligió una *postura*, tendió la vista para posesionarse del auditorio, y como es de cajón entre los *oradores obligados*, hizo su exordio y comenzó el cuento como sigue:

—«Había en Madrid una hermosísima jóven, (aquí su retrato detallado, con polison) llamada Eloisa, ménos conocida en la córte por su belleza y encantos, que por la severidad de sus costumbres,

aunque era artista de un gran teatro; sobre todo, llamaba la atención la indiferencia con que miraba á todos los hombres que veía y trataba; decía ella, sin ningún peligro, sin otras disposiciones y simpatías, que las que le inspiraban sus amigos. No creía en ninguna de las locuras que llegaban á sus oídos, las que por amor se habían hecho en todas las épocas; las que ella misma viera entre sus amigas y compañeras, no podía comprenderlas, ni conocía más sentimiento que la amistad. Una joven compañera, también hermosa, á la cual debía el desarrollo este sentimiento, se lo hizo tan grato, que no pensaba más que en cultivarlo con nuevos y multiplicados testimonios; imaginándose que ningún otro podría enfriar el de la estimación y confianza, con los cuales se consideraba dichosa. No hablaba más que de Leontina (éste era el nombre de su amiga) y todo Madrid no se ocupó en algunos días, más que de estas dos amigas.»

— ¡Ya las conocemos! ¡Ya las conocemos, interrumpieron á una los oyentes! ¡Sigue! ¡Sigue! que nos interesa.....

— Si me interrumpís os castigaré con el silencio, dijo satisfecho el narrador. Prosigo, pues. «Decía ya, que no se hablaba más que de esta amistad en todos los círculos artísticos y dramáticos, como si dijéramos, en todo Madrid. Eloisa tenía un hermano en su género, la igualaba en hermosura, superándola en talento; y á quien ella amaba como un

hermano digno, entrañablemente. Este tenía gran partido entre las mujeres de la corte, y todas hablaban de él en la villa con entusiasmo. Hubo un brigadier, que entraba en la casa de su padre, viudo á la sazón, que se enamoró de ella; la declaró sus *buenos deseos*, y se atrajo su desprecio, á pesar de la buena posición económica y social que disfrutaba.

El viejo marqués de S.... confiándose demasiado en sus riquezas, nacimiento y pergaminos, tuvo la misma audacia y sufrió el mismo desaire.

—»El conde de C..., jóven, rico y elegante, también sufrió la misma suerte, y una estocada en buena lid, por su demasiado amor é insistencia.

—»Eloisa continuaba triunfante en medio de su familia, de un brigadier ridículo, un viejo marqués y un conde fátuo, creyéndose aún insensible, á pesar del *buen fin* con que todos se habían acercado á ella; pero el cielo la tenía reservada otras pruebas que sirvieron para hacerla más vanidosa y asegurar más su reputación, sus virtudes y la fama de ser insensible al amor.

—»De los tres novios que sus hechizos le habían adquirido sucesivamente, y á los cuales fué insensible, respondió con la indiferencia; el primero se hizo matar en un pronunciamiento de desesperación; el segundo anticipó su muerte la pesadumbre, y el tercero se ha vuelto loco despechado, cau-

sando lástima y compasion, entre las gentes honradas, su insólita demencia.

—»Un cuarto la *hizo el amor* y tuvo la misma suerte que los anteriores, pero curó la enfermedad con reflexiones, propias de su edad, ya en sazón, sobre el carácter, índole é inclinaciones de la nueva sacerdotisa y desdeñosa doncella, causa de su amor. Este tenia un hijo militar, de buena presencia, discreto, simpático y amable; amigo del hermano de la jóven, por quien entraban en la casa con frecuencia. Ella lo miraba con interés, y como no hablaba mucho en presencia de la familia, pensaba que no tenia bastante talento y *deseó* que tuviera más. El jóven discípulo de Marte, como tenia *buena sombra*, habia hecho carrera. En varias ocasiones vió sola á Eloisa, se expresó con galanura y sentimiento, pero la miró poco, y aún habló ménos de ella, de su belleza y gracias. Esta conducta extraña la indignó, hasta el punto de lamentar que un hombre tan hermoso y de tanto ingenio, fuese tan poco galante.

—»Habló de él á su amiga, que manifestó curiosidad de verle, y fué presentado por Eloisa en persona. Alfredo se enamoró apasionadamente de Leontina; no tenia ojos más que para admirar su hermosura, en presencia de su amiga Eloisa; no se cansaba de echar flores á su jardin, y decirla que era bella, encantadora; en presencia de su amiga, tan indiferente hasta entonces, y á la cual comen-

zaron á *hormiguar* los celos, comprendiendo que Alfredo estaba persuadido de lo que decia. Rectificó la opinion, no solo de ser amable, sino tambien galante en demasía y enamorado.

—»Desde aquel instante se consideró Eloisa ménos libre con su amiga, más embarazada en su presencia; concentrada en sí misma, fué ménos expansiva con ella, y deseó verlos sólo una segunda vez para asegurarse de lo que imaginaba. Se vieron, y su creencia tomó visos de realidad. Retiró su amistad á Leontina, olvidó sus méritos y virtudes, perdió el gusto de su conversacion, no volvió á verla, y pudo comprender con grandes trabajos que el amor habia reemplazado á la amistad en su corazon. Alfredo y Leontina, por el contrario, se veian con más frecuencia. En esta separacion, se amaron entrañablemente, desearon casarse, y se casaron al poco tiempo. Como ambos eran muy conocidos en la sociedad, la noticia de su anhelado enlace circuló con una rapidez vertiginosa en los círculos donde aún no se habia borrado la impresion del desden de Eloisa. Ella lo supo, y se desesperaba. Entonces pudo comprender todo su amor. Quiso curarse; volvió á reanudar la amistad con su amiga, por el sólo goce de ver á Alfredo; pero éste, locamente enamorado de su esposa Leontina, vió en Eloisa á la amiga de su querido corazon. Esta jóven infortunada hubo de perder el sueño, no queria tomar alimentos, llegó á

debilitarse en tales términos, que su razon se trastornó hasta el punto de desconocer á su hermano, hablándole como lo haria á su amante. Se desengaña al fin, y se avergüenza; vuelve á trastornarse, cayendo en mayores errores, y pierde los sentidos hasta el punto de no conocerlos para corregirlos; cae en nuevas faltas; con el desvario se le escapa el pudor, y ya no enrojece de vergüenza. Empieza á temer á los hombres, se hace más sensible, y por intervalos recobra su razon para deplorar sus faltas. La juventud madrileña que la habia visto tan orgullosa como insensible, considera el castigo demasiado severo. Un militar habia vengado inocentemente los cuatro *rigores* anteriores, haciéndola perder la razon.

—»Otro militar fué el encargado de devolverse-la, tendiéndola la mano izquierda para hacerla su esposa, aunque sin *estola* ni *juez* municipal, ni aun testigos. Hoy, ambos son generales del ejército setembrino, que no se parece á ningun ejército sério, y si no las conociérais á ellas, os diria..... que privan en la política, y áun son amigas íntimas.»

—Basta, basta, gritaron algunos.

—¡Bonita historieta! dijo uno de ellos.

—¿Cómo la sabes? dijo otro.

—Por una modista, replicó el interpelado.

—¡Bravo, bravo! Algo sabia yo tambien.

—¡Quién diria que uno de esos generales ha sido

ministro de un tribunal supremo! dijo admirado un asustadizo.

—De poco te sorprendes; en este período cualquiera puede serlo. Es el período de las transiciones *terciarias*, dijo un *semi-geólogo*.

El grupo se deshizo para diseminarse por la reunion, en donde empezaba á hacer fortuna la referida historieta.

Otro ménos numeroso conversaba tambien con cierto calor en un rincon de la chimenea de uno de los gabinetes adyacentes al salon. El protector de Fernandez, un marinero, que ya conocemos algo, y tres constituyentes hablaban con vivacidad.

—Con ese obstáculo, decia uno, no podemos hacer nada en obsequio de D. A. Desengañense ustedes, yo no tengo inconveniente alguno en sacrificarme. Pero es preciso hacer algo, replicaba el protector de Fernandez.

—El general ha hecho indicaciones que están en vías de realizarse, interrumpió uno de los constituyentes.

—¿Sobre qué vamos á fundar la crisis? interrogó el señor de Castro, amigo y protector de Fernandez.

—Hay muchas causas; mañana hablaré yo en el Congreso sobre la interpelacion formulada, y ustedes presentan la cuestion sobre el tapete del *Consejo*, obligándole á que acepte, añadió un conocido orador del *Centro*.

—Conformes. Entonces, será preciso acudir mañana á la cita, dijeron los constituyentes.

—Acudiremos, replicó el señor Castro.

—¿Están avisados todos? interpeló uno de los tres.

—Deben de estarlo ya, añadieron los demás.

—Yo enteraré á su amigo el Sr. Fernandez, que lo he visto aquí en la reunion; dijo al señor Castro uno de los diputados:

—Me parece mejor que lo haga V.; yo estoy ahora algo frio con él, y como he de reemplazarle en el ministerio..... A propósito, añadió: ¿La marquesa se presta al Consejo?

—Afortunadamente está en su interés y es la encargada de urdir la intriga, como amiga del presidente del..... contestó el interpelado.

—Entonces todo marchará bien, dijo con fruicion el señor Castro.

—Les dejo á Vds. hasta mañana. Tengo que ver aún á S....., y voy á despedirme de los *barones*.

—¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana! le repitieron los demás. Cada uno se separó á su objeto, no sin que antes envidiaran la furtiva suerte de Alberto, el cual recorria los salones, muy ageno á la intriga que debia poner en sus manos una cartera de ministro; triste y pensativo, revolviendo un nombre en su mente, cuyo doble sentido le mortificaba horriblemente; cuando uno de los constituyentes ofen-

dido, le anunció en nombre de su padrino asistiera á la cita, de que ya tiene conocimiento el amable lector, haciéndole presentir lo útil que podría serle para entrar en el ministerio y los detalles que le concernían.

Con tal motivo apremió su salida de la tertulia.

A las dos de la mañana empezaron á despejarse los salones por su rápido desfile.

La baronesa se acostó contenta y satisfecha: algo medítabunda.

El baron, como de costumbre, aunque algo menos contrariado, salió para ir al *Casino*, donde velaba con frecuencia. Allí le hicieron grandes cumplimientos por la recepción nocturna, con los cuales le dejaron satisfecho á medias. Hubiera querido mejor que le hubieran hecho, en vez de cumplimientos fútiles, grandes puestas. Era banquero, y aquella mañana estaba de suerte.

La fortuna había entrado en su casa con buena sombra. Allí pudo restituirse de los gastos de la reunión.

Esto le animó para repetirla.

Por lo demás, todos los convidados salieron satisfechos del espléndido *buffet* con que fueron obsequiados por el baron y la baronesa del Pino.

Sólo al conde de.... como algo descontentadizo, le desagradaron ciertos golpes de *abanico* de la baronesa, á los cuales no estaba muy acostumbrada su *bizarra* persona; acompañó al baron y ambos, ¡co-

sa extraña! se consolaron con las ganancias en el *Casino* de las respectivas pérdidas en la tertulia.

Si hubo alguno digno de compasion en aquellas circunstancias, fué Alberto; dominado por su pesadilla, salió de la casa taciturno. El hombre *perdía ganando*, y este juego le mortificaba.

Tambien fué el único que, sin voluntad, pujó al *gana-pierde* en el tablero de la política privada y en la reunion de la baronesa.

---

## CAPÍTULO IV.

---

### UN MINISTRO INESPERADO.

Dos dias despues de la reunion de la baronesa del Pino, y uno posterior á la que tuvo lugar en una casa de la calle afluente á la de Segovia, toda la prensa publicó un extraordinario con *el nombramiento del nuevo ministerio*, entre cuyos nombres se leía el modestísimo de Alberto Fernandez (1).

La crisis, aunque ilegítimamente motivada como

---

(1) Bajo otro nombre.

todas las crisis que son producto de una *intriga mujeriega*, era parcial y reconocía por origen disidencias personales entre los héroes setembrinos, cuyos disgustos se habían acentuado después de una célebre votación en la Constituyente, que no honraba mucho el sentimiento nacional de los revolucionarios, y contrariaba bastante los planes de un duque desventurado.

Aunque Alberto no hacía política, ni frecuentaba los *círculos* públicos, ni visitaba mucho á los revolucionarios, había pronunciado dos discursos en el Congreso, si no elocuentes y llenos de erudición, muy intencionados y de actualidad. Enriqueta le había ayudado á confeccionarlos, suministrándole datos *intransferibles*, que no dejaron de producir su efecto en el cuadro de la política personal, dentro de la *representación-pública semi-nacionalizada*.

Por otra parte, Fernandez se había atraído las simpatías del jefe-nato que más preponderaba en la situación, cuya casa frecuentaba la amiga íntima de su esposa, y esta algunas veces con ella.

Se le hizo notar á Alberto un fenómeno, cuya utilidad le parecía oportuna. Le hicieron observar algunos de sus más íntimos amigos la *frialdad* con que le trataba su protector el Sr. Castro, y el cariño que le dispensaba á la vez el mismo conde, que había estado tan impertinente con la baronesa del Pino en su propia casa. Como la estrella del

uno se iba eclipsando á medida que la del otro era más brillante; Alberto podia seguir con más acierto su triunfante carrera, guiándose por la del segundo.

No le agradó, sin embargo, saber que su esposa tuvo un violento disgusto con la de su protector, cuyos rumores, aunque vagamente, llegaron á sus oídos, sin que le fuera posible averiguar el origen del disgusto ni la causa por que se comentaba en ciertos círculos.

Cuatro dias despues de aquel en que asistió á la cita consabida, cuando estaba para extinguirse su paciencia, estando en el despacho de la subsecretaría, una mañana entró el portero á anunciarle que una señora le esperaba en la antesala de visitas de su departamento.

Como es tan galante, interrumpió la firma y salió á recibirla.

¡Cuál seria su asombro al reconocer una de sus muchas amigas de la juventud! imaginad si podeis.

A pesar de hallarse disfrazada á la moda, con el cabello empolvado y sus *apéndices*, el cútis muy recargado de color blanco-rosa, cuando habia sido moreno-oscuro; con sus dos lunares de tafetan negro, que se habian alojado á las inmediaciones de los ojos, como satélites secundarios; en cuanto habló, fué inmediatamente reconocida por Alberto.

—¿A qué dichosa ocasion debo el placer de verte

—por aquí... amiga Marta... interrogó el subsecretario?

—Esta se detuvo algunos instantes, como para respirar. El gozo de lo imprevisto la ahogaba; miró fijamente al Sr. Fernandez, como para cerciorarse de *algo*, y dijo profundamente conmovida.

—Acabo de llegar de Sevilla, donde recibí un telégrama del conde de... para que me pusiera en camino; obedecí sus órdenes; he ido á recibirlas personalmente; acabo de verle, y me entregó esta carta para tí..... contestó alargándosela al mismo tiempo.

—Celebro ser la embajadora de tan buena nueva, y te felicito. Alberto leyó rápidamente la carta, y por ella se enteró de que iba á ser ministro.

—Muchas gracias, mi querida Marta; ¿no tienes nada que mandarme?

—Vengo tambien á pedirte una gracia para un *amigo* que está ahora en América.

—En nombre de nuestra *antigua* amistad, espero de tí que... me servirás en este asunto.

Aquí expuso muy detalladamente el negocio que la traía de tan distante, á reanudar antiguas amistades.

El futuro ministro prometió servirla, y quedaron en volverse á ver, despues que le nombrasen. Aquella misma noche debían satisfacer este requisito con un prévio banquete, para el cual habia sido invitado por el conde de... por medio de la carta que

le habia entregado su antigua amiga, anunciándole el nombramiento.

Hace algun tiempo que en España, las damas son las encargadas de solicitar gracias y destinos. Son tan sentimentales, tan dulces y cariñosas, que no hay embajador de mejor éxito y más seguro. Los hombres, en estas comisiones, son ásperos, duros; están tan horribles haciendo gestos, prodigando *sonrisas de conejo*, caricias viciadas y otras gracias mímicas en este papel; tienen la vertebral tan dura, que han renunciado voluntariamente á desempeñarlo, entregándose por completo á la bondad de alguna parienta lejana, esposa, madre, hija ó hermana, cuyos encantos y gracias saben siempre sacar á flote las situaciones más peligrosas y los intereses más comprometidos.

¡Ay de aquellos que navegan en el inmenso piélago social, aislados, y no tienen algun timonel con faldas para *remontarse* en avalanchas, aunque sean espíritus fuertes y privilegiados génios!

Una frágil crinolina, áun no siendo postiza; un polison abollado, aunque sea de fino alambre, saben elevarse á los dorados horizontes de la fortuna, se abren derrotero en el inmenso océano social á través de grandes obstáculos, mejor y con más gallardía que los monitores acorazados, y se remontan más lejos que los ángeles del Parnaso con su estrepitoso vuelo.

Cuestion de épocas, asunto de faldas. Las neva-

das del Moncayo no bastan para eclipsar con su blancura las montañas rusas de Fornos y los angelitos que revolotean por el barrio de Salamanca, hasta donde no saben trepar los más diestros en las ciencias exactas.

Alberto Fernandez era enciclopedista y por añadidura sabia gimnasia; además, ya desde que era ministro se habia acostumbrado á hacer el vacío en los abismos, para guardar el equilibrio sin *balancin*.

Enriqueta era el centro de gravedad de la casa, y estaba sólidamente agarrada á uno de los estribos más fuertes del *Alcolea*.

Por estas y otras razones reservadas, á ninguno de los iniciados sorprendió ver de ministro de.... al Sr. Fernandez.

El público, enemigo de los asuntos privados, si no recibió con asombro su nombramiento, fué porque ya estaba acostumbrado á las *sensaciones* fuertes del país.

La prensa lo miró con indiferencia, solo algun periódico archi-ministerial le dedicó un artículo de fondo con el epígrafe que encabeza estos cabos sueltos, y sirven para que el ingenioso lector ate á la madeja.

## CAPITULO V.

### DELIRIO DE UNA ENFERMA.

Algunos dias hacia que Enriqueta continuaba en cama sufriendo las consecuencias de un laborioso parto.

Sus padres, olvidando resentimientos anteriores y su altanera conducta, se habian apresurado á prestarla sus cuidados morales y fisicos, aunque fuese á hurtadillas. Gracias á los combinados esfuerzos de los médicos y los de su mamá, habia dado á luz, con toda felicidad, un robusto niño; que como era natural y han podido juzgar todos los padres, habia trastornado de placer á Fernandez. Su amor á la pátria y las muchísimas atenciones que le exigian las circunstancias graves de la política, á la que se dedicó de lleno con la cartera de ministro, le dejaban solo algunos breves momentos para saludar á su esposa, enterarse de su salud, besar al recién nacido por mañana y noche, cuando salia y regresaba á su casa con la velocidad de un ministro.

Enriqueta, si no estaba completamente sola, gracias al cariño de sus buenos padres, particularmente su bondadosa mamá, la cual habia sobornado una de las criadas, como si se tratara de algun hurto, para que la anunciase con oportunidad los primeros síntomas, á fin de prestar sus auxilios eficazmente, con la cooperacion de dos amigas y la fiel camarista, que turnaban en las grandes veladas, hubiese estado sola.

Digo sola, porque aun abundando las visitas puramente oficiales y officiosas, lejos de satisfacer á la vanidad, hielan el corazon en momentos que se necesita el consuelo de la intimidad, los verdaderos sentimientos, el calor del cariño puro y desinteresado, para calmar las angustias de los dolores físicos, atemperando las sensaciones fuertes que excita la debilidad misma del enfermo.

Esas visitas de cumplido riguroso, tan insípidas, que todos hacen las mismas preguntas, en el mismo tono, con los mismos movimientos, como si fueran desfilando ante vuestra vista cuadros disolventes, multitud de maniquís con variados trajes, concluyen por aburrir á la más orgullosa en los momentos que tanto se necesita reposo y tranquilidad.

En este concepto, me he aventurado á decir que Enriqueta estaba sola hasta cierto punto. Echaba de ménos la compañía de algun íntimo amigo que pudiera distraerla con sus gracias y conversacion;

de algunas de las amigas más íntimas que pudiesen contestar á multitud de inocentes preguntas que ella se hacia en ocasiones, cuyas dudas mortificaban su curiosidad, y las cuales se vendian tan caras en instantes para ella inapreciables.

Aburriase extraordinariamente á medida que su salud iba mejorando, y se hubiese levantado de la cama atropellando las órdenes de los médicos, desobedeciendo los ruegos de la mamá, á habérselo permitido el estado físico del cuerpo: estaba humanamente débil.

A falta de otras distracciones, su mente calenturienta recorria espacios ilimitados, y en confuso tropel se arremolinaban multitud de pensamientos en su cerebro como las abejas en derredor del enjambre; la hubiera sido difícil coger uno solo por las alas sin hacerse daño.

El estado de su cuerpo se reflejaba en su espíritu y lejos de pensar, deliraba.

El delirio tiene mucha semejanza con los sueños.

Y se sabe que estos son una especie de impresiones unilaterales, que llegan al alma sin necesidad de objetos exteriores intermedios. Los sueños en general versan sobre las cosas que más nos han conmovido ó que guardan una relacion más estrecha con nuestra organizacion. Las pasiones hacen el resto.

La edad, el sexo y temperamento, tienen tambien su parte en los sueños.

La infancia sueña: juegos, jardines, flores; la juventud: placeres, amores, combates; el adulto tiene ya sueños ménos cándidos y risueños, pero más positivos; sueña: empleos, honores y riquezas; la vejez tiene sueños tristes, su próximo fin, sus amigos difuntos, su perdida virilidad.

En la aurora de la vida, los sueños son más frecuentes y sencillos; con facilidad se sueña despierto. En la juventud, los sueños son halagüenos. En la edad viril suelen ser agitados, algunas veces tempestuosos. En la vejez, ocaso de la vida, son generalmente sombríos.

Enriqueta estaba en la situación más á propósito para delirar tempestuosamente. Devorada por la actividad de uno de los órganos encefálicos, soñaba las cosas más absurdas, sin unidad de acción. La debilidad contribuía á escitar su temperamento nervioso, cansando la presión cerebral, que ponía en juego otros órganos. Sostenía diálogos consigo misma; por intervalos se sofocaba; volvía á despertarse con espanto, miraba en derredor sobresaltada, como si estuviera amenazada por algun fantasma, y su buena mamá conseguía tranquilizarla á duras penas.

En sus soliloquios á viva voz, solía tener alguna lucidez, como si estuviesen alumbrados por la razón, y hablaba entonces razonablemente.

—¿Qué es la conciencia? se decía. El tribunal donde en ocasiones dadas comparece cada uno á

juzgarle á sí mismo, creyendo ver por todas partes escrita la sentencia Suprema. La vista de la conciencia, como la de Dios, alcanza á todos y en todas partes.

—El vicio no puede ser una consecuencia física de nuestra organizacion. De lo contrario, podrían borrarse todos los remordimientos que nos estremecen de continuo, acibarando los más dulces placeres de una prosperidad culpable.

—¿Por qué entonces tiene tanta fuerza el temor, que prefiere someterse á todas las privaciones de la pobreza, á todos los rigores de la virtud, antes que adquirir bienes ilegítimos ó morder frutos prohibidos? se interrogaba, aumentando la voz.

—¿Por qué ha de haber una voz en la sangre que incita, y una palabra en el espíritu que detiene? ¿Es preciso esta lucha?... ¿Para qué?

—El culpable vela siempre; huye de la claridad, busca las sombras, las soledades; por todas partes cree encontrar testigos que le señalan con el dedo; tiene miedo de los amigos, de los compañeros; nunca está en reposo; hasta de las tumbas le parece que salen los cadáveres para cojerle. ¿Es esto vivir? se decía. ¿Eso? No... ¿Por qué? ¿Por qué? Y continuaba hablando.

—¿Por qué el criminal vive inquieto aún dentro de su familia, entre los pedazos de su corazón, y mira con recelo á todo el mundo; en los teatros, paseos y plazas se estremece cuando alguno le

aborda; tiembla ante todos como si llevase en su frente el sello del crimen?

—¿Por qué come con miedo como si creyera que los manjares estaban envenenados?

—¿Por qué no puede estar sólo?

—¿Por qué la oscuridad lo mata, creyendo mirar cara á cara á sus víctimas?

—¿Por qué sus sentidos parecen haberse perfeccionado para mortificarle?

—¿Por qué cree oír donde no hay ruido, oler donde no hay olor, ver armas y puñales donde solo hay flores, y ¡oh terrible desesperacion! en cada amigo cree encontrar un asesino dispuesto á vengar su crimen?

—Porque es culpable. El juez está en todas partes, invisible, impalpable, para castigarle. ¡Perdon! ¡Socorro!... ¡Ay! ¡ay! gritó cambiando de postura en el lecho.

—¿Qué tienes, hija mia? la dijo su madre.

—Un dolor... que me ha dado en la cadera.

Enriqueta se equivocaba; creía haberse identificado con uno de los desgraciados que acababa de pintarle su imaginacion, y se estremeció de terror al llegar al círculo sexto del infierno de Dante, en su desvarío.

Era la una de la mañana; la alcoba estaba pálidamente iluminada por un amortiguado quinqué, en la proyeccion de cuyas sombras imaginó ver á un espíritu diabólico en actitud amenazante, tan

parecido á Alberto, de la frente, hácia abajo... que no pudo ménos de darle la espalda y pronunciar el ¡ay!... maquinalmente, asustada.

— ¡Un poco de refresco, mamá! gritó.

— ¿No te hará daño, hija mia?

— Tengo mucha sed...

La mamá le facilitó un tónico; Enriqueta mojó los lábios y al poco rato pudo conciliar el sueño; pero no así el espíritu que persistia en sus expediciones al rededor de la moral.

Minutos despues volvió á las andadas.

— ¿Qué es la virtud? murmuró Enriqueta.

— La dignidad humana, tal vez dirá cualquier filósofo.

— El sentimiento divino que da á todo sér la dignidad de sí mismo, añadia contestándose. *Ser rey de sí mismo* es el bello ideal del hombre.

— ¿Hay alguno que lo haya podido conseguir, incluso el mismo Goethe? Ni Syllery, ni todos los filósofos griegos que tuvieron sus debilidades, siendo tan sabios y severos.

— ¿Y Jesucristo? Es verdad. ¡Bendito seas!

— Ese, á pesar de Voltaire, Barthelemy y Renan, fué más Dios que hombre, y un Dios como Aquel, está exento de dependencia... es impecable, por obra de espíritu y materia.

— En el mundo real, ¿cabe lo absoluto?

— ¿Hay virtud?

— En vano lo analizarán en el establo, en sus

veladas en Jerusalem; vanamente meditarán su filosofía y ridiculizarán su moral por platónica, si les place; pero que se atrevan á mirarle todos los sabios del mundo cara á cara, desde la casa de Anás hasta el *Pretorio* de Pilatos. En el Calvario enmudece la ciencia por insolvente, y no hay ninguno que pueda resistir con los ojos del cuerpo la luz naciente de Este purísimo Sol.

—La humanidad civilizada tiene que adorarle en la cima del Gólgota, como los indios al astro del día.

Enriqueta se acordaba de la parábola de la pecadora, y la imágen de la Esperanza dibujaba una imperceptible sonrisa en sus labios. Proseguia luego delirando... y respondiéndose.

—Para los griegos, la virtud fué la hija de la verdad.

—Para los romanos, fué una diosa vestida de blanco lino, sentada sobre una cubeta, teniendo en la mano ya una palmera, ora un ramo de laurel, ya el cetro del mundo.

—Para el cristianismo, la virtud tiene alas, y con frecuencia se permite remontarse al cielo sin nuestro permiso, dejándonos abandonados en la tierra, aunque no sea más que por breves momentos.

—La verdad es: que la Grecia en el apogeo de su sabiduría, no pudo escribir ni un triste catecismo para sujetar la virtud, ya que no pudiera encadenarse.

—Segun Zenon, la virtud es la vida armónica; pero falta saber si consiste en separar las pasiones, ó extinguirlas por extenuacion del cuerpo.

—Séneca fué aún más vago que Zenon; para este compatriota la virtud consistia en «querer y no querer constantemente la misma cosa».

—Para Sócrates la virtud era el fruto supremo de la razon; mientras que para Chantho era la flor suprema de la naturaleza.

—Los paganos *tenian* cuatro virtudes: el heroismo, la sabiduría, la justicia y la prudencia.

—Por lo mismo que hoy no *tenemos* ninguna, á ellos le sobraba una. Si el heroismo era una virtud en los pueblos latinos, declaro que la prudencia reñiria muchas veces, á pesar de su flema, con el heroismo.

—Con la justicia y la sabiduría nos contentariamos las cuatro quintas partes de los españoles; pero aún *tenemos* más que los paganos. ¿Cuántas se practican? La fraternidad, la igualdad, la libertad, las tienen los libertinos en política.

—Los católicos han consagrado varias: la Fé, la Esperanza y la Caridad teologales, y además las siete cardinales.

—Como la Esperanza se parece tanto á la Fé, hubieran podido reemplazarla por la *resignacion*, de que tanto han menester, en estos tristes tiempos.

—¿Pues y la Caridad?

—En cuanto á esta virtud los mansos de corazon

os la enseñarán á la boca de un trabuco, si tanta curiosidad sintierais por conocerla.

—Es bien sensible que despues de tantos y tan solemnes congresos, concilios, concursos y conciertos como llevan presenciados, vistos y oidos las generaciones; los Santos Padres, los filósofos, las *testas* coronadas y sabios, no hayan tratado de reunir los académicos un congreso, concierto ó cónclave, para *resolver este inútil* y supérfluo problema, que tan poco interesa á la sociedad europea y que puede resumirse en esta humildísima interrogacion: *¿Qué es la virtud?*

—Si se tratara de buscar dinero y los medios más fáciles para adquirirlo, se emplearian hasta los más peligrosos. Ya verias resuelto el problema en una sola conferencia.

—Pero la virtud...

—Unos no la encontrariais en ninguna parte; otros la hallariais por todas; pero en el congreso, concilio, lo mismo que en la academia, no se podrian entender.

Enriqueta, ligeramente dormida, se volvia difícilmente á derecha é izquierda, sin encontrar el reposo en ningun lado, balbuceando palabras más ó ménos incoherentes.

—Cada *sabio*, dijo, tendria su tipo. El uno tomara á Saffo, arrojándose al mar, por modelo. El otro á Santa Teresa arrojando su corazon en el abismo del cielo. Quién juraria por Bruto asesinan-

do á César, ó por Merino ó por Ravallac. Alguno por Lucrecia, suicidándose.

Enriqueta soñaba, inspirándose en los bellos ejemplos del martirologio de los santos, en el catecismo de los paganos, en la sublime abnegacion de los salvajes de Chateaubriand, en el espiritua-lismo de los habitantes de las orillas del Ganges.

Ella misma estaba dispuesta á sufrir el martirio si con este podia legar un gran ejemplo á su idola-trado hijo. Verdaderamente sufría muchos dolores morales; comenzaba á martirizarse. ¿Acaso la ma-ternidad trasforma el corazon de la mujer? ¿Se habia operado esta metamorfosis en el de Enri-queta? ¿Sufría por la frialdad de Alberto ó por su demasiado cariño?

¿Tenia algo de que arrepentirse en aquellos so-lemnes instantes? ¡Quién sabe! Aquí repetiremos las célebres frases de María Antonieta en el tribu-nal revolucionario, cuando la acusaron de cometer abusos que estaban muy lejos de su conciencia, con su hijo. «¡Apelo al corazon de todas las madres!» decia aquella ultrajada reina; y ninguna de las asistentes á las sesiones del tribunal, quiso tirar la primera piedra.

Enriqueta era virtuosa ante la generalidad de los hombres; pero no bastaba; la fué preciso serlo ante sí misma, en su conciencia, que era la imagen de Dios, y sufría horriblemente cuando se hallaba sola, concentrada en ella.

A pesar de su orgullo de mármol, consintió en humillarse ante Dios, lo que equivalía á reconciliarla con su espíritu por el arrepentimiento. Como tomaba por testigo de su contrición al ángel de la inocencia, que estaba cerca de ella en carne y espíritu, este se compadeció de los dolores que había causado para ver la luz; voló al cielo, y trajo el perdón á su madre. Así debió concebirlo por un destello de luz divina, pues como por encanto cesaron sus dolores morales, con tan precioso bálsamo por calmante.

Entonces pudo dormir en apacible calma, y cualquiera que la hubiese visto, no siendo su esposo, la confundiría con la estatua del arrepentimiento, tendida en un lecho. Contemplándola detenidamente, inspiraba sentimientos divinos, comenzando por la compasión, que tanto predispone; su semblante lívido, trasparente, parecía reflejar los agudos dolores de su alma, dejando en la frente las terribles huellas de la tempestad de su espíritu.

Estaba regenerada: antes tan humana y ahora... tan...

¿Había sido el delirio de su enfermedad? ¿Es probable?

¿Tenía algo de que arrepentirse? Ella, tan caritativa, tan amable, tan generosa; queriendo tanto á su esposo, estimando su dignidad como la suya propia. El que tanto la idolatraba y por quien se había sacrificado extremadamente...

No podía ser, no debía ser... Imposible.

Esto es; lo que verá el amable lector en lo que sigue de esta curiosa historia.

## CAPITULO VI.

### UN HÉROE COMO HAY BASTANTES.

En nuestro bienaventurado país, todos los hombres son valientes : el soldado es bravo, el togado un sabio, el sacerdote un mártir... y no vamos más lejos. En Grecia como en Roma, el magistrado era: soldado, sabio y valiente.

Nosotros no contamos de esta especie muchas docenas; pero para consolarnos tenemos bastantes héroes.

El héroe no tiene más que un oficio : la guerra; pero puede servir para todo; puede ser magistrado, hombre de ciencias, diplomático, cortesano, y hasta en momentos difíciles, sacerdote; pero muy pocas veces suele hacer el *gran hombre*.

Sin embargo, un héroe dista bastante de un gran

hombre, y aunque se unieran en uno lo que generalmente suele ser difícil, no valdrian un *hombre de bien*.

Ha habido tantos grandes hombres, pero tan pocos buenos, que ahogan hasta la curiosidad de verlos.

Sea por contraste ó bizzarría, el español es generalmente un *hombre de bien*, en sus asuntos, en la vida privada; pero suele ser un héroe en la vida pública, en los asuntos de sus compatriotas.

No creais ver en nuestro héroe: la audacia, el valor, la energía, la intrepidez, el golpe de vista práctico, la lucidez, el ingenio, la capacidad y otras grandes dotes que los caracterizan en otros países.

Aquí los tenemos de varias clases: héroes de motin, de asonada, barricaderos, de pronunciamientos y de *sacrificios*. Las heroicidades más insignificantes bastan para bautizarlos.

El nuestro habia sido un capitan de M....., pundonoroso, oscuro, humilde, pero decente. «Un hombre de bien,» como suele decir su esposa á quien desea oirlo, para avergonzarse del último tercio de su vida aventurera.

Sin pretensiones, dentro de la religion de sus deberes, entre la familia y los amigos, pasaba una vida cómoda, tranquila, algun tanto ociosa; pero digna y decente, con las comodidades deseables, razonablemente permitidas.

Pero como la ociosidad es madre de todos los vicios...

Nuestro héroe; habia pasado los dos primeros tercios de su vida en agitacion continúa entre peligros y azares, recorriendo el inmenso piélago salado, ya en expediciones científicas, ora bélicas, á *la vera* del pabellon nacional, de cuya honra, prestigio y decoro, era uno de sus celosos defensores; siempre lleno de sensaciones, nunca en reposo. La ociosidad debilitaba su cuerpo vigoroso, robusto, fuerte, y mataba el espíritu.

Esa vida monótona y tranquila le era insoportable. Tenia necesidad de la sensacion fuerte para alimentar su corazon; la costumbre del abordaje y la lucha, lo fascinaban.

En la tierra de María Santísima puede cualquiera tener las sensaciones muy variadas; las hay para todos los gustos... ¡Cuando Alejandro Dumas vino á este país en busca de ellas, como su hijo puede justificaros por... el consabido lance de los falsos salteadores!

El Sr. de Castro, que ya recordará el lector habia entrado por equivocacion en el entresuelo de la casa del barrio de Salamanca que ocupaban los señores Fernandez á la hora del thé, habia adquirido una pasion extraordinaria por las luchas de gallos; pero tan decidida que degeneraba en vicio.

Para matar los ocios no perdía una riña, pero no le satisfacía el ser simple espectador, y frecuen-

temente aventuraba cantidades propias y extrañas en pro de uno ú otro de los gladiadores de pluma.

Las apariencias le perdian, y como no era perito, la fortuna le castigaba sin compasion algunas veces.

La pasion se convirtió en vicio y el vicio fué arraigándose tanto, que concluyó por dominarlo.

Una, dos, tres, cuatro, forman costumbre; la costumbre toma tiempo y se hace pasion; la pasion elige distancia y construye el vicio, que se encarga de encerrar al hombre en sus dominios. En todos los órdenes tenemos: la *série* llámase *cuerpo* en las enfermedades; *espacio* en el tiempo; *forma* en los vicios; *costumbre* en la naturaleza.

El temperamento del Sr. Castro, la ociosidad y otros atributos inherentes á su robusta naturaleza, fueron circunstancias agravantes que precipitaron los términos de la *série* vicio, arraigándolo en él con una rapidez vertiginosa. Muy poco tiempo fué bastante. Como los vicios han pactado cierta solidaridad entre sí, y estamos en la época de la *federacion*, el juego, los placeres, vinieron ruidosamente á la puerta del corazon del Sr. Castro para conducirlo en el vagon de la voluptuosidad al infierno.

Por otra parte, el Evangelio dice: «cualquiera puerta que llames te será abierta.»

El Sr. Castro, buen evangelista, abrió la suya, y todos entraron en tropel como si estuvieran en su casa.

Nuestro héroe hizo esfuerzos para desasirse, pero ineficazmente. Fueron las últimas agonías de una conciencia pura, que se asfixiaba en la ociosidad, dentro de un hombre de bien.

El diablo, que es un gran propagandista, envió á esta alma, colocada por la fatalidad á su alcance, dos heraldos, disfrazados de hombres, que entablaron negociaciones en forma de amigos.

Comenzaron por alimentarle la pasión gallística anticipándole sumas, bajo promesa de reintegro en tiempos de bonanza. Con estas y otras cantidades lo comprometieron premeditadamente, ahagaron su amor propio. Pusiéronle en contacto, como género ya averiado, con otros elementos corrompidos, que ya estaban en la *sentina*.

Le inocularon por la vena de la vanidad, que todos tenemos, más ó menos nutrida, una falsa modestia y una falsa gloria, que añadida á una falsa virtud y una falsa grandeza, como parches; figuráronse formar un héroe por hipocresía sobre el pedestal de la ingratitud.

Era demasiado bueno para conocer estas cosas á su tiempo y poner remedio por el atajo; pero el vicio se habia introducido con sutileza por un punto débil, deslizándose con la mayor inocencia.

¡Qué más inocente que una riña de gallos? ¡La sangre inocente corre! se dirá; ¡los espolones se aguzan con premeditacion!

En un reñidero de la parte más meridional de

Andalucía se conocieron Alberto, que era más afortunado, y nuestro héroe. Allí entablaron relaciones amistosas, *viéndose*, por una módica cantidad que el Sr. Castro le pagó religiosamente en Cádiz, dándole un destino por vía de interés é indemnización, y declarándose su protector desde entonces.

¡Cuesta tan poco ser pródigo con lo ajeno!

A los conspiradores vulgares les costó muy poco trabajo comprometer al Sr. Castro.

Como la ingratitud es un gran agarradero para amarrar los *hombres de bien*, á la causa del mal.

Amigos personales de un general... colocaron al Sr. Castro en un puesto, desde el cual podía serles muy útil, aunque fuera más ingrato y desleal.

Por estos dos caminos emprendieron la marcha, y por estas dos puertas entró la setembrina.

Si los padres se parecen á los hijos, sea dicho que una revolucion engendrada por tales padres habia de ser fecunda en... hijos semejantes.

Por desgracia los hechos no han desmentido este axioma. Ahí está la nacion entera para dar testimonio, y que desmienta... si se atreve.

El Sr. Castro, tan humilde, tan honrado, tan bueno, tan caballero y leal antes, salió de la *sentina* de un....., cuyo nombre fué tan temible á las huestes del mariscal Suchet en esta clásica tierra de leales é independientes, completamente trasfigurado. ¿Por qué? Pocos lo saben.

Su señora, una distinguida dama, tan piadosa

como buena, cuyo testimonio es digno de crédito, repite con frecuencia como si fuese una monomanía : «Desconozco á mi marido.... Desde que anda con esa clase de... se ha vuelto peor que todos ellos. Ha perdido hasta la educacion... y... antes era...»

La verdad es que sufre, y el hogar doméstico se ha convertido, de paraiso que era antes, en infierno... Cada pecado lleva en sí su penitencia, y el Sr. Castro, conocido bajo otro nombre, arrastra por los salones todas las virtudes y méritos que le han colgado del pecho los setembrinos.

Aquí debo hacer una observacion á mis amables lectores. El público, aun por muy cosmopolita que sea, difícilmente se interesa por quien no conoce y ménos aun si no lo ha visto. A cualquiera le sucede otro tanto. Si os refiriesen que sesenta ó cien perros, y quien dice perros, gatos ó conejos, han reñido una gran batalla en las calles de Madrid, en alguna plazuela oscura, á la luz de la luna, de cuyas resultas han quedado tendidos en el campo un par de docenas, os quedariais tan frescos como el paleta del lugar vecino ; pero que os enseñen uno solo, pequeño, feo, andando sobre tres patas, con la cuarta ensangrentada, aullando, y os conmovereis ; tal vez, á pesar vuestro, se os escapará una lágrima. Hé aquí por qué todos los novelistas retratan á sus héroes antes de referir sus hazañas.

Pero el Sr. Castro fué tan popular, es tan conoci-

do del público, sus heroicidades han sido tan cantadas en todos los tonos, representadas en los teatros grandes y pequeños, en los cafés cantantes, en las tabernas, en los salones altos y bajos, que me considero dispensado de hacer este trabajo, para el cual mis pinceles son algo duros; pero como todo el mundo no lo conocia de vista, haré, aunque no sea más que una caricatura, en cinco trazos.

El hombre de los sacrificios, nuestro héroe, el Sr. Castro, es alto sin ser esbelto, grueso, anchas espaldas, patillas á lo napolitano, ojos con transparentes de vidrio, á través de los cuales se apercibe un color indefinible, que debe ser el de su alma. Poned un mascarón de proa sobre un cuerpo de aguador, oliendo á brea, y tendréis el héroe en cuestion.

Interesaos ahora, si os place, pero os advierto que la nacion en masa ha tenido que hacerlo, por desgracia, como las mujeres que prodigan sus gracias á los que no son graciosos.

Empero el Sr. Castro tenia cierto partido entre las damas de *cierta* clase, á cuya explotacion no se habia dedicado hasta despues de la *golosa*.

Apadrinando al Sr. Fernandez, no se contentaba con hacerlo á medias, lo apadrinaba pública y privadamente. En el ministerio y en su casa. Habia sido padrino de la boda, y si no lo convidaron al thé, donde entró por equivocacion, fué por temor más que por deseos. Eran avaros con el honor que

les dispensara su amistad y no querian gastarlo en un mes con el uso, como las monedas; pero de cuando en cuando él les dispensaba algunas visitas de confianza íntima, cuyo placer saboreaban en familia. Es tan grato el honor, aun siendo postizo, cuando bien se usa!

Enriqueta y el Sr. Castro habian simpatizado. Él la contaba sus espediciones marítimas, sus combates, sus victorias. Ella sus *penillas* y sus triunfos. Como del uso al abuso no hay más que un paso, Alberto daba fé con su presencia de la veracidad de uno y otro. Las intenciones eran puras, honestos los sentimientos.

¿Qué batallas habia ganado?

¿Qué empresas llevado á feliz término?

¿Qué inventos dado á luz?

¿Qué mejoras habia producido para el país nuestro héroe?

No era un gran capitán como Andrea Doria, Alvaro de Bazan, Nelson, Baurepart, ni un valiente como Gravina, ni Churruca, ni tampoco un sabio como Colon, Magallanes, Vasco de Gama, ni Balboa, ni ménos un Bisson, pero como este, se habia cubierto de su gloria particular, dando un grito sobre la cubierta de una fragata en una bahía, cuyo sepulcro removido, encerraba gloriosos recuerdos.

El Sr. Castro no era una notabilidad científica, un explorador incansable del abismo salado; ni habia descubierto siquiera un archipiélago de peñascos

donde pudiese amarrar la gloria de sus blasones, por recuerdo imperecedero de su renombre. No tenía ninguna de las condiciones positivas que ornán la frente de los héroes de un fuego de gloria, aunque sea fátuo, ni ménos permanente; pero su figura cuadrangular, prominente, se destacaba en el vacío, orleada por una nubecilla pardusca algo densa, la cual solo con el auxilio de la vista de ciertos criterios podría parecer de fuego. Estaba su pedestal tan negro, tan sumamente bajo del plano horizontal que sirve de base al templo de la gloria, colocado aun más bajo del ordinario en relacion á las medianías, que cualquiera podría á simple vista sin dominar la *nivelacion* llamarle *héroe negativo*.

La síntesis del nuestro sumaba, por un lado, la caricatura; por el otro, lo grótesco; por el tercero, la indignidad, y por el cuarto la ingratitud: era un héroe bajo. Si los hay altos, ¿por qué no ha de haberlos bajos?

El análisis no podía resistirlo. A sus heroicidades se decían «cosas de Castro.»

Sus sacrificios eran negativos, sus méritos negativos; negativos eran sus servicios y sus virtudes.

En una palabra; si hay héroes positivos, algo debemos á la inventiva de la setembrina: el *héroe negativo*. Sin embargo, era un héroe completo, pero en sentido antitético al que hasta ahora tienen todos los verdaderos héroes.

Nada extrañará el lector si considera que el señor

Castro se engendró como héroe en una sentina, y todos saben sin carenar, que está bajo nivel del mar. Nació, pues, con estatura negativa, en la categoría de los fenómenos.

Alguno negará que la setembrina comenzó trastornando el sentido comun : tiene algo de lo monstruoso. Como el héroe que conoce el lector, ha producido muchos. Es la monstruosidad concibiendo, engendrando y procreándose.

Dicho se há que el Sr. Castro continuó frecuentando la amistad de los Sres. Fernandez, hasta que, á consecuencia de un disgusto con un amigo de estos, rompió las relaciones violentamente con Enriqueta, dejando de asistir á su casa, en las condiciones que verá el lector...

La Sra. de Castro habia sospechado, antes que Alberto, la intimidad de su esposo con Enriqueta. A punto estuvo de quemar por segunda vez á Alberto; pero no la gustaba jugar con fuego, aunque su marido hubiese jugado con ella presentándola una amiga que compartia su cariño.

## CAPÍTULO VII.

### DOS RIVALES PIERDEN UNA REPUTACION.

Las combinaciones de la política, los *intereses creados* por un grupo de amigos en derredor del Sr. Gomez y el Sr. Castro, habian establecido cierta tirantez en sus relaciones; y aunque eran colegas en el ministerio, iban cada vez separándose más en sus apreciaciones económicas. Deseaban ambos á la mayor brevedad romper el estrecho círculo en que la *cosa pública* les habia colocado para hacerles sufrir el suplicio de Tántalo. Los amigos respectivos atizaban por su lado la discordia, como saben hacerlo cuando les guia interés opuesto, el ódio que recíprocamente se dispensaban. La prensa ministerial, la opinion pública, se complacia en mortificarles, elogiando su amistad íntima, sus simpatías, su union, por lo mismo que eran cada vez más negativas.

La caricatura, las cajas de cerillas, y todas las manifestaciones legítimas de la popularidad, pin-

taban esta union , uniendo los retratos de estos olímpicos héroes en un mismo cuadro, de perfil, como los reyes godos. Ellos, por su parte, alimentaban este sentimiento nacional, prodigándose mutuamente flores á la faz de la nacion en ambos Cuerpos Colegisladores, desde los extremos del banco ministerial , dándose abrazos y apretones de manos, que los amigos de uno y otro interpretaban fielmente, en todas las ocasiones que la más sincera espontaneidad les permitia.

La *razon de Estado*, que fué tan cruel con Felipe II para ordenar la muerte de su hijo, les hacia ser ménos razonables en el *Consejo responsable*. Entonces fué menester tomar baños de mar para tener algun desahogo, y este sentimiento íntimo tomaba proporciones colosales, en forma de decretos que desgraciaban á la patria, por lo mismo que agraciaban á muchos patriotas.

La amistad de estos héroes habia llegado á su grado máximo, cuando ya no tuvieron más *patriotismo* para repartir entre los amigos. Entonces decidieron distraerlos, haciéndoles espectadores de la tragedia que más anhelaban ver representada: un combate Florentino. Este género de espectáculo desconocido en nuestro país, y para el cual se sentian dispuestos por la voluntad y las intenciones de los respectivos amigos que les *azuzaban*, tenia por objeto hacer mucho ruido, causar efecto, y concluir de cualquier modo con uno de los rivales.

Lo habia inventado una célebre familia de Italia, de régia estirpe, que contribuyó á hacer más célebre el ilustre y preclaro compatriota nuestro, doctor Orfila, con su obra maestra.

El Sr. Gomez era un héroe de valor *vistoso*, como todos los populares, aventurero de oficio, noble por inclinacion, soldado por temperamento, afortunado por suerte, tenia mucho de Duguesclain, muy poco de Bayardo, y absolutamente nada de *Gonzalo de Córdoba*. Como soldado, la patria tendria algo que agradecerle; como general *dudoso*, el ejército le hubiesé castigado á haber nacido en el siglo XVIII, con la muerte en un cadalso, áun siendo absolutista por costumbre. Pero áun con todas estas cualidades y otras muchas que le sobraban, otro que no fuese él, teniendo solo la *hombria de bien*, hubiera proporcionado dias de gloria, períodos de ventura á la patria, usando razonablemente de la popularidad tan opulenta que muchos grandes hombres no pudieron conquistar en bastantes años, y él la gastó en algunos meses con sus *velocidades aristocráticas*, cuya debilidad fué tan perjudicial á la nacion, como desventurada á su familia y amigos.

Mientras el Sr. Gomez contrariaba los proyectos y planes del Sr. Castro, que tambien se permitia tener ideas propias, este pudo contenerle en los límites de un fingido decoro y una falsa amistad; pero cuando el Sr. Gomez tuvo el poco acierto de

herirle en el corazón del amor propio, estalló como una bomba.

El Sr. Gomez llegó á tener inquietudes, á pesar de su *vistoso* valor.

Se habia permitido amar á una dama por quien ya era amado el Sr. Castro.

Que todas las *amistades* le perdonó ménos esta, la cual aún consideraba dudosa por no tener un preciso grado de certeza.

Amar á la Sra. de A. sin su permiso, equivalia á desafiar sus iras, provocándole con premeditada crueldad.

El Sr. Castro estaba rematadamente enamorado, loco, y aunque sólo era amigo de la Sra. de A., la audacia y el cinismo del Sr. Gomez no le dejaban conciliar el sueño.

Figuraos el dolor y la tristeza que experimentaria un avaro al ver que le robaban un tesoro que hasta entonces tenia oculto á todas las miradas profanas, si quereis tener una idea aproximada del que experimentaba el Sr. Castro.

El corazón de la Sra. de A. tenia un valor inapreciable para él; por lo mismo que era de contrabando, la preferia entre las demás como se prefiere el género prohibido, á una perla entre margaritas.

Imaginaba en su dolor profundo todos los medios, hasta los más negros, para vengarse. Habia presenciado la defeccion de su amiga en sus pro-

pias barbas; pero aún no estaba convencido de que era real.

Tampoco podia manifestar al Sr. Gomez que aquel corazon era suyo, porque tenia otro dueño legítimo, y entonces este podria contestarle: «quien roba á un ladron tiene cien años de perdon.»

La situacion del Sr. Castro era terrible; amaba y no podia decirlo; era correspondido y tampoco podia darse por aludido. Prevenir el hurto, advirtiendo á la condesa la distraccion de su esposo el señor Gomez para evitarla. ¿Lo creeria esta? Y aún creyéndolo, ¿podria conseguirlo? Rechazó el medio por ineficaz. ¿Sabria el Sr. Gomez lo que todo el mundo no ignoraba con exclusion del marido? Era probable.

Ir derecho á un duelo [haciendo prevalecer los derechos del primer poseedor, ¿era conveniente? A todas luces no. Habia que evitar el escándalo, y el escándalo se evita sólo con el silencio. ¿Qué hacer en este caso? Callarse, sufrir y disimular, esperando; pero antes de nada, era necesario defenderse en retirada, disputándole el terreno palmo á palmo. El Sr. Castro lo sostuvo con gran tenacidad á fuerza de desaires.

Cuando su amiga lo abandonó por completo, dejó el campo al enemigo sin abandonar la venganza.

Mucho trabajo le costaba disimular su despecho; á duras penas podia contenerse en los *Consejos*.

Sus amigos le incitaban, poniendo en juego todos sus resortes, á que diera un golpe audaz y decisivo. Tenia que habérselas con un temible rival, tan diestro como temerario. Todo estaba previsto para la batalla. Ambos combatientes habian elegido el campo de la política. Debia darse la batalla en el Congreso. Las huestes se hallaban hacia tiempo preparadas la una en frente de la otra.

Una tarde rompió el fuego el centro; corrióse á la izquierda, y una sorpresa lo hizo general.

Solo un supremo esfuerzo podia salvar al Sr. Gomez ya casi vencido, la fortuna vino en su auxilio y lo salvó.

El Sr. Castro tuvo que abandonar el ministerio entonando la oracion fúnebre en un sentido discurso sin olvidarse del «*Salve César Imperator, murituri te salutam.*»

Vencido y todo tuvo la satisfaccion de caer en gracia, eligiendo una postura ad hoc, que los constituyentes dieron en llamar de *sacrificio*.

En esta batalla no se derramó sangre como en la de Almansa; pero España cambió de dueño pasando á ser esclava de los que habia sido señora, por el patriotismo de unos cuantos caballeros que, despues de haberse repartido sus túnicas, tuvieron, si no el mal gusto de venderla, la triste manía de entregarla como un *trasto viejo* al primer quidan.

Este prodigó astillas, dádivas y mercedes entre los suyos, hasta dejarla moronda y limpia.

Los españoles no pudiendo tolerarnos á nosotros mismos, consentimos que los de fuera nos traigan las cadenas.

Si el cetro habia sido pesado para Cárlos I, ¿ cómo podria llevarle el nieto de los que se honraban siendo sus tributarios, limpiándole los chapines en dias de caza.

Los setembrinos encontraron medio de aligerar esta pesadez, desgajándole algunos florones con el hacha del filibusterismo.

La verdadera causa de aquella ruptura comenzó á hablar en el círculo de los iniciados, cuando al poco tiempo vieron de ministro á un desconocido, y la limpia reputacion de una dama fué poniéndose de un color dudoso, con algunas manchas que la maledicencia arrojó entre el Sr. Castro despedido y el Sr. Gomez *favorecido*.

El primero, como ya sabemos, se dedicó á conspirar tenebrosamente. El segundo se adormecía con las caricias de la Sra. de A. sobre la alfombra de sus laureles artificiales...

El rumbo de la política era peligroso. Los ménos iniciados en sus secretos presentian una catástrofe, porque el timon de la nave del Estado estaba confiado á frágiles manos. Habia mucha mar de fondo y la tempestad arreciaba.

En estas circunstancias, tomó el Sr. de Castro la resolucion que hacia dias elaboraba en su mente, de perder una reputacion sostenida por largos años

y á fuerza de grandes sacrificios, y confiar un secreto al Sr. de Fernandez en testimonio de su amistad.

La reputacion era la de su esposa, el secreto no le pertenecia, se lo habian confiado.

¿Quién? La amiga del pintor Nuñez, que ya conoce el lector, por haberla visto en Capellanes.

¿En qué condiciones?

En las que verá, por el capítulo siguiente.

---

## CAPÍTULO VIII.

---

### !!!CÓMO SE MARCHITAN LAS VIOLETAS!!!

---

Marta habia ya conseguido realizar sus dorados sueños de la boardilla, atravesando las fortunas y las pasiones más diversas. Podia decir con orgullo como D. Juan Tenorio : á los palacios subí, á las cabañas bajé... Un amor sin mañana, de una hora, sin dejar más que un vago recuerdo tras sí, agitó de continuo su corazon. Veia pasar sin reco-

nocerlos, á quienes casi habia amado, como figuras fantásticas de un sueño. Mariposa de la vida se habia posado en las flores de un perpétuo estío, dejando entre las espinas algo de sus preciosas alas. Hablaba muy poco, hacia sentir bastante; como esas vírgenes extraviadas, de quienes hablan ciertas novelas, vivia al dia, como todas esas jóvenes pródigas de la vida, destinadas de antemano á morir en la juventud, y que llevan el sello de su destino, á los quince años, en todos sus movimientos.

Algunas veces, despues del encuentro con el ju-  
dío en Capellanes; tocó la fortuna, y desde la tienda de modas donde estaba cosiendo, subió á una carretela de lujo de seis resortes; hizo un viaje de recreo al extranjero para concluir de perfeccionarse en el inglés, tuvo vestidos, botinas imperiales de saten, sortijas, habitacion suntuosamente amueblada, todo lo que habia soñado desde su núm. 4.

Paseó á pié, á caballo y en coche; destrozó algunos vestidos de seda, con cola; tuvo muchas envidiosas, desafió á sus rivales en lujo. Pudo atolondrarse en los teatros, bailes y paseos, porque en las tertulias donde iba eran íntimas y de un reducido número de personas. Amaba poco el trato de las mujeres. Habíase establecido en un espacioso principal de la calle de Jorje-Juan; de allí se remontó á un piso cuarto de la del Baño, por haber tuteado á un capitan de infantería en presencia de un amigo *pagano*. Descendió á un se-

gundo por tratar de excelencia á un marqués en ruina. Volvió á remontarse á un pobre cuarto tercero porque tuvo el mal gusto de recibir de bata á un inspector de Hacienda, cuando entraba el marqués. A su generosa personalidad le sucedia como al mercurio de los termómetros, subia ó bajaba segun la temperatura de los amigos á quienes se dignaba agradar. La abundancia, el lujo, los carruajes, estaban en razon inversa de su posicion. Tanto más baja cuanto más refinamiento y prodigalidades. El que puede subir á un piso cuarto, le es más higiénico andar á pié. Esto pensaban las amistades de Violeta. Ella por su parte, en el principal como segundo y tercero, lo mismo en los carruajes que en los vestidos, alhajas y muebles, la sucedia lo que á los frailes cuyas comunidades son millonarias y de nada pueden disponer; ella nada habia poseido. Sin embargo, en obsequio de sus buenas ideas, debe declararse que no era partidaria del comunismo. La vida fué para ella un grandioso hotel siempre lleno y siempre abierto, para entrar y salir. Alquilaba la casa, los muebles, el carruaje, y á veces sin estar en carnaval, los vestidos. Violeta, que nada tenia suyo, era de todos. Admirábase de verla sin nada propio, habiendo tenido tanta riqueza y siendo hermosa hasta cierto punto; no comprendian dejase de pegársele algo de lo mucho y bueno que tocaba en las manos, para confirmar aquel adagio, «quien anda con la miel.....»

Qué la importaba, decían las amigas, es millonaria en gracias; pero no tenían en cuenta que ella arrojaba sus millones por la ventana.

Comía en la Fonda Española, cenaba en Fornos, dormía aquí y allá; y si la quedaban algunas horas, las gastaba en un café cantante cualquiera. Creía que el tiempo era el presente, no pensaba en lo futuro porque se había olvidado del pretérito; odiaba los gallegos por aquello de «guárdolo para una necesidad.» Para ella no las había nunca, y derrochaba lo único que tenía, su hermosura. El resto la importaba muy poco.

Algunos años bastaron para hacerla palidecer, porque era tan delicada como las flores de su nombre. El álito social la había marchitado prematuramente. Comenzó á toser, perdió la voz, pero no por esto dió cuartel á su juventud. ¡Cómo detenerse! Tenía tantos amigos, que no contaba con ninguno. ¿Quién vendría á consolarla en su lecho de dolor? Cada noche que salía la quitaba un año de vida, y era preciso para no morir de.....; pero cuando uno es jóven no se cuentan los años mas que para gastarlos. Violeta quería imitar á esas aves incansables, no acostándose más que una vez, para morir.

Sin embargo, la fatiga de un continuo carnaval, que fué para ella el último, pudo más que su voluntad y tuvo que guardar cama. Ninguno vino á verla; me equivoco: sus acreedores prodigaban las

visitas para espiar sus suspiros, á fin de utilizarlos. Sus amigos recibieron varias cartas en diversos caractéres de letra, redactadas por la costurera, peinadora ó modista, que alternativamente la asediaban, porque Marta habia olvidado todos estos oficios que ejerció en sus buenos tiempos indistintamente; todas empezaban y concluían con la misma fórmula: «Si V. me estima aún, dignese venir á verme...» «Si tú me amas, ten la bondad de venir inmediatamente.» Pero ninguno fué á verla.

Sin embargo, el señor de M..., los Sres. Castro y Fernandez la habian entretenido algunos meses en sus malos tiempos. El Sr. Castro conservaba aún un grato recuerdo de Violeta, que reverdecia á hurtadillas con alguna frecuencia. Fué á uno de los que se olvidó de llamar. Era de los últimos resortes que pensaba poner en juego, como último refugio de su esperanza.

¡Cuántas veces habia oido de los labios de aquellos á quienes escribió, «te amo tanto...» Se dice hoy con tanta facilidad!

Marta comenzaba á despertarse muy tarde, y precisamente cuando estaba bastante enferma, cuando *más necesario la era el sueño*. Tuvo que resignarse á beber el cáliz de la amargura como todo buen penitente.

Su enfermedad se agravaba, los recursos hacían el vacío en derredor suyo, aislándola. El cuadro del aislamiento, con la muerte en tercer término,

es un cuadro capaz de crispar los cabellos á la criatura más sólida de cabeza.

El Sr. Fernandez la recomendó á uno de los mejores hospitales de la corte, enviándola un puñado de plata.

El Sr. de Castro, con algunas palabras de consuelo, la envió también un puñado de oro.

Violeta tuvo el placer de ser trasportada á una habitacion algo confortable, en donde habia otras tres mujeres. El consuelo, es una virtud en ocasiones; la *dulzura*, una fuerza; la moneda, un punto de apoyo.

Violeta desarrolló estos tres elementos en derredor suyo, escitando todas las simpatias que por sus antecedentes y su historia inspiran siempre las mujeres en las conciencias católicas. No en vano habia llamado á esta puerta. Una hermana de la caridad, fué su verdadera hermana.

Cuando algunas amigas de sus buenos tiempos supieron que estaba en el hospital de... y que *habia ido de veras*, vinieron á verla, inspiradas más bien por la caridad del diablo, que por la de Dios.

Con gran asombro suyo, la encontraron resignada, humilde, tranquila. Ninguna contó las probabilidades que tenia contra una, de pasar por aquel establecimiento á otro peor.

Violeta, como las flores que agosta el sol y refresca el rocío de la noche, habia erguido algo el tallo, parecia colorearse, gracias á las rociadas de

consuelo y los cuidados de las amigas por simpatías de compasión.

Sensitiva arrancada de su tallo por el huracán de las pasiones sociales, parecía abrir su cáliz al rocío divino, levantando los ojos al cielo.

El médico que la asistía vió desde luego, impresas en su semblante, las garras de la muerte, y dijo que no llegaba al mes de Abril.

Estaba casi desconocida, el mal se apoderaba rápidamente del centro vital, ó mejor dicho, ya había herido el corazón.

—Eres tú, Marta.—Te creía ya muerta, la decían algunas compañeras cuando la visitaban.

—¡Es igual; estoy próxima, contestaba haciendo un movimiento de hombros con una resignación estóica...

—Lo único que sentiré, es que me entierren en la fosa comun: y añadía sonriendo con una dulzura poco vulgar.

—Puesto que he vivido siempre de alquiler, quisiera comprar la tumba, para que al ménos en la muerte estuviese en mi propia casa.

—Se cumplirá tu deseo, replicaban las amigas, echarémos un guante entre los amigos.

—Mañana tendrás tu lecho mortuario, la dijo una dama en alza, con la misma impassibilidad que si se tratase de traerla un cartucho de dulces.

Efectivamente, los amigos que la habían prestado el carruaje, los muebles, las alhajas, la regala-

ron el nicho por suscripcion, el importe del entierro y hasta la mortaja.

Si teneis eso que vulgarmente llaman amigos, pedidles prestada una onza, y bien pocos os la dejarán; pero si quereis una pistola, todo el mundo se impondrá el deber de regalárosla, os pagarán el almuerzo y el carruaje hasta los extramuros de la capital, tendréis padrinos gratis que os hagan ménos penosa la buena obra y aquilaten en segundos las pulsaciones de vuestro corazon por la cara.

Violeta, á pesar de estos preparativos, volvieron á engañarla las apariencias, poniéndose mejor. Quiso salir del hospital, abandonar las hermanas de la caridad y su verdadera hermana; pidió auxilio á las amigas, tanteó la caridad de estas, pero una jóven enferma es como una flor marchita, que ni tiene aroma, color, ni fragancia, y hace mal adorno para una casa donde es preciso *divertir de oficio*.

La pobre Marta comenzó á horrorizarse en el hospital por lo mismo que este se presentaba como su único amparo.

Esta es la condicion humana. Como el hijo pródigo, no se resignaba á custodiar enfermas. ¿No lo estaba ella bastante?

—Era el mes de Febrero, la enfermedad desplegó todo su aparato, dándola solo tiempo para arreglar algunas deudas de gratitud; y escribió algunas cartas con el auxilio de su hermana de caridad.

Murió tranquila en medio de todos los auxilios espirituales, con el placer del verdadero arrepentimiento, creyendo ver á Magdalena y encontrar á Dios, despues de perder todas las ilusiones de la vida, sintiendo no haber comenzado por donde todas las violetas concluyen, ocultándose entre las hojas del amor cristiano para conservar el pudor.

El médico del establecimiento se enorgulleció con la certeza de su profecía. Tratándose de morir pocos médicos se equivocan; en cambio, cuando se trata de prolongar la vida, pocos son los que aciertan. Váyase lo uno por lo otro.

Violeta se habia resistido á la muerte, pero esta concluyó de convencerla.

Algunas horas antes de darla el último de los *tres avisos*, recomendó á la hermana de la caridad que entregase inmediatamente despues de morir la carta al Sr. de Castro, guardando sobre ella el mayor sigilo, y manifestándole al mismo tiempo el sitio donde ella sería enterrada, segun las órdenes que préviamente habia dado.

La hermana de la caridad cumplió religiosamente sus encargos, con la mayor prudencia y el más grande recato.

La carta estaba concebida en estos términos :

«Sr. D. Leoncio Castro.—Estimado amigo : profundamente reconocida por tu generosa conducta, contestando á mi penúltima carta y enviándome

algunos auxilios que han contribuido á hacerme ménos penosa la enfermedad y la muerte misma, me creo en el deber de darte un testimonio de gratitud, haciéndote poseedor de un secreto que la casualidad me ha hecho dueña, el cual interesa al Sr. Ministro de..., para que como amigo de su familia é interesado en su honra, no pueda ninguno mancillarla.

»Cuando, como yo, se está á los bordes del sepulcro, no se miente siendo cristiano.

»Bien quisiera participártelo verbalmente, pero el temor de molestar á tu reputacion haciéndote venir, ha dominado el placer que tendria en verte y darte el último adios esta pobre desventurada y desvalida...

»He sabido de una manera evidente y con detalles que mi estado espiritual me impiden confiar al papel, aunque peque de pensamiento, que la señora del ministro de... sostiene relaciones ilícitas con el Sr. Gomez, cuyas citas tienen lugar en el café de F... á las doce de la noche generalmente, y algunas veces en el tercero de la misma casa habitacion del Sr. M....., cuyo piso alquiló á una señora que pasa por beata sin ser muy cristiana, y la han hecho amiga de la condesa, con el referido objeto de verse.

»Te lo advierto para que atajes el mal por si tiene remedio, y evites un disgusto grave al ministro de... su esposo y tu protegido, de quien tambien

estoy agradecida, y de lo cual está bien ajeno.

»Cuando leas esta, me habrá dado el último abrazo la muerte, que está esperándome impacientada. Tu desventurada amiga, *Marta Violeta*.

15 de... 187... Madrid.»

El Sr. Castro la volvió á leer, y murmuró: ¡Qué pronto se ha marchitado esa pobre violeta!

—Cuando yo la conocí en toda su lozanía, en todo su esplendor... ¡nadie podría creerlo! ¡Pobrecilla!...

—¡Todo en este mundo es polvo, nada!... ¡Ayer, con toda su fragancia!.. ¡Hoy, restos helados; ahora estará!...

—¡Flores que nacen en el camino de la vida, holladas por el salvajismo de pasiones impuras!

—¡Cómo ha de ser! Cada uno arrancó una hoja para que el viento de la suerte soprase su tallo en la mansion del hospital.

—Todas las flores más preciosas se marchitan del mismo modo, y concluyen por donde deberían comenzar.

—Si las flores hablasen, y las mujeres comprendieran, preferirían los cuidados de una mano villana, á las caricias traidoras del lujo y las riquezas que las agostan y deshojan prematuramente.

—¡Cuánto mejor los cuidados de uno solo que los placeres impuros de todos!

—El lujo, la vanidad. ¡¡Pobres mujeres!!

## CAPITULO IX.

### UNA CITA MISTERIOSA.

Alberto Fernandez continuaba desempeñando su ministerio despues de haber evaporado aquellas pavorosas dudas, si bien no con toda la felicidad que se disfruta en medio de las caricias del hogar doméstico, con su adorada Enriqueta y el hijo de sus entrañas, que ella, por consejos del médico, no habia podido amamantar *por temor de perder su hermosura*, en medio de la más brillante posicion oficial.

El amor paternal habia disipado toda sospecha en su corazon, y volvía á recobrar la tranquila calma de los dias risueños.

Todos hemos paseado con más ó ménos frecuencia en derredor de una hipótesis.

Para Fernandez, no llegaban aún á la categoría de éstas, las que habia construido en el aire sobre la reputacion de Enriqueta.

La verdad del aderezo, que tuvo conatos de escapar desnuda, en el baile de palacio; de la conver-

sacion en la reunion de la baronesa del Pino, y que estuvo á punto de ver en la portería de la calle del Leon, no habia tenido tiempo de escapársele con sosiego, para desconocer sus costumbres.

Figurábase haber sido injusto, por llevar la audacia hasta el punto de elevar una hipótesis á la categoría de sospecha, en perjuicio de la inmaculada reputacion de su amada esposa.

No se perdonaba aquel paseo en coche de plaza, tras el que iba Enriqueta, ni las preguntas suspicaces que tan inconsideradamente dirigió á la portera.

Acusábase de haber ejercido un espionaje indigno de un marido decente; de haber dado abrigo á palabras vagas; de haberlas adulterado, convirtiendo en sustancia lo que nada tenia para manchar, dentro de su conciencia, una reputacion tan limpia como la de su señora.

Consideraba para él una gran felicidad, el que todas estas tempestades de su corazon no se hubiesen desencadenado en el *exterior*, causando los extragos consiguientes en el término del hogar doméstico.

Dábase mil parabienes por haber apagado con oportunidad el volcan que se encendió en su pecho, amenazando ponerse en erupcion para enterar la reputacion de su esposa con la suya propia.

Habia disipado todos los fantasmas que turbaban la paz de su espíritu.

Bajo los cuidados de una venturosa lactancia, el inocente niño crecía operando una dichosa reacción en su padre. A una impaciencia periódica, que degeneraba á veces en desconfianza, reemplazó Alberto la calma y la tranquilidad más absoluta.

Enriqueta había recobrado todo su cariño, con toda su libertad de acción. Ambos esposos eran tan completamente dichosos, como en los primeros días de la luna de miel. Ahora se había interpuesto un hermoso niño que, como el *sol*, doraba estos venturosos días de primavera, sin crepúsculos, amenazando ser eternos.

Bajo estos felices auspicios, Alberto recibió una carta de su protector con verdadera sorpresa. No lo había vuelto á ver desde la mañana de la conspiración en la casa inmediata á la calle de Segóvia, y habían corrido cinco meses.

Fernandez abrió la carta, y leyó con verdadero asombro lo que sigue:

«Estimado amigo :

»*Esta noche á las diez y media espero cenar con usted en el cuarto número... del entresuelo del café de F..., para tratar de asuntos que le interesan mucho.*

»*Como medida de prudencia, sírvase V. entrar por la portería.*

»*Confía en tener el placer de acompañar á su amigo, CASTRO.*

Alberto, despues de examinar la carta, reflexionó un momento, volvió otra vez á leer, balbuceó algunas palabras, guardó la carta, y dijo al mayordomo:

—Que hoy no me esperen á comer.

--Diga V. á la señora que voy á casa del general M..., donde estaré hasta muy tarde.

A ninguno le extrañó esta huida, porque se repetian con frecuencia.

El Sr. de Castro, por su parte, en cuanto hubo recibido la carta de Violeta, meditó algunos momentos, y como aquel que está bajo la dolorosa impresion producida por el más sabroso licor de los dioses infernales, que los humanos llamamos *ven-ganza*, tomaba la carta, la miraba con el mismo placer que el criminal mira y tantea el acerado puñal, el brillo de cuya lámina le arranca una sá-tánica alegría, produciéndole convulsiones fatídicas.

Componia cada frase en su mente, como el águila compone sus plumas antes de lanzarse sobre su presa.

Afinaba en su inteligencia las palabras, como el tigre afina las uñas que han de desgarrar las entrañas de la víctima.

Saboreaba de antemano la sangre que iba á brotar de las venas más sensibles del corazon de su protegido al frio contacto del arma, en forma de carta, que tenia entre sus manos.

Ebrio de placer porque la fatalidad habia puesto en las suyas la reputacion y la honra de aquella infiel, que tan torpemente lo habia desairado, y la vida de aquel que no contento con quitarle el corazon le habia lanzado del ministerio, se embriagaba calculando los dolores que causaria su ciega y terrible venganza.

Gozaba con inaudita torpeza, como un ruin avaro en presencia del oro, contando las heridas que iba á causar aquella carta en el corazon de sus enemigos.

Aquel amor propio ofendido, aquella fiera herida (que es el hombre mónstruo cuando lo hincha la venganza), agitaba en su imaginacion todo el *infame plan*, dando rienda suelta á la pasion insana que habia tenido concentrada en su pecho por algun tiempo con una marcada voluptuosidad, como pudiera hacer un cristiano al ir al sacrificio en aras de su fé, con un profundo amor al Divino mártir del Gólgota. La venganza enardecia todas sus fuerzas, aguijoneaba su inteligencia, fortalecia su memoria, coronaba su frente de un fuego parido amarillento que daba á su semblante un tinte lívido. Tenia algo de Satán. El instinto se complacia en afilar este arma de papel que tomaba y dejaba alternativamente, unas veces sentado, otras en pié, paseándose algunas.

Despues que la pasion dominante se apoderó de toda la economía de su sér, concentróse en sí mis-

mo, hizo un esfuerzo de memoria, sacó de ella un nombre, llamó á un criado, y se lo dió escrito, ordenándole que viniera al mismo tiempo.

Tres cuartos de hora despues, estaba en su habitacion esperando sus órdenes.

Este hombre habia nacido para espiar á los demás, vivia, como los buzos, del espionaje. Hacia algun tiempo que estaba fielmente al servicio particular del Sr. de Castro y el *general* del Estado. Cobraba religiosamente, y desempeñaba bien su cometido. El era quien habia averiguado que el señor Gomez se propuso robar el corazon de la señora de Fernandez al Sr. de Castro, y se lo comunicó á éste cuando ya era tarde. Le hubiera hecho una obra de caridad callando.

—A la órden de V. E., dijo humildemente en cuanto se presentó en el umbral de la puerta del Sr. de Castro.

—¡Hola, Francisco! ¿qué tal te vá?

—Regularmente, interrumpió éste.

—Quiero que inmediatamente sigas á la señora de F....; averigües si el Sr. Gomez sube al piso tercero de su casa, la hora, etc.; y si van al café de F..., etc.

—Está muy bien; mañana mismo sabrá V. E. toda la verdad de lo que ocurra.

—Necesitarás dinero, ¿eh?

—Alguna cosilla, contestó el interpelado.

El Sr. Castro le alargó un par de billetes de 500

reales, y el policiaco particular se fué tan satisfecho con promesa de volver al día siguiente.

A las treinta y dos horas habia cumplido su cometido, y estaba ya esperando la vuelta del señor Castro en su misma habitacion-despacho.

Este se hizo esperar muy poco tiempo; y no bien hubo entrado en su casa, le manifestaron que Francisco estaba esperándole.

—¿Has averiguado ya?... interrogó el Sr. Castro.

—Todo lo sé, contestó con alegría mal disimulada el policiaco.

—Con algun trabajo he sabido que la señora de F... ha estado *hablando* ayer mismo en casa de doña Ruperta con el Sr. Gomez.

Al oír esta revelacion hizo el Sr. Castro unos gestos como si le hubiera picado alguna sabandija; parecia tener el baile de San Vitor, á juzgar por las contorsiones que hacia, moviéndose en todas direcciones. El narrador de referencia miraba, y se apercibió de ello; pero continuó su tarea.

—Despues que los dos salieron, dijo, subí á hablar con la doncella de la señora de la casa, una vieja endiablada; la amenacé con el presidio, la seduje, y me costó mucho trabajo arrancarla algunas declaraciones.

—Al fin de todo, haciendo algunos signos muy terminantes, añadió, acudí á un recurso supremo... y *cantó de plano*.

—Como la habia cogido *infraganti*, la beata

tuvo que vomitar hasta lo último. El policía acompañaba sus afirmaciones de *maneras* tan diplomáticas y de unos signos tan convincentes, que el Sr. Castro, muy á pesar suyo, soltó la risa, precisamente cuando le faltaba tan poco para rabiar de ódio.

Francisco saboreaba su habilidad por grandes intervalos de silencio, con la misma majestad que tuvo el general Castaños cuando entregó su espada al vencido mariscal Dupont en Bailén, para no dejarle *desarmado*.

Todos saben lo que contestó el general español al general francés cuando éste le dijo: «Os entrego una espada vencedora en cuarenta batallas:» «Os doy la mia, que ha ganado cuarenta y *una*,» replicó Castaños, entregándole la suya.

El Sr. Castro estaba oyendo con gran impaciencia.

—¿Y qué te ha dicho, Francisco?

—Mucho que puede ser útil á V. E., replicó el ladino policía, frotándose la oreja izquierda con la yema del dedo índice de la mano del mismo lado, según su postura favorita.

—Pues acaba pronto, que estoy muy ocupado... y habla bajo, interrumpió Castro mirando con temor hácia la puerta.

El espía deseaba á toda costa satisfacer la curiosidad de su señor por el sistema homeopático. Estaba tan nervioso y excitado, que temia exaspe-

rarle con grandes tomas; pero equivocaba los efectos.

Al fin adoptó el recurso de los desesperados, y dijo con todos los miramientos correspondientes, siempre sin dejar de frotarse la oreja izquierda con la yema del dedo índice, á lo gitano:

—Pues bien; ha de saber V. E que la beata, la doncella de doña Ruperta, *la del piso tercero* de la calle de Leon, me lo ha dicho todo, embriagada con algunas monedas que hube de propinarle para decidirla, pues á mí no me gustan las cosas por fuerza...

—¿Y qué te ha dicho? interrogó visiblemente contrariado el Sr. Castro. Habla bajo, repitió.

El policía se acercó al oído de su señor, y bajando la voz, balbuceó:

—Me dijo que doña Enriqueta iría mañana á las doce de la noche á cenar con el Sr. Gomez en el entresuelo del café de F....

El Sr. Castro, ante este descubrimiento prodigioso, hizo lo que hacen todos los exploradores: un asombro visible paralizó todos sus miembros; pero se repuso pronto.

—¿Estás seguro de que irán? objetó dudándolo.

—Así debo creerlo cuando tanto me lo aseguró la que tiene inequívocos testimonios para saberlo, *y cuya señora tantas veces les ha prestado la llave.*

El Sr. Castro sacó algunas monedas de oro del

cajon de la mesa, las recató entregándoselas á Francisco, y le dijo:

—Es preciso que mañana á las once de la noche estés en el café de F...., y en cuanto los hayas visto entrar á los dos, me avises inmediatamente.

—Yo estaré en el tercer cuarto de la izquierda, á la entrada de la primera galería del entresuelo.

—Ellos entrarán tal vez sucesivamente por la puerta de la casa; cuando veas entrar, pues es necesario que tú mismo vigiles, al último de los dos, te presentas en el cuarto donde yo estaré, y me dices:

—¿Quería algo V. E.?

—Sí ya están dentro...

—«¿Me habia llamado V. E.? si por casualidad no vinieran, sin importarte nada las personas ó persona que estén conmigo.

—¿Estás enterado? añadió alargándole un billete de 1.000 rs.

—Sí, señor, estoy perfectamente. Ya sabe V. E. que para *ojeos* me pinto solo, y puesto que se trata aquí de uno, segun barrunto, estaré en mi terreno.

—Mañana, á las doce y cuarto de la noche, tendré el honor de beber una copa de Champagne á la salud de V. E. ¿No es verdad, señor?...

—Está bien, Francisco. Hasta mañana.

—A la orden de V. E., hasta mañana á la noche, repitió éste.

En cuanto el policía desapareció, el Sr. Castro se

puso á escribir, con un júbilo indecible, la carta que ya ha leído el lector en poder de Alberto, y que le facilitaba la mitad del camino para su venganza.

Al Sr. Castro le inquietaba muy poco atravesar el cuerpo de un inocente, para herir á un rival afortunado y una infiel esposa, aunque fuese el del mismo Alberto, su amigo y protegido.

Habia premeditado vengarse y se vengaría, ca-  
yera el que cayese.

—¡Cómo ha de ser, él no tiene la culpa! se de-  
cía; pero lo interpone la fatalidad, y ha de cum-  
plirse el destino.

—Toda su inocencia no sería bastante para dete-  
nerme, balbuceó cerrando los puños.

Triste verdad de una realidad aún más doloro-  
sa. El criminal toma por escudo al inocente, y es  
notorio que el destino se recrea en sacrificar va-  
rios.

—Cúmplase la voluntad del destino, dijo para  
su (en hipótesis) conciencia el Sr. Castro; puesto  
que me impone este sacrificio, hagamos como  
Abraham con su hijo Isaac.

—¡Puede ser que un ángel me detenga á tiem-  
po!... balbuceó el impío...

## CAPITULO X.

### UN BANQUETE FÚNEBRE.

Fernandez esperaba la hora de la cita con verdadera impaciencia; no desconfiaba de ninguno ni de nada; pero anhelaba ver llegado el momento, como el reo que está en capilla resignado, y desea pasar pronto las horas, y todos los instantes más terribles que preceden á la ejecucion. No se hubiese perdonado envolver á Enriqueta en alguna que otra sospecha, que á veces rodaban como ideas confusas por su cabeza. Cuando instintivamente recordaba la carta y la cita, el corazon le latia con más violencia, y un temblor ligero, que él atribuia á su sistema nervioso y la temperatura húmeda, estremecia todo su cuerpo.

De ningun cohecho, mala accion é injusticia le acusaba su conciencia, y sin embargo, un triste presentimiento oprimia su corazon. Una idea siniestra se revolvía en su imaginacion calenturienta, intranquila, como un pavoroso fantasma. Sospechó si el destino intentaba jugarle una mala

partida, y tuvo miedo. A veces la misma fantasía echa su polvo de acíbar en los placeres más dulces, para que no sean nocivos. Pero Alberto gozaba de todos ellos con la moderacion estóica de un filósofo aleman, y ninguno tenia derecho razonablemente para acibararlos, ni áun con amarguras fantásticas, ni visiones hórridas. Su mente en esta ocasion fué tan pertinaz como cruel.

No excite en vosotros la hilaridad, que está muy lejos de mi ánimo en estos momentos, si os confieso que Alberto estaba hasta cómico en el ejercicio de la meditacion, cuya causa reconocia la carta.

Los hombres desempeñamos muy naturalmente el trabajo á que nos habituamos.

Figuraos por un momento al venerable Montero T... cazando mariposas, ó al *sábio* Becerra corriendo liebres; al calculista Echegaray cogiendo gorriones, ó á Ruiz Zorrilla *desarrollando* la teoría de Ma-lebranche, y á Gasset y Artime el binomio de Newton, y tendreis aproximadamente el ridículo á que se habia elevado en sus meditaciones el Sr. Fernandez.

Todos sus antecedentes, toda su historia, todas sus acciones desfilaban ante su memoria, como un batallon en dia de revista ante el comisario de guerra; ni un punto negro le dió el alto.

De nada tenia que reprenderse ni de ninguna cosa arrepentirse; con bizzarria singular se engolfaba más y más en una sombría tristeza.

Desde que recibió la carta, estuvo tan distraído en sus ocupaciones habituales como taciturno; y no obstante, era un hombre de carácter, valor y energía. Conocía algo el manejo de las armas; pero debo confesarlo ingenuamente: temblaba ante la sospecha, que el destino blandía sobre su cabeza, como si fuese una maza enorme dispuesta á aplastarla en un momento dado.

Le horrorizaba lo desconocido: acechando el momento de herirle...

Abultaba los movimientos, exagerando las dimensiones de los fantasmas que vagaban por el campo de su fantasía; las distracciones del ministerio no eran tan absolutas que pudiesen absorber su atención por completo.

Aumentaba sus gestos, llevaba con frecuencia las manos á la frente, se sentaba, volvía á levantarse, daba vueltas por la espaciosa sala del ministerio, suspiraba frecuentemente. Parecía, por la inquietud de su cuerpo, tener sinapismos en todas sus extremidades, y una ventosa en el pecho. Las horas que trascurrieron desde el recibo de la carta y su lectura, hasta el momento de pisar los umbrales del café de F..., fueron para él de mortal y continua angustia, de punzantes dudas, pavorosas sospechas y tristes presagios.

El Sr. de Castro, por su parte, aunque participando de la misma inquietud, tenía motivos para sufrir sensaciones contrarias á las de su amigo. Ade-

más, andaba en campo descubierto, y lo que para Fernandez eran *sombras y fantasmas*, para él fueron luces de un color rojo muy subido. El temor del estudiante que se examina, del gladiador que lucha con una fiera, como el del torero que mata, desaparecen en cuanto ha oído lo que le preguntan, ó ven el bicho que tienen delante, porque ya saben á qué atenerse. El Sr. de Castro no lo tenía y el de Fernandez era grande por motivos contrarios.

El Sr. Castro hubiese deseado devorar el tiempo.

El Sr. Fernandez hubiera querido, sin saber por qué, no tener aquella cita ni asistir al banquete.

Si me preguntais la causa, difícilmente podría deciroslo; pero un vago presentimiento de algun mal paso le asustaba, y temia asistir al banquete; y como Jesús en el monte de las Olivas, deseaba cuanto antes llegar á la *consumacion*, de lo que él juzgaba debía ser un sacrificio, por uno de esos golpes de instinto tan familiares á nuestro sér, y que vulgarmente llaman *corazonadas*. A Fernandez se le habia puesto en el corazon que aquel banquete nocturno le presagiaba algo triste... pero deseaba tambien que volase el tiempo para llegar pronto.

Las once menos veinticuatro minutos de la noche serian, cuando Alberto, provisto por mera precaucion de un pesado róten, entró en el entresuelo del café de F... preguntando á un mozo si estaba el señor Castro en alguna de aquellas habitaciones.

A la contestacion afirmativa del interpelado,

Fernandez, desliándose el tapa-bocas que solo le dejaba descubiertos los ojos, se dirigió al cuarto indicado por el mozo, y dió un par de golpecitos en la puerta.

—¿Se puede entrar? dijo al mismo tiempo. Una voz del interior le contestó: ¡Adelante! y entró resueltamente como San Agustín en los espectáculos sangrientos del Circo, con el horror de la sangre, pero sin poder cerrar los ojos.

La habitación, sin ser espaciosa, estaba cómodamente amueblada: cuatro grandes divanes en sus cuatro lienzos, algunas sillas, una mesa espaciosa en el centro, bien provista de alimentos fríos, salpicada de media docena de botellas de Champagne, cuatro de vino de Burdeos, el Sr. Castro y un amigo de Fernandez, Leon Nuñez, que ya nos es conocido, sentados á un extremo de ella, fué lo que vió inmediatamente Alberto al entrar.

—¿Buenas noches, señores? ¿Cómo están ustedes? ¡Tanto tiempo sin vernos, Sr. Castro! añadió alargándole la mano derecha, mientras que pasaba todo el brazo izquierdo por la espalda de su amigo Leon.

—¿Y la familia está buena? interrogó el Sr. Castro...

—Perfectamente; el niño está gruesísimo y hermoso. ¿Cómo no viene V. á verle?..

El Sr. Castro hubo de morderse los labios para contener una *emocion traidora*, y replicó:

—Ya tendré el placer de saludar á Enriqueta uno de estos dias. Hé sabido con frecuencia que está bien, y como estoy tan ocupado...

—¿Qué hay de política, Alberto? interrogó Nuñez, mientras éste se quitaba el paletót y los guantes.

—Poca cosa... Por mí no interrumpan la conversacion. Pueden Vds. continuar, dijo, sentándose en medio de ambos. Castro y Nuñez habian ya apurado algunas botellas, saboreando unas aceitunas, algunas ostras y salchichon, mientras disertaban sobre la moral de la juventud.

Conversaban de buen humor... aparentando tenerlo. El licor les facilitaba las apariencias... y continuaron...

—Castro se ha hecho filósofo, dijo Nuñez á Fernandez; figúrate que pretende demostrar que la juventud de hoy es más libertina que la de hace un siglo.

—Esa es mi creencia, interrumpió calorosamente el Sr. Castro. Al ménos en la aristocracia.

—Un jóven hoy, dijo, con inteligencia para seguir una carrera, no sigue ninguna por preocupaciones, y no hace nada en la juventud, encontrándolo todo hecho... Digo mal: deja con frecuencia una fortuna para descender á la categoría de Perico el ciego, sin cantar honradamente como él; juega á la ruleta, luce los guantes entre los bastidores de algun teatro... los Bufos...

—Arderius es un maestro consumado, interrumpió Nuñez. Les blanquea las alas del frac y los codos en las galerías del circo de... los hace cenar sin apetito, beber sin tener sed, y dormir de día.

Dos ó tres años de este trabajo al jóven más inteligente lo hacen incapaz para toda discusion séria; una lectura instructiva, cualquier ocupacion decente y enérgica lo aburren.

El trato frecuente con criaturas inferiores, rebaja el nivel de su espíritu en muy poco tiempo; se cansa en los salones; olvida el camino de las casas decentes, para esconderse en cualquier garito, y se pierde en alguna casa de...

—¿Ha concluido el orador? interrogó Nuñez.

—¡Se burlan Vdes. !... dijo este apoderándose de un gran trozo de langosta al vinagre.

—Por el contrario, le admiramos, dijeron á una los dos oyentes. ¡Está V. tan admirable zurciendo moral!...

El Sr. Castro parecia un escolar cogido en falta; pero se repuso pronto, apurando el contenido del cáliz de vidrio, una y dos veces alternativamente...

—Siga, siga la moral, señor filósofo, dijo Fernandez.

A veces se encuentra en los comercios del Rastro, entre las antigüedades de aquellos *museos averiados*, algun reloj del siglo XIII, de los redondos, con su gran sistema de cubiertas, gastadas, rotas, pero que á pesar de todo, anda *al pelo* con una se-

guridad admirable, y que valen en deteriorada sencillez cuarenta veces más que los mecanismos de hoy, montados en piedras finas.

El Sr. Castro parecía á uno de estos relojes, en su rusticidad; ni los viajes marítimos, ni la guerra, ni la política, ni el *amor*, ni la edad, que gastan y pulen todo, habian podido pulimentar este resorte de su carácter. No era de esos que darian doscientos duros para no robarles cincuenta por temor de perder *cierta parte* de la estimacion.

En todos sus pensamientos buscaba *alguno* que pudiese entretener á Alberto.

Nuñez estaba preparándole la píldora que habia de causarle el efecto del cloroformo, para el *gran golpe*; pero no encontraba metáforas bastante dulces para envolverla.

Fernandez picaba con el tenedor todos los manjares de la mesa, presintiendo *el ácido*.

Los tres comian con buen apetito, pero con abandono.

A medida que rodaban los minutos en derredor del reloj del tiempo, la situacion se iba haciendo más embarazosa en la mesa; Castro y Nuñez estaban en el secreto.

Fernandez se impacientaba cada vez más, mirando alternativamente á uno y otro.

El silencio se hacia más intenso, y como en todas las ceremonias funerarias, era marcado. Nada hay más difícil que entretener un círculo de personas

decentes que se han reunido para consolar á un deudo ó pariente del difunto, sin encontrar más medios que el tiempo y la lluvia.

Figuraos ahora, si podeis, cuál seria la ansiedad y el desconsuelo de los asistentes si el más interesado, á quien hay que consolar, está presente y no sabe la catástrofe, y tiene además un temperamento sensible á todas las desventuras, por añadidura.

Todos los mortales sabemos que es fácil arrancar la crin de la cola á un caballo, cerda por cerda.

¿Quién podria conseguirlo de un solo tiron?

Imaginaos la cara que pondria el Sr. Castro, que intentaba ¡nada ménos! arrancar el pelo de la cabeza de Alberto, arremolinado en dos extremos de su frente, sin causarle dolor.

El mismo procedimiento hay que emplear con los temperamentos sensibles, para hacer ménos intenso un dolor que, comunicado repentinamente con la noticia de alguna desgracia, pudiese causarles la muerte.

Y considerad, si podeis evitarme este trabajo, la situacion de Castro y Nuñez (el primero aún con toda la satisfaccion por vengarse, y el segundo con su impasibilidad), que están decididos á comunicar la muerte moral de Enriqueta á Alberto, y dispuestos á enseñarle el cadáver, por añadidura, y tendreis una remota idea de la situacion interior de estos dos antiguos amigos de buena fé, que tienen en medio al desventurado Fernandez, inocente, sin in-

dicio alguno, que á manera de heraldo, pudiera prevenirlo.

—¿Qué es la muerte de una esposa idolatrada ante la vida de la mujer adúltera?

Castro y Nuñez, amigos de Alberto, eran los encargados de hacer pedazos su corazón poco á poco...

—¿Qué les importaba la manera, si habían de descargárselo?

Preguntad á un padre cualquiera, si le es indiferente la muerte de un hijo. Decidle que va á ser quemado ó ahogado, y nada encontrareis más sublime que el silencio...

Ved uno y otro haciendo esfuerzos para expresar el entendimiento, y sacarle algunas ideas; comiendo poco y bebiendo mucho, cada vez con más dificultades para hablar, y tendreis el cuadro de esta trinidad, al extremo de una mesa, servida de antemano con esplendidez...

—Si alguno nos escucha, debe tener buen oído, dijo Alberto.

—Efectivamente, balbuceó Castro, parece este un banquete fúnebre.

—Bebamos el champagne, que como es gaseoso, nos inspirará más alegría, dijo Nuñez, sacando el tapon á una de las botellas.

—No les parece á Vdes., añadió derramando el líquido en las copas.

—¡Bravo! ¡bravo! repitieron los dos.

En ménos tiempo del que se necesita para medi-

tarlo, bebieron tres botellas sin dar más que el preciso para que Nuñez pudiese destaparlas.

La animacion germinó como por encanto. Nuñez explicaba, con más destreza que un prestidigitador consumado, los treinta modos diferentes que los franceses tienen de beber el champagne, tomando la revancha de las copas que los demás habian bebido mientras destapaba él las botellas... derramó siete copas por el exterior y se bebió quince, con las restantes hizo la explicacion científica, apoyando que todo fluido tiende á restablecer el nivel perdido; buscó el centro de gravedad del baso, mientras empezaba á perder el suyo. Cada uno de los tres habia tomado una cantidad respetable del espíritu gaseoso; el banquete amenazaba ser pitagórico.

Alberto fué el primero que interrumpió el silencio, cansado de esperar la comunicacion de *asuntos graves*, viendo que se acercaba el fin de los postres; reservado segun su creencia para estos asuntos, dijo, con voz *algo húmeda* :

—Me declaro enemigo de las leyes de Solon contra la embriaguez.

—Pido la palabra, gritó Castro.

—No puedo concedértela, interrumpió Nuñez tragando unos pasteles. Habeis perdido toda vuestra filosofia...

—¡Al órden! Sr. Presidente, gritó Alberto.

—¡Un pensamiento! ¡Un pensamiento me viene á la mollera! añadió riéndose.

— El champagne los produce divinos, repuso Leon.

— ¡Veámoslo, veámoslo! dijo Castro *semi-calamocano*.

— Si acaso lo oirémos, añadió Leon.

— Una cosa y otra, replicó Alberto, sacando la cartera y ofreciendo magníficos regalías á sus compañeros.

— Bravo; gracias... á ver el otro. La piedra de toque para los fumadores es un buen regalía.

— Vuelta de Abajo, añadió Castro apurando el humo del que habia tomado.

— Las piedras de toque, replicó Nuñez, sirven para probar el oro; el oro es la piedra de toque para probar el corazon del hombre... Luego si la mujer es dueña del corazon del hombre...

Fernandez le tapó la boca con un vaso, interceptando la consecuencia que su amigo iba á sacar de este silogismo, diciendo :

— Eso no es exacto, todos los hombres no son avaros, ni todas las mujeres aman... las piedras preciosas.

— Gastemos el tiempo cultivando nuestro jardin de la manera que no saben hacerlo los ingleses, dijo cortando el cuello á la sexta botella. El pulso le temblaba ya hasta el punto de verter el contenido entre las copas, derramando alguna parte en la mesa... Una mosca se habia posado en el interior de la copa de Castro.

El la vió, y dijo platónicamente :

—Cada pueblo tiene sus costumbres. ¿Cómo creis que resolverian los extranjerios esta dificultad?

—Con la mayor sencillez, contestó Nuñez.

—Un inglés, dijo, llamaria al mozo y le entregaria la copa con la mosca y el líquido.

—El francés, más humanitario, salvaria á la mosca de una muerte inminente, con el rabo del tenedor y se lo beberia.

—El aleman, más analítico, sacaria la mosca con los dedos, y derramaria el licor despues de investigar.

—El ruso, ménos naturalista, beberia el vino, dejando algunas gotas para que se ahogase la mosca.

—El italiano, sacaria la mosca con el cuchillo, trinchándola.

—Nosotros, los españoles, arrojamus la mosca con la mitad del líquido para aprovechar una y otro; dijo, y obró arrojando al suelo las dos terceras partes del contenido, allí hizo la mosca pié y pudo disponer de su libertad.

Nuñez se bebió la tercera parte á la salud de los compañeros... en la copa de Castro.

—Eso no lo harian seguramente los formales franceses, dijo este. ¿Qué mosca les ha picado para hablarnos de tanta nacionalidad?

—La que á Vdes., contestó Castro como un bohemio.

Leon Nuñez había creído era llegado el momento de entrar á la carga iniciando á su amigo Fernandez en el secreto que su protector le comunicó á medias... y se fué á sentar en un ángulo de la sala, tambaleándose, é hizo seña á los demás para que le siguiesen. Ellos le obedecieron con algun tropiezo.

—¿Sabes por qué Adan y Eva dejaron el Paraíso? le dijo á Alberto.

—No; contestó ingenuamente este.

—Pues debes saber que fué por ser la casa conyugal... Esto no quiere decir que tú dejes la tuya... pero una separacion de bienes...

Alberto sudaba como se suda algunos instantes antes de morir.

—Tranquilízate; una madrileña muere tres veces: por su amor, por su belleza y por sus caprichos.

Alberto estaba atontado; presentia... algo extraño.

—No te entiendo, dijo.

—¿Sabes si tu esposa Enriqueta ha muerto alguna vez?

—Hasta ahora, no sé que haya muerto ninguna.....

—Por lo mismo, no seria extraño, objetó Castro, que parecia ageno á la conversacion.

—Ya comprendes, añadió Leon, que, tanto Castro como yo, te queremos mucho y esperamos darte un testimonio de cariño pronto.

—A propósito, hablando de otra cosa, dijo, mudando de tono:

—¿Sabes que la pobre Violeta murió hace pocos días y ha dejado una sentida carta para tí?... dijo con marcadas muestras de dolor afectado.

—Supe que la pobrecilla estaba muy enferma..... Lo siento, dijo despues de una breve pausa. Era una buena criatura.

—Tambien yo conocí á esa desgraciada, repuso Castro. Habia sido regular, añadió en tono lastimero, y de confianza.

—La mujer es un abismo insondable; todas tienen siempre algo del problema de la cuadratura del círculo..... ¿Quién diria que la pobre Violeta iba á morir donde murió?....

—La madrileña, interrumpió Leon, se casa á veces para no tener responsabilidad..... Toma un marido, como un maestro de esgrima, para batirse luego con otros.

—En confianza, querido Alberto, ¿sospechas que la tuya haya querido jugar con alguno?

Si éste hubiese mirado en aquel instante al señor Castro, se hubiera puesto como una remolacha; pero afortunadamente tenia todos sus sentidos pendientes de los labios de Leon.

El antiguo pintor, los movia con la dificultad y el temor del que tiene suspenso á un sér en el abismo, próximo á caer con el menor movimiento.

Castro estaba sumergido en una profunda medi-

tacion, que sólo interrumpia para mirar su reloj, de cuando en cuando.

A veces pisaba, con el talon de su pié, la punta del de Nuñez.

El ministro no contestó; pero se puso á temblar como un azogado.....

Cojió con sus manos el brazo de Alberto; quiso comer con la vista al pintor, y le dijo, por último:

—¿Qué hay? ¿qué sabes? ¡Dímelo todo, profirió con un tono, una acentuacion y un gesto tal, capaz de inspirar lástima en un corazon de piedra.

Dos estátuas de yeso que adornaban las rinconeras de la salita, parecian despedir lágrimas de sus secas pupilas..... al ver al pobre Alberto.

Las mujeres que nos inspiran puntos de interrogacion, son como los dramas de Lope de Vega y Calderon..... demasiado perfectas; pero las que viven algun tiempo en Madrid, escitan con frecuencia puntos de admiracion.

Leon al contemplar á Fernandez, tuvo una larga línea de ellos..... pero la cortó, diciendo:

—No te entristezcas. Pueden ser suposiciones, y no sería extraño que.....

—La madrileña tiene muchos enemigos: el hombre que no ha amado; el que amó... y el que dejó amar.

—Al oír esto Castro, dió un salto, pero disculpó su emocion diciendo que era una chispa del cigarro que le habia caído sobre la mano izquierda; nin-

guno de los dos apercibió aquel movimiento brusco.

La madrileña es la más enemiga de la misma madrileña.

—Pero, ¿á dónde vas á parar? ¿Qué sucede? La impaciencia me hace más daño que todos los martirios.... acaba pronto, interrumpió colérico Alberto.

Leon iba ya á indicarle el fin, cuando oyeron dos golpes á la puerta.

—¡Adelante! contestó el Sr. Castro, consultando su relój.

Un caballero, abriendo un poco la puerta, y deslizado su medio cuerpo, dijo:

—¿Se puede pasar?

—¡Adelante! gritaron los tres á una.

—¿Qué desea V.? interrogó Leon, el más inmediato.

El Sr. Castro se incorporó, adelantándose algunos pasos hácia el recién-venido, balbuceó:

—Es para mí. ¿Qué hay?....

—¿Se le ofrece algo á V. E.? repuso el interpelado (nuestro conocido el policía.)—Están enfrente de este cuarto, añadió, bajando la voz y acompañándola de un gesto.

—Nada.... ¡Muchas gracias!

—¿Necesitan Vdes. alguna cosa, dijo dirigiéndose á sus amigos.

—Absolutamente nada más que estar solos; ¿no

es verdad, Alberto? dijo Leon, volviéndose á este de cara.

Aquel hizo un movimiento de cabeza afirmativo, si bien sin darse mucha razon de lo que hacia.

El policiaco les saludó muy cortesmente retirándose.

Ninguno extrañó su venida, tratándose de asuntos políticos.

El Sr. Castro fué á incorporarse á los dos amigos, y dijo, encarándose con Fernandez:

—He sabido una cosa que interesa á la honra, y que ya ha podido hacerle á V. vislumbrar nuestro amigo Nuñez, y he tomado la determinacion siguiente, despues de bien examinado todo, dijo, entregándole la carta de Violeta.

Alberto la desdobló con febril impaciencia; respiró como si se ahogara, leyó la carta y difícilmente podria yo pintaros la sensacion que le produjo.

La mirada extraviada, se posaba alternativamente en los objetos que le rodeaban.

Los ojos querian escapársele de las órbitas; la intensidad del dolor habia paralizado todos sus miembros; la carta se le cayó de las manos.

Sus amigos, con la cabeza baja y los brazos cruzados, contemplaban aquel hombre con el mismo pesar que Napoleon I la tumba de Federico el Grande.

La vista era la única que hablaba, y no hacia más que interrogar alternativamente, en silencio

sublime, la de Castro y Nuñez, que permanecían impasibles.

Cayó al fin abatido sobre el divan; entonces rompieron los amigos el silencio para calmarle.

—Yo no creo que sea exacto; pueden haber confundido á Enriqueta con alguna otra.

—Además, el testigo es de referencia...., dijo Leon, tratando de atenuar el efecto....

—Pero por desgracia, el ministro de.... no era testigo de referencia y habia visto á su esposa, en las escaleras del tercero de la calle del Leon, por sus propios ojos.

—Estaba más convencido de su propia desgracia que los extraños y sus amigos....

Al dolor, sucedió la ira, que vino en pos del abatimiento, y el deseo de venganza se desarrolló en su corazón, con la misma fuerza que en el de todos los mortales. Se le herizaron los cabellos y como un leon cuando tiene la calentura y además está herido por el cazador, comenzó á dar pasos descompensados por la habitacion, lanzando gritos é imprecaciones de muerte, como si fueran rugidos, contra el ladrón de su honra y seductor de su mujer.

El Sr. Castro tuvo miedo por sí, pero se atrevió á contenerlo agarrándole, como la ocasion más oportuna para vengarse....

Llamó aparte á Leon Nuñez, le dijo algunas palabras y luego se incorporó á Alberto.

—Ahora mismo va V. á castigar al culpable, le dijo.

—¡Cómo! ¡cómo!

Alberto dudaba lo que oía, y fué recobrando una de esas serenidades que presagian siempre tormentas terribles.

—Si V. me promete no hacer ningun disparate, puede tomar la justicia por sí mismo; nosotros seremos testigos, dijo el Sr. Castro, temiendo se le escapase la venganza de las manos.

—¡Ah, si pudiera!..., dijo Fernandez, concentrando todo su ódio en la vista y enseñando los puños.

—Tranquilízate, añadió Nuñez, y ten un poco de paciencia. La justicia de Dios es ineludible.

—La del hombre, es la que yo necesito en estos momentos para castigar á la infiel, interrumpió Alberto.

Ninguno podria decir, sino aproximándose mucho á ellos de frente, que habian apurado el líquido de algunas botellas de.....

Estaban tan frescos como si acabasen de tomar un helado..... y tenian motivos para estarlo.

Tomaron sus respectivos paletóts y se los pusieron; Fernandez acarició su róten, se enrollaron los tapa-bocas en el cuello y salieron del cuarto.

El Sr. Castro los detuvo algunos segundos en la puerta de el de enfrente, y llevando el dedo índice de la mano derecha á la boca, en sentido vertical,

hizo seña á sus dos amigos para que tuvieran silencio, y dió dos golpes con la mano izquierda en la madera; no contestaron; y volvió á dar tres *ma-sónicamente*.

—¿Quién vá? respondió de dentro, inmediatamente una voz, como si saliera de una roca, que le produjo á Fernandez el mismo efecto que si le hubieran arrojado un cántaro de nieve sobre la cabeza cuando estuviese como Adán, sin hojas de para *siquiera*.

—Un amigo que necesita hablarle con urgencia, replicó Castro, tratando de falsificar la voz con un falsete atiplado.

—Tenga la bondad de esperar algunos instantes.

Otro cántaro de nieve arrojado sobre la espalda de Alberto que le pareció reconocer la voz del señor Gomez.

Cinco larguísimos minutos tuvieron que esperar en la situación que podeis imaginaros, oyendo el *crag* de la seda, las palabras cortadas, los pasos sospechosos.....

Leon y Alberto parecian las estátuas de la justicia en actitudes diferentes. El hombre de los sacrificios, la de la curiosidad..... porque ardia en esta *santa llama* en aquellos instantes.

## CAPITULO XI.

### UN DRAMA EN TRES ACTOS.

Al cabo de aquel tiempo, en el cual es difícil imaginar, y más imposible aún describir, las ideas, pensamientos y planes que cruzaron veloces la mente de Alberto, como otras tantas saetas que se arrancaba del corazón para clavarlas luego en el de su mujer. ¡Podeis pensarlo.....

Al fin concluyó la impaciencia de los tres amigos; Castro repitió los tres golpes.

Inmediatamente despues oyeron el estridente ruido del cerrojo que se corria, y como movidos por un resorte, hicieron un movimiento lateral para dejar paso á la puerta. Esta se entreabrió un poco, dejando espacio para asomar una cabeza completamente despeinada. Era la del Sr. Gomez.

En cuanto apercibió á Alberto, dió un brinco hácia atrás, como la fiera que se siente *atrapada* en red, y al divisar el que se la tendia, se heló de espanto, dejando la entrada libre por completo.

Los tres se lanzaron como un torrente dentro de la habitación.

Una dama que se había replegado en un ángulo de la habitación, cubierta con un velo, á través del cual se apercibía el desorden de la toilette, dió un grito y rodó del divan al suelo como una masa inerte. Leon se volvió á cerrar la puerta, como si temiera que se le escapase alguno.

El Sr. Castro miraba al Sr. Gómez con cierta socarronería, como el que saborea su venganza cumplida; como el águila la sangre del cisne, su víctima. El Sr. Gomez no separaba la vista de la de Alberto, que la tenía fija en él como una terrible espada suspendida sobre su cabeza, en forma de interrogación.

Los cuatro permanecían mudos, ante aquel cuerpo que no daba señales de vida, con los semblantes lívidos.

El traje del Sr. Gomez, completamente descompuesto, señalaba el crimen por algunos descuidos que hacían poco favor al pudor cristiano.

Era un *tableau* completo, del más subido efecto, de cuadros disolventes; el primer acto de un drama que amenazaba ser terrible, á juzgar por el aspecto del primer actor, cuyos ojos, inyectados en sangre, despedían rayos.

Así permanecieron unos veinte segundos.

Alberto dió algunos pasos hacia aquel cuerpo que estaba tendido en el suelo, con la cara hacia la pa-

red ; levantó el velo que la cubria , como si tratase de identificar la persona , y al verla pronunció un ¡ay! tan lastimero , como si le hubiesen sacado el pulmon.

La escena era terrible.

El Sr. Gomez , impulsado por el instinto de conservacion , al ver los movimientos de Alberto y su róten , dió algunos pasos en sentido contrario hácia la puerta , colocándose detrás de una silla... por instinto.

Este conato de evasion concluyó de exasperar al ministro de... ; enarboló el baston , y descargó una lluvia de palos sobre el Sr. Gomez , que habia tomado la silla por paraguas.

Castro y Nuñez contemplaban la lluvia con los brazos cruzados , como si fueran estátuas de piedra . Sólo cuando vieron la sangre en una de las sienes del Sr. Gomez se avalanzaron á Alberto , que continuaba dando palos como si estuviese ciego , y le contuvieron á *duras penas* , quitándole el baston despues de muchos esfuerzos vanos.

El Sr. Gomez aprovechó esta coyuntura para eliminarse , echando chispas , maldiciendo las mujeres , la suerte , y prometiendo tomar la revancha en los hombres... de su castigo.

En ménos tiempo del que se necesita para describirlo , se desarrolló el segundo acto de este drama.

Enriqueta continuaba no dando señales de vida.

Alberto, enfureciéndose porque no había matado al Sr. Gomez.

Este, con muchas peripecias, llegó á su casa con la cabeza rota, el sombrero abollado, y sin *sobredo*, y con alguno que otro palo demás que le recordaban era preciso satisfacer una deuda de honor, y otras bagatelas.

Habia tropezado en su fuga con algunos amigos, á los cuales necesitaba demostrar con un lance su bética reputacion, nunca desmentida hasta el recibo, sin acuse, de aquella soberana paliza propinada en presencia de dos testigos, que no se mordian la lengua, á pesar de haber tenido en esta ocasion atados los brazos.

—Ya se ha desahogado V. algo, le dijo el señor Castro á Fernandez, haciendo esfuerzos para sentarlo en el divan con el auxilio de Leon.

—Descanse V. ahora, que todo se arreglará.

Alberto se sentó sin dificultad, respirando con mucha. Estaba tan agitado, que se oian los latidos de su corazon. Era tal el estado de su cabeza, que se le iba en todas direcciones con el extravismo de sus ojos.

Daba compasion verle; parecia un demente en toda su fúria. Poco á poco se apoderó el abatimiento de su físico, y se recostó, apoyando la frente con ambas manos, como si temiera que estallase su cerebro.

El Sr. Castro, arrepentido de haber apurado el

drama hasta su extremo, cuyos efectos no habia previsto, dígase en obsequio del hombre, voló á auxiliar á Enriqueta.

Esta, aún no habia vuelto en sí del *syncope*.

Permanecia inmóvil en la misma postura que habia caido. Las facciones del rostro, contraídas, tenian el carácter cadavérico; su frente, abultada por un extremo con el golpe; antes tan hermosa, estaba desconocida.

El Sr. Castro, conteniendo sus pensamientos..... examinó por el tacto si latia su corazón, y no pudo averiguarlo; la tomó el pulso, y al sentir el roce de aquella mano que parecia de mármol, por su frialdad, retrocedió asustado, y salió inmediatamente á pedir socorro.

Todo esto sucedia en los cuatro quintos del tiempo, que necesita un *sacerdote juramentado* para rezar un *Gloria-patri*.

El mismo Nuñez vió salir al Sr. Castro precipitadamente, sin darse razon de todo lo que le rodeaba. Ensimismado, paralítico, contemplaba á Fernandez de hito en hito. Le habia tenido que quitar el tapa-bocas para que respirase con más facilidad. Tuvo que servirle una copa de vino y agua, para que pudiese arrojar la saliva que amenazaba ahogarle.

Fernandez dejaba hacer, y obraba maquinalmente sin darse cuenta de nada. Tenia la vista fija en el suelo, los codos apoyados en sus muslos, la

frente en las manos, como si esperase á Satanás para que la tierra se tragase á ambos.

El Sr. Castro tardó unos minutos en volver acompañado de un médico y el policía, los cuales entraron como si estuvieran en su casa.

Fernandez, ni aún se movió.

Leon se incorporó á ellos de un salto, y se puso ante la desmayada.

—¿Qué hacemos? dijo á Castro.

—¿Es cosa de cuidado? interrogó, encarándose con el médico, que calculaba las pulsaciones del corazón de Enriqueta.

—Trate V. de llevarse á Alberto á su casa, dijo á Leon.

—Francisco, baja á buscar un coche de plaza para que se vayan, añadió el Sr. Castro encarándose con el policía.

El médico, despues de examinar á Enriqueta, contestó á Nuñez, que esperaba con ansiedad su respuesta.

—No es cosa de gravedad, un accidente; algun susto, agregó mirando en derredor suyo; pero es preciso tomar todas las precauciones para que no le repita.

—Seria conveniente que abandonasen Vds. la habitacion.

—Entonces, objetó Castro, yo me iré con Alberto, y Vds. se encargarán de conducir á esta señora á su casa.

—¿Es V. su marido, ó pariente? interrogó el médico dirigiéndose á Nuñez.

—No, señor; pero soy un amigo.

—Es igual, replicó el discípulo de Galeno, mientras desplegaba algunos remedios de su estuche portátil.

—Entonces, hasta luego, profirió Castro.

—Adios, doctor, dijo al médico, y se incorporó á Alberto, al que tuvo que interrumpir en su meditacion, tocándole suavemente en el hombro.

El ministro de... salió de su letargo, hizo un movimiento brusco, y levantó la vista. Parecia hacer con ella una interrogacion significativa, como si quisiera decir: ¿ofrece peligro?

—No tenga V. cuidado, contestó Castro adviniéndole.

—Es preciso que nos vayamos á casa inmediatamente, antes de que vuelva en sí.

—¿Aún no ha vuelto? interrogó Fernandez, fijándose en el doctor y Nuñez.

—Todavía no; pero el médico ha dicho que abandonemos...

—¿Sabe?... interrumpió Alberto con marcada ansiedad.

—Nada, ni nadie... pierda V. cuidado; pero vámonos inmediatamente; ya está abajo el coche que nos ha de conducir, añadió apercibiendo la seña afirmativa del inspector que estaba de vuelta en el umbral de la habitacion, esperándoles.

El ministro de... se dejó conducir como un niño dormido, después de componerse algo el traje y ocultado la cara con el *tapabocas*, para afrontar las impertinentes miradas de algunos curiosos que rondaban las avenidas y la puerta del cuarto, arrastrados por la curiosidad, como las moscas por la miel, y que habían seguido los atolondrados movimientos del Sr. Castro en busca de un médico.

Bajaron el entresuelo, abriéndose paso, se metieron en el coche, y algunos minutos después estaban en el despacho de Fernandez, en su propia casa.

A Enriqueta tardaron en sacarla un largo cuarto de hora. La condujeron en coche con todas las comodidades y precauciones debidas á su sexo y rango, siendo conducida á su habitacion, sin que á pesar de ella dejase de eludir el cebo de la maliciosa curiosidad, la cual pudo identificarla á través de su disfraz y su velo, cuando ya algo repuesta descendía por las escaleras, apoyada en el doctor y Nuñez, y escoltada por Francisco y tres consócios de este.

Su nombre, en criminal consorcio con el del Sr. Gomez, volaron de círculo en círculo, y de café en café, con la velocidad eléctrica del rayo.

Este drama en tres actos, fué aumentado, comentado, añadido y corregido por la crítica del peor gusto, y la del mundo bajo, y se hicieron deducciones peligrosas, se formaron juicios temera-

rios, hiciéronse hipótesis, y como todo se confundió, la pequeña historia púsose de acuerdo con el romance para confundir los principales actores.

Desde entonces, el teatro café de F... se hizo de moda para todas las situaciones en alza, y fué ministerial con todos los ministerios.

Los aficionados á la literatura tuvieron grandes disputas sobre si era drama ó melodrama, sainete ó tragedia.

El público vió sólo tres huidas consecutivas, y dijo que constaba de tres actos; quiso penetrar en su desarrollo, pero como todo no cabe entre bastidores, tuvo que contentarse con ver los resultados.

Al día siguiente, la prensa ministerial dijo que «el Sr. Gomez no podia asistir al Congreso á consecuencia de las heridas que habia recibido en la *guerra civil*, y se resentian con la intensidad del frio.»

Pero la prensa de oposicion estaba sólo de acuerdo en la enfermedad que aquejaba al ilustre Gomez, pero no así en las causas.

El ministro de... estuvo tambien algun tiempo indispuerto, para asistir á los Consejos de sus colegas, y al Congreso.

## CAPITULO XII.

### LA CONFESION.

Alberto se acostó, no sin oír antes todas las razones que le expuso el Sr. Castro para atenuar la libertad de acción de su esposa. Hizo que le trajeran una taza de flores cordiales, y fué calmándose algo, con mucho trabajo.

En cuanto se marchó su protector el Sr. Castro, y estuvo solo, llamó al mayordomo, y se enteró por este, con toda la prudencia que le fué posible fingir, de que Enriqueta estaba ya en su cuarto, si no bien del todo, mejorada; la manera que había sido conducida las horas que estuvo fuera de casa, etc. Después quiso dormir, despidió al doméstico y trató de buscar reposo volviéndose en la cama de un lado para otro sin poderlo encontrar en ninguno hasta las siete de la mañana, en que pudo, si no dormir, descansar algunos instantes, que fueron el bálsamo más eficaz para su revuelto espíritu.

¡Qué de angustias para su alma! ¡Qué de tormentos para su corazón, y cuántas ilusiones perdidas en tan breve espacio de tiempo! Su cuerpo no podía estar más rendido y sin embargo su espíritu permanecía aun intranquilo.

Necesitaba un desahogo, una expansion; ardía en deseos de hablar con su criminal esposa para averiguar el origen de su falta y saber si tenía circunstancias atenuantes, preesistentes. El lujo que había desplegado cuando aún no tenían elementos, absorbía todo su pensamiento y le horrorizaba, hiéndole la fibra más sensible del hombre.

Acordábase de aquel inocente niño, y dudaba que el hijo de su mujer fuese su propio hijo. Esto era tanto como abrir la herida más profunda que tuviera en los mismos huesos. ¡Hay tanta diferencia en la intensidad del dolor, cuando se sirve del bisturí ó la sierra!... El médico, un sér cualquiera, por débil que sea, puede resistir una herida en la carne y sufrir la operacion sin el auxilio del cloriformo. Pero imaginaos, por ejemplo, que hubiese necesidad de serrar el hueso húmero del brazo derecho... pocos lo resistirian. Alberto era uno de estos pocos; se complacia en limar el lazo de la paternidad para cortarlo; sin embargo, deseaba, como se puede comprender, concluir una operacion tan dolorosa.

Al oír las nueve de la mañana, ya no pudo más, tiró de la campanilla, hizo llamar á la doncella, y

se enteró por esta del estado de su mujer. La camarista supo, mejor que lo hubiese hecho la hermosa Teodora Lamadrid con sus interesantes lágrimas, escitar la compasion del marido hasta cierto punto, pintando, como pinta en mucho tiempo un buen artista, el cuadro de mejores efectos, los padecimientos de su señora. Hacia ya tiempo que esperaba este desenlace, y cuando se tiene tiempo se hacen bien las cosas.

Extrañaba que ya no hubiese... visto lo que todo el mundo veia... y os hago gracia de todos los detalles que ella empleó para calmar al marido. ¡Tuvo hasta la audacia de premeditar la compasion!

En obsequio de su ingenio debo manifestar fué un aventajado defensor de su causa.

Aquella defensa escitó en grado máximo la curiosidad de Alberto; deseaba conferenciar con Enriqueta.

La camarera de esta, con el permiso de su marido, voló á prevenirla en cuanto pudo apercibirse de que su esposo se vestia para verla.

Alberto, contra su costumbre, se abrigó en una bata, cubrióse con un peludo ruso la cabeza, y se dirigió á la habitacion de su esposa.... con la cual quería á toda costa tener una explicacion y saber los motivos que la habian inducido á olvidar sus deberes.

Abrió la puerta del gabinete, entró en la alcoba

sin la menor dificultad, y su sorpresa se elevó á la categoría de estupefacción al verla dormida.

Por otra parte, ella, en cuanto llegó á casa, re- puesta de la emocion y del síncope, despidió á los que la acompañaban, les dió las gracias por sus atenciones delicadas con un rubor que estaba muy distante de disimular, y subió sola, alumbrada por el sereno de la vecindad que habia abierto la puer- ta de la calle.

Entrar, llamar á la camarista que la esperaba impaciente esperando lo que podia suceder de un dia á otro, llevarla á su gabinete, cerrar, echarse en sus brazos sollozando, fué todo obra de algunos instantes, los bastantes para explicarla el suceso. Laura por su parte la dió noticias de su marido, có- mo habia venido y con quién, añadiendo algunos detalles que la perspicacia de la mujer sorprende siempre, sin olvidarse de consolarla, participándo- la lo que S. E. preguntó al mayordomo y el tono en que hizo las preguntas.

Enriqueta lloró mucho, se desahogó, leyó el li- bro de la Biblia, el pasaje de Jesús sobre la adúlte- ra, lo que han dicho los profetas todos, se arrepin- tió, besó y veló á su niño, inquirió por el estado de su esposo, y se abandonó completamente á su fu- ria... Hacia una media hora que se habia acostado cuando este entró, y tal vez once minutos que tenia cogido el sueño.

Alberto no comprendia ya la naturaleza de esta

singular mujer, á pesar de sus tres años de matrimonio. ¿Dormía ó aparentaba dormir? ¿Cómo no habia cerrado las puertas con llaves y cerrojos? ¿Por qué no se despertaba á su llegada? ¿Para qué tenia aún encendida la luz? ¿Qué habia hecho en toda la noche?

Estuvo para indignarse de ver tanta calma en el crimen, pero el marido se hizo hombre, y el hombre convirtiéndose en filósofo repentinamente.

—¿Es natural, se preguntó, que la mujer adúltera duerma con tanta tranquilidad sobre el abismo?

¿Qué es la virtud cuando se pierde sin remordimientos?

Tentado estaba á proclamar el ateísmo.

—El alma no es más que una vana palabra, puesto que deja que el sueño domine al cuerpo, como si se tratase de una simple pasión, se dijo.

Le dieron hasta tentaciones de asesinar á su mujer, pero se preguntó: ¿Para qué herir un cuerpo de mármol? ¿Acaso es preciso matar para tener razón?

Mil y mil pensamientos iban y venían, sin poder variar su inamovilidad, y la fijeza de su mirada en la sola mujer que habia amado, como saben amar pocos hombres, ya frunciendo el ceño, ora dulcificándole. Enriqueta le habia proporcionado instantes de placer, horas de dicha inefable, por cuya intensidad eran siglos de goce. Se habia trasfigurado, vuelto á la vida por ella y con ella... Habia sido digna de todos los testimonios de cariño. En vano

trataba de buscar la causa de la ley fatal, que en momentos dados separa á las mejores mujeres de su verdadero camino...

Pensaba que Enriqueta tendria que sostener una lucha desigual, á la que sucumbiria despues de derramar muchas lágrimas, tal vez en un momento de locura, cegada por una pasion tanto más violenta, cuanto que la figura del Sr. Gomez no podia compararla con la suya por ningun prisma de la anatomía y del buen gusto. Sospechaba si tal vez la posicion, las amenazas, el miedo, la hubiesen podido reducir por hambre.

Era demasiado cristiano rancio para desconocer el Evangelio, y olvidar que Dios perdona á la mujer. ¡Dios! que ve mejor que el hombre el corazon humano.

Entonces Alberto solo tuvo curiosidad; se olvidó de sí mismo para ocuparse de la bella y cruel dormida, que tendria un despertar tan desgraciado, viendo su víctima sacrificada, al abrir los ojos.

La compadecia por el porvenir, frente á frente con sus remordimientos, llorando su falta eternamente, sin encontrar un corazon que la compadeciese, acordándose de los bellos dias que habian pasado en una florida y deliciosa primavera, borrados por ella con un solo sí del tiempo y del espacio. Entonces un quejido de arrepentimiento envolveria su vida, sin que él estuviera allí para recoger las lágrimas y enjugárselas.

Alberto pesaba el pró y el contra en la balanza de su conciencia, el *yo* que analiza en un platillo y el *yo* que siente en otro; parecía un ángel pronunciando el Juicio final con la trompeta, como su esposa á un cadáver, ambos por la inamovilidad.

— Cuando iba á decidirse, ella despertó, fijando sus ojos medio humedecidos en su marido, sin sorprenderse de tenerlo delante, como el criminal convicto y confeso que espera resignado su sentencia, y vió que Alberto lloraba. Hacia veinte años que las impresiones de su corazón tenían apagado el llanto en sus ojos: veinte años de sufrimientos grandes y variados, sin que ninguno llegase á la cresta del dolor para humedecer sus párpados, siquiera con una sola lágrima. Enriqueta lo sabía bien, y pudo cerciorarse por este fenómeno, del dolor de lo humano en el corazón de su esposo, y aquellas lágrimas causaron en ella más daño que la cólera de su esposo, las *vias violentas de obra*, y cuantas torturas pudiérais imaginar, incluso la *cuestion ordinaria* y extraordinaria de los inquisidores del siglo XIX, no hubiesen producido.

— El carácter de la mujer no se humilla cuando la atacan con insultos, aún siendo culpable. Enriqueta, como muchas, se hubiera sacrificado á su pasión, al crimen, con todo el heroísmo de la desesperación, hasta afrontar la muerte antes que doblegarse por *malos medios* y peores formas. Pero al ver las lágrimas del que jamás había llorado ante

las mayores contrariedades y los más grandes padecimientos, vió el crimen en toda su fealdad, se horrorizó de su infamia y una revolucion espantosa trasformó su corazon; se levantó, avalanzóse á su esposo, se arrojó á sus piés, ocultó la cabeza entre las manos y prorrumpió en el más amargo llanto que precede al histérico.

—¡Alberto! ¡Alberto! mátame que soy una infame. Ten compasion de mí, quitame la vida; con tu dolor me desgarras el alma. Soy muy culpable.

Alberto experimentó, con la velocidad del rayo, un ligero placer que hizo su dolor más intenso.

—Quisiera matarte y morir luego, dijo, rechazando á Enriqueta sobre la cama.

—¿Qué has hecho de tu corazon y de mi honra? ¿Quién te ha impulsado á.....

—¡Por compasion, Alberto! mátame. Puesto que soy indigna de tu estimacion, no debo vivir; mátame y no me harás pecar otra vez suicidándome.

—Alberto gritó: Yo no quiero ni aún tocarte para que te mueras.

Despues de una breve pausa, como ella le mirase en un tono marcado de súplica, capaz de enternecer el corazon más duro:

—Te miro con horror. Me has partido el corazon. ¿Qué te faltaba? ¿Acaso mi comportamiento?...

Enriqueta volvió á ponerse de rodillas.

—¡Alberto, por compasion! ¿Quieres oirme? Pe-

ro para qué he de hablarte si soy indigna de tí?  
—Sí, habla.

El desgraciado ministro queria que le sacase el puñal de la herida para destilar sangre. Cuando como él se está profundamente dolorido, no se sabe lo que se quiere.

—No me atrevo á decirte... replicó su mujer, no tengo valor...

—Habla, habla; yo te lo ordeno; dijo Fernandez.

—Tú sabes cómo te he querido. La vanidad, el deseo de lucir y que tú ascendieras... Mi orgullo. En el primer baile que asistimos á palacio, me presentaron á la señora de Castro, una dama muy piadosa. Tú sabes que con ella iba á todas partes. Posteriormente conocí á la Sra. de B... estrechamos nuestra amistad; tú me dejaste ir con ella á los bailes del subsecretario. Esto me perdió. Las rivalidades, la comparacion... Allí le conocí... Comenzó por ascenderte y hacerme algunos regalos. Me comprometia y me comprometió...

—Dime la verdad de todo, interrumpió Fernandez: ¿el aderezo era verdadero ó falso?—Era verdadero; éste fué uno de los primeros regalos que me hizo y tuve la debilidad de aceptar; pero aun no me habia rendido, te amaba con toda mi alma, y sostenia la lucha sin auxilio, creyendo que podria vencer escudada con tu amor.

—Una tarde, ¡tarde fatal! por hacer un servicio á una amiga y colocar á su marido, fui al ministerio

con ella, el portero me hizo entrar sola; entré en una habitacion que me inspiró malos presentimientos, pero tuve valor para cumplir mi palabra y esperé; se presentó el ministro. Me habló de tí, hizo tu elogio y me presentó la gran perspectiva de tu brillante porvenir. Me prometió tambien la colocacion que habia ido á pedirle; con tanta promesa, me rendí.

—Estaba cansada de sus ataques, y en un sueño de cinco minutos me robó tu estimacion y mi honra.

—¡Mátame, Alberto, mátame, y acabaré de sufrir!

Enriqueta sollozaba, se retorcia á un lado y á otro, se abrazaba á las piernas de su esposo, mojando con sus lágrimas los extremos de su bata color de barquillo.

—Continúa, interrumpió Alberto.

—Desde entonces no tengo un momento tranquilo. A fuerza de temerle, he concluido por amarle...

—¡Amarle! gritó su marido, como si recibiera otra nueva puñalada.

—Amarle, como se ama á un tirano: aborreciéndolo. Su tiranía se me impuso despues por el terror, las amenazas, el miedo á tí, y más aún por no causarte el dolor que te han causado, y para lo cual me faltaron fuerzas siempre que intenté decírtelo.

—¡Habia sido tan dichosa, añadió lanzando un profundo suspiro y una mirada á Alberto, con tu cariño, que me figuraba ser invencible hasta en

los salones ministeriales, donde daba reñidas batallas, para conquistarte algunos ascensos.

Alberto se coloreaba de cuando en cuando, no tanto por la intrepidez de su esposa, como por su audacia.

—Creía no eran peligrosos aquellos á quienes no se estima; pero por desgracia he tenido que convencerme de lo contrario.

Alberto, pálido como un muerto, alterado, nervioso, sin saber qué hacer, oprimia más y más su corazón, llevando la curiosidad hasta el límite, áun estrujándose.

Tenía un hijo, y deseaba saber á qué atenerse en cuanto al tiempo; aventuróse vacilante y preguntó á su mujer:

—¿Cuánto tiempo hace que te sedujo el señor G?....

—Cinco meses, balbuceó Enriqueta despues de meditarlo un instante.

—Hacia dos que el niño habia nacido.

Si Alberto hubiera hecho la pregunta en esta forma: «Cuánto tiempo hace que faltaste á la fidelidad prometida,» y ella hubiese contestado la verdad, tal vez él no habria podido resistir el golpe. Contestaba literalmente.

El rubor de ella al no querer pronunciar el nombre del seductor, hizo caer á Alberto en un equívoco que le era útil.

Pero el lector, si no está interesado, habrá com-

prendido que Enriqueta se refiere al primer seductor, al Sr. C..., y Alberto cree que no hay más que uno : el Sr. Gomez.

Enriqueta estaba decidida á decir toda la verdad; la hubiera dicho en el curso de la conversacion; pero la interrupcion de su marido la hizo pensar que era madre, y apercibió con la vista de lince que tiene el instinto en las madres, todo el contenido de ella.

— Meses más, meses ménos, cuando la falta está confesada y no hay más que una honra, ¿qué importa el nombre del ladron? se dijo. La lógica de toda madre es una lógica particular, y Enriqueta razonaba con esta. Dedujo que en la esfera de las mentiras lícitas el ocultar el tiempo y el nombre verdadero del verdadero seductor, era una de ellas.

Su marido habia cogido *infraganti* al que fué á robar lo que ya no tenia. ¿Qué le importaba lo demás?

Así lo comprendió ella al ménos, y si como esposa merecia un castigo, tendrian que absolverla como madre.

— Soy indigna de tu perdon ; he estado ciega hasta ahora, no me reconozco ni encuentro nada bueno en mí. Mátame, y cuida de mi hijo, ¡ te lo pido por Dios !

Dieron las diez de la mañana; un silencio pavoroso siguió al ruido del reloj de sobremesa, cuyos

ecos fueron á confundirse con las congojas y suspiros que este matrimonio, meses antes tan dichoso, lanzaba del pecho.

Alberto, enternecido con las últimas palabras de su mujer, en la cual encontraba circunstancias muy atenuantes, dió un paso hácia ella, le tendió la mano para que se levantase, y dijo:

—Perdono á la madre, pero me separo para siempre de la mujer.

Ella tomó su mano; pero estuvo á punto de desmayarse. Si en aquel momento hubiese tenido un puñal, se lo habria clavado en el corazon para que viese su marido la crueldad que envolvian sus palabras; pero como no le tenia se aguantó.

—¡Perdonarme! gritó ella sarcásticamente. ¡Ay, Alberto, si me amases aún me hubieras matado ya; pero ya no me amas ni me puedes amar! y volvió la cabeza para ocultar las lágrimas.

Alberto salió de la habitacion enjugando las suyas, y dijo al abrir la puerta:

—¡Hasta luego!

Enriqueta no contestó.

## CAPÍTULO XIII.

### PARA DOS GRANOS DE FILOSOFÍA

#### MIL DE MOSTAZA.

El ministro de..., que habia llegado al apogeo de toda su fortuna, estaba completamente desesperado. Al salir de la habitacion de su mujer habria rechazado la inmortalidad si algun dios se la ofreciera en aquellos momentos, por no ser perpétuamente desgraciado.

En su dolor profundo, y al ver que la suerte le habia jugado una partida de tan mal género, se hubiera suicidado, á no pensar, como todos los que por no tolerarse á sí propios, están destinados á arrastrar las cadenas de todos los conquistadores que tengan á bien traérselas.

Entró en su despacho acordándose de las lágrimas de su mujer, y rendido por las emociones de la noche y la mañana, se dejó caer sobre una butaca.

— ¡Quién sabe! se dijo.

Sufrió, meditó, y resolvió.



Todas aquellas ideas sobre la mujer, todos aquellos pensamientos que le inspiraron la carta y habian agitado su corazon y revuelto su cabeza cuando estuvo á punto de quemarse, al leerla junto á la chimenea, volvieron á torturarle; pero ya con el viso de la realidad más triste y del desengaño más cruel.

Aquel amor, aquellos dias deliciosos, aquella fidelidad jurada, aquellas caricias, todo fué un sueño, sueño fugaz. ¡Qué doloroso es el despertarse!

Y Alberto despertaba en el hogar doméstico para no dormir nunca. Abria los ojos para ver con toda su repugnante realidad el adulterio.

Sufrió lo indescriptible y dijo para sí:

—Separarse de su mujer con escándalo, entablando el divorcio, ó hacerlo en el secreto, con el mayor sigilo, disolver de todos modos la familia, castigando á un niño inocente con la pérdida de la madre ó del padre, para que no se contagie con el adulterio, es dar que decir, y hablar á la crítica picante.

—Guardar el más profundo secreto en el caso de ser posible, resignarse á sufrir todo en amable consorcio con la adúltera; pactar con la deshonra, perdonando á la madre, para sufrir á fuego lento la marca de la infamia por do quiera que vaya: es tan fácil que pueda la esposa de un ministro ocultar sus faltas, como conservar en un cesto de mimbrés el líquido más denso.

Meditò.

En algunos instantes se hizo la luz y pudo ver claramente que el secreto de su deshonor era del dominio público. Por las visitas, el aderezo y las demás pruebas se convenció él el último, siendo el primer interesado.

—Si yo mato en buena lid al Sr. Gomez y...

Resolvió.

Púsose á escribir algunas cartas, llamó al mayordomo, ordenó á este que las llevaran inmediatamente á su destino entregándolas en propia mano, y se recostó en el sofá, añadiéndole que no le interrumpieran hasta que viniesen los señores cuyos nombres se leían en las referidas misivas.

Enriqueta por su parte, despues de haber desaparecido su esposo se levantó, llamó á su camarista que no estaba muy lejos, y la dijo, al mismo tiempo que se limpiaba los ojos con el pañuelo :

—Dame un libro forrado de terciopelo verde que está en la mesita de mi sala de toilette.

Laura trajo el libro, que era la Biblia comentada, y la entregó á su señora.

Esta se puso á orar con fervor ante una imágen de la Virgen, y al poco rato volvió junto á su doncella, la cual hizo sentar á su lado en el canapé del gabinete.

La suplicó, la pidió parecer, la rogó.

Quería oír su consejo en tan duro trance, saber si estaban de acuerdo en la gravedad de la falta,

el mejor medio de remediarla, á ella que tan buenos y eficaces la habia inspirado en otras ocasiones, como doncella, como amiga, como camarista y fiel servidora.

La suplicó.

Ir á un convento, encerrarse para siempre, ocultar su falta en un claustro entre el locutorio y un velo despues de confiar el hijo de sus entrañas á los cuidados de su abuela, que seria dos veces madre por él. Pero su marido no podria resistir aquella separacion, y un golpe tras otro golpe era una crueldad que no merecia quien le acababa de decir : «hasta luego,» con una de las miradas más tiernas y expresivas. ¿Qué hacer, por qué decidirse?

La pidió parecer.

Era un asunto muy grave para ser ilustrado por una doncella, investida con la categoría de amiga y camarista.

Laura se conocia á sí misma y aún mejor á su señora. Ella estaba iniciada en todos sus secretos. Le correspondia un tanto de culpa, y tuvo que concretarse á balbucear algunas opiniones truncadas, que hicieron aumentar la enormidad del crimen de Henriqueta.

Entonces esta escribió una receta para un droguero, con pretexto de cazar animales dañinos, se la entregó á Laura, diciéndola trajera el encargo al mismo tiempo que desempeñaba otro más grave...

La rogó.

La fiel Laura abandonó á su señora con sentimiento, ordenó al ama del niño que la acompañara con este, y en la droguería más próxima la dijo fuera en casa de los abuelitos de la señora y esperara allí hasta que volviera.

Entretanto Enriqueta, pareciéndola una profanacion lo que intentaba hacer, puso el asunto en manos de la fatalidad ó la suerte, que equivalia á ponerlo en las del diablo.

Como detrás de la Cruz suele haber alguno, despues de leer varios pasajes de la Biblia, examinar su conciencia, verse con toda frialdad, por cinco razones y media decidió consultar el libro de los oráculos, formulando una pregunta en su mente.

Abrió el libro al azar, introdujo el índice de la mano derecha por la página 61 y el de la siniestra por la 22. Consultó su pregunta en ambas páginas, y las dos contestes le dieron la misma respuesta. Ya no tuvo duda, y se decidió resueltamente á seguir la conducta marcada por el extravío de su espíritu.

Las mujeres, son tanto más espiritualistas cuanto ménos lo necesitan. Tienen una filosofía especial. La de Enriqueta era singularísima con respecto á las nociones de la inmortalidad y del cielo. Las confesiones continuas, la clemencia católica, las cuarenta horas, los maitines, el jubileo, habian exaltado de tal manera su *magin*, tenia una idea

tan optimista de la magnanimidad cristiana, que daba á su cuerpo el imperio de la tierra para dejar que su espíritu volase al cielo.

Cuando la doncella regresó con el encargo, estaba en éxtasis de arrobamiento, castigando su cuerpo con maceraciones, mientras que su espíritu se evaporaba por el piélago inmenso del vacío.

Laura se asustó, creyendo habérselas con una demente en el grado máximo de la furia. Estaba en una posición tan dudosa y en una actitud tan impropia y tan descompuesta, que la doncella dió algunos pasos hácia atrás, y dejó caer el envoltorio al ver á su señora en paños menores haciendo una X pronunciada.

Repuesta Laura de su primera emoción, recogió lo que se le habia caído, lo puso sobre la mesa de dormir, y se dirigió hácia su señora compadecida de su estado, arrepentida de haberla hecho algunas observaciones tal vez severas.

—Señora, por Dios, que se mata V., la dijo.

—¿Y qué me importa? Eso deseo, contestó con indiferencia Enriqueta.

Aquella indiferencia concluyó de asustar á la doncella. A duras penas, con grandes esfuerzos, pudo conseguir que su señora se acostase recobrando algun sosiego.

El facultativo vino luego por orden de la buena Laura, y fué de opinion, aunque ya dudaba de su buen éxito, la propinaran algunos calmantes, po-

niéndola unos sinapismos en las plantas de los piés.  
¡Era ya tarde!

## CAPÍTULO XIV.

### EL ÚLTIMO BESO.

Alberto no salió en todo aquel día de su despacho.

Recibió allí á los amigos que habia mandado venir por las cartas; estos, enterados del asunto, sobre el cual se le resistió mucho al ministro dar detalles, aceptaron la delicada y triste mision que Fernandez les encomendó; recibieron las instrucciones, objetaron algunas dudas, y se despidieron de Alberto para ir á cumplir la mision tristísima.

Tratábase de apadrinar un duelo á muerte. Si hay duelos indispensables, si hay duelos imperiosos y legítimos, este era uno de ellos.

Hallaron al Sr. Gomez en cama, pero ya com-

pletamente restablecido de los chichones, gracias á la eficacia del árnica, y solo con una ligera cisura en la parte más alta de la cabeza.

Imaginóse á qué venían, y con gran satisfacción de los amigos de Fernandez, les salió al encuentro, evitándoles explicaciones enojosas; les dió nombres y la dirección de aquellos con quienes debían entenderse, abreviando el tiempo.

Los padrinos de Alberto escusaron con galantería los deberes de la amistad, rogaron al Sr. Gomez les dispensara con razones muy atinadas y palabras discretas, y se marcharon á cumplir su misión.

Habia quedado Alberto en su despacho, calculando por adarmes el peso de la desgracia que tan despiadadamente caía como una bomba en medio de su hogar doméstico, haciendo pedazos una familia para arrojarlos aquí y allá como astillas de un mismo tronco, que ya dispersas, para nada servían, destruyendo de un solo golpe toda su felicidad, su honra y su dicha.

¡Ah! el adulterio! El adulterio causa más estragos en una familia, que los cascotes de una bomba caída en medio de una columna cerrada en masa, vomitando la muerte en todas las filas.

Jugad con el amor, mujeres casadas, madres de familia; traed en vuestras manecitas la bomba del adulterio, ocultándola en un rinconcito del dormitorio de la casa; allí vendrá el criado, un amigo,

la casualidad, los niños, á prender fuego á la mecha, y entonces...

Alberto jugaba con el adulterio dándole vueltas como si fuera una pelota. Hubo instantes en que se le cayó de las manos; entonces se acordó de su mujer, creyó en el verdadero arrepentimiento; tuvo compasion de ella, y herido por tantas emociones, su cuerpo se halló aún con fuerzas para descansar; aquel descanso fué un breve sueño.

A fuerza de pasar y repasar todos los síntomas, todas las fases de la pasion de la mujer, se durmió sin querer, y un sueño extraño vino á consolar su espíritu; estos fenómenos suelen ser frecuentes en las grandes crisis.

Soñó que estaba en la habitacion de su mujer, ella acostada en su lecho y en actitud supina, ataviada con una mortaja; él ante ella, mirándola, parecíale tan hermosa como siempre, pero le faltaba alguna cosa que no podia explicar: aquel rayo vivificante que desde lo íntimo del alma sale á los ojos, brota en el labio y vibra en el acento; faltaba en aquel rostro el sello de la inteligencia que atrae, la marca gloriosa de la pureza que impone; pero tenia en cambio los signos de la muerte que repelen.

Soñaba ser repelido por una fuerza secreta, mientras se figuraba oír una voz, cuyo timbre le era familiar, que lo llamaba pidiéndole perdon en nombre del Salvador, al par que él daba gracias á Dios

por haberle dado fuerzas para perdonar momentos despues.

Figurábase entonces tener entre sus manos la de su esposa, fria como el mármol, que pugnaba por atraerlo hácia ella; él se resistia, pero cuando hubo cedido á disipar el odio, su asombro rayó en lo imposible al sentir el contacto del cadáver amortajado que veia, y que era el de su esposa Enriqueta. Un brusco sacudimiento le hizo despertar para ver la realidad.

Aquel sueño le produjo dos saludables efectos: la compasion para su esposa, el temor de Dios para sí. Acordóse de que tenia una deuda de honor pendiente; contra su costumbre, encendió él luz en su cuarto, preparó algunos asuntos, escribió unas cartas, tiró de la campanilla, mandó que le trageran algo con que desayunarse, comió con apetito é hizo llamar á Laura.

—¿Qué hay? la dijo con marcada ansiedad.

—La señora está muy enferma; vino el médico, la ha visto, y no me han tranquilizado mucho sus gestos y semblante. Temo que... balbuceó llorando la buena Laura.

—Alberto se estremeció de piés á cabeza, creia presentir la realidad del sueño.

—¿Cómo no has hecho entrar en mi habitacion al médico? dijo visiblemente contrariado.

—Como el señor estaba tan disgustado, queria evitarle...

—Has hecho mal, interrumpió éste; vamos á ver cómo sigue, añadió incorporándose.

—Iré antes á ver si duerme, porque me ha advertido el doctor que no la viese V. hasta que la señora le llamara.

—Vete, y avísame si está dormida... inmediatamente, quiero verla.

Laura obedeció; su señora no daba aún señales de vida, á pesar de los caústicos, parecía insensible; se notaba en su semblante una rubicundez que no eran los mejores síntomas para tranquilizar á cualquiera. Volvió inmediatamente á avisar á su señor que podía cumplir sus deseos, sin faltar á las órdenes del médico.

Alberto, deseoso de disipar el presentimiento del sueño, entró de puntillas en la alcoba de su esposa.

Eran ya las diez de la noche, la habitacion estaba pálidamente alumbrada.

Alberto se acercó al lecho para examinarla de cerca con toda la mayor cautela, corrió el pabellon de la cabecera, y unos tibios rayos de luz hirieron el semblante colorado de la enferma. Tanteó su pulso; acordándose, sin duda, del lance pendiente; se acercó más, bajó la cabeza, y estampó un ósculo de perdon en la abrasada frente de Enriqueta. En el mismo momento abrió ésta sus ojos, fijándolos en su marido, con la estupefaccion más insólita.

Alberto permanecía contemplando su mujer sin desplegar los lábios. De repente se incorpora ella;

con un signo desdeñoso señala á su marido la puerta, diciéndole:

—Márchese V. de aquí, infame.

El marido interroga con la vista á la doncella, que permanecía observando todo; ella contesta con gruesas lágrimas, que se desprenden á borbotones de sus megillas. Alberto comprende al fin la nueva desgracia, y saltan las lágrimas de sus ojos. Su mujer no le perdía de vista, y al verle llorar prorrumpe en una estridente carcajada histérica, cayendo sobre la cama.

¡¡Estaba loca!!...

El Sr. Fernandez habia entrado en la habitacion de su esposa sin corazon, y salió de ella en un estado de estupidez tal, que parecia no tener alma.

Aquel ósculo fué el último beso que dió á su esposa Enriqueta, con el corazon seco y desgarrada el alma.

Entró en su cuarto decidido á no salir hasta realizar su propósito, y llevar á cabo su resolucion.

Se olvidó de su hijo y de todo, no pensó más que en lo último que se piensa, cuando la deshonra se pone de acuerdo con las preocupaciones, para desolar una familia, entrando en la casa por un duelo.

El duelo absorbía todas sus facultades, todos sus sentidos; porque por un duelo podia hallar la venganza, y este es el último rincon, donde la fatalidad juega con el hombre.

¡Cómo ha de suceder de otro modo!

Vivir deshonrado no era una vida para el hombre que, como Alberto, habia hecho grandes sacrificios en la regeneracion de sí mismo.

¿Qué habia hecho al hombre, para que el hombre lo castigase de aquel modo?

¿Qué habia hecho á la mujer para que la mujer más estimada, más querida y respetada, le robase en algunos segundos el fruto de tantos esfuerzos, el trabajo de tantos sacrificios, lo que más estimaba, su honra, que era su más precioso tesoro?

¿Qué habia hecho á la sociedad para que la sociedad le exigiera el sacrificio de su vida, si queria rescatar su honra y vivir en paz con ella, evitando el que lo señalaran con el dedo por do quiera que fuese?

¡El honor! ¿Y qué es el honor? Un trapo, con que se limpia las botas el oficial que sale de guardia.

¿Pues y las leyes y los tribunales, deliran?

¿Por ventura las leyes podian devolverle lo que solo era del dominio de su conciencia?

¿Tienen fuerza bastante?

¿Qué son los tribunales civiles?

¿Por ventura los tribunales podian restituirle una mujer y un hijo, su felicidad y su tranquilidad, robado todo en algunas horas de atolondramiento?

¿Qué tribunal hay en el mundo, que pudiera hacerle justicia, reintegrándole en el seno de la familia, y dándole la paz á la conciencia? La tran-

quilidad del alma. ¡Alma y conciencia! Hé aquí el misterio.

¡Vengarse! ¡Vaya un recurso!  
Venganza por venganza, merecia la pena de dejarle este trabajo á otros...

¿Qué daba la sociedad?

Y la sociedad, el *qué dirán*, más cruel aún que todos los tribunales de la Inquisicion, presidido por un mal entendido *amor propio*, una falsa dignidad, un sarcástico orgullo, ¿podia resarcirle de tanta pérdida?

¿Acaso la muerte de un hombre, se paga con la muerte de otro hombre?

¿Quién cobra estas deudas?

La muerte, dirán algunos *hidalgos*; ¿y no tiene ésta bastante imperio para cobrarse por sí misma, sin el auxilio de los hombres?

¡Qué quereis, somos impacientes! ¡Hay que dejar el sitio á *empellones*!

¿Y no seria mejor dejarlo voluntaria y libérrimamente? Sí, pero el *qué dirán*, trabaja mucho; hay que pagarle su tributo *al honor*, que es la insensatez humana condensada en el corazon del hombre.

¿Dónde está ese señor tan exigente?

¿Hay medio de entenderse con él?

¿Puede traérsele al terreno de la razon?

— No os canseis: es imposible.

— Seria tanto como arrancar el corazon á los hombres.

Si Cain no hubiese encontrado la quijada del asno, buscaría una piedra.

Supongo que no tendreis la pretension de extinguir su numerosísima raza, en dos plumadas, de un solo golpe. Con una firma, ménos aún.

Por cualquier camino que entreis, no podeis salir más que por el duelo.

Para dos granos de filosofía que haya en la cabeza del hombre, tiene mil de mostaza en el corazon.

Así es, y así hay que tomarla.

## CAPITULO XV.

### PARÉNTESIS SOBRE EL DUELO.

El verdugo más cruel, y sin contradicción real el más sanguinario, es, sin duda alguna, la preocupación feroz que, heredada de generación en generación desde los más remotos tiempos, existe hoy para poner, como siempre, todas las virtudes á la punta de una espada ó en el cañon de una pistola.

El derecho de la fuerza ¡es *el supremo derecho!* dicen los legisladores burgueses despues de recibir un latigazo de cualquier lacayo.

Desde los más remotos tiempos ha imperado de tal modo esta opinion en los pueblos, que los hombres más ilustrados en las letras y los varones más esclarecidos en todos los ramos del saber, no encontraban otro medio de vengar sus injurias personales más que por combates sangrientos, personales ó colectivos.

¿Qué error más antinatural, inhumano y cruel ciega á los hombres, hasta el extremo de postergar todas las virtudes por el valor?

¿Es acaso tan suprema la opinion pública, que haya llegado á la categoría de inviolable, para no haber un solo hombre que se avise de disipar la terrible preocupacion?

¿Priva acaso el duelo, en el siglo de las luces, hasta el extremo de confundir al hombre honrado, justo, bueno, amable, ilustrado, en el mismo desprecio que al criminal, cuando no desciende á batiirse con éste?

¿Qué diríais de una sociedad, en donde el calumniador, el infame, el criminal seductor, el ladron y asesino, fuese confundido como todo hombre de bien, halagado y estimado de ella, por la sola hazaña de haber dado una estocada á tiempo y saber afinar la puntería de una pistola?

¿Qué diríais de una nacion, en donde se legiti-

mase el robo; la infidelidad fuese una broma de buen género; el adulterio un juego lícito; la perfidia un pasatiempo honroso, cuando todas estas *chanzas* se ventilasen en el terreno del *honor* con la espada, el florete ó la pistola?

¿Qué diríais de un pueblo en donde los hombres criminales tuvieran solo razon cuando matasen en *buená lid* á sus víctimas, y los *hombres de bien* tuviesen que conquistarla á cuchilladas y á tiros?

¿Qué diríais de la sociedad, en donde cualquier afrenta tendria que limpiarse con la espada ó la pistola en la mano, dando ó recibiendo; y si esa sociedad fuera la vuestra y estuviese salpicada de espadachines, sin el permiso de los cuales pudiérais vivir tranquilo, con la intranquilidad perpétua de estar expuestós á un atropello?

¿Y si además, alguno de mala voluntad, poco valor, comprase un brazo diestro, y éste os arrastrase al *campo del honor*, como los antiguos llevaban las víctimas al holocáusto, coronándolas de flores é incienso, qué diríais?

Antiguamente, como en la Edad media, llamada edad de acero, para ser caballero y noble, era preciso acudir al campo del honor, coger la espuela del contrario con la punta de la lanza, y la espada de la diestra del enemigo; conquistar una sonrisa, algunas miradas de la dama idolatrada, desde la arena, á mandobles y entre caballeros armados de todas armas, luchando brazo á brazo,

á pié ó á caballo, defendiéndose, como hoy los toreros se defienden de las astas del toro para ganar un puñado de plata y algunos cigarros *reales*; pero antiguamente, como en la Edad media, no se hablaba como hoy á dos mil leguas de distancia, ni se recorrian en algunos dias; no se hacian veinte disparos en algunos segundos, ni la cabeza del hombre de ayer pesaba tanto como pesa la del de hoy, que es lo bastante para no poder ir, como entonces, revestido de bronce y acero.

Otros tiempos, otras costumbres; pero es bien triste que áun ahora, en plena civilizacion, cuando la masa encefálica del hombre abulta tanto como su cuerpo, por más que comparado con el Hércules de la edad de hierro, sea un lapon; es bien deplorable se confunda el nombre, tres veces sagrado, del honor, con esa preocupacion feroz, vil retoño de la Edad media, que se destaca por sus formas, tan salvajes como grandiosas, en el campo moderno, proyectando las sombras más negras que pudieran eclipsar sus luces.

La hermosura de la mujer, como sus gracias, han sido en todos tiempos estimadas como se merecen; pero el verdadero honor tampoco depende del tiempo, del lugar, ni de las preocupaciones; es invariable. Los pueblos más ilustrados, los más valientes, los más esclarecidos, han desconocido el duelo; siendo siempre los más independientes. El combate individual llámase duelo. ¿Cómo deberemos llamar á esos com-

bates colectivos en donde se baten miles y miles de hombres, empleando todos los medios posibles de destruccion con una esplendidez y un refinamiento de lujo, sin que les falte la hipocresía para invocar las oraciones del Dios de la paz, padre comun de los hombres? Si la conciencia nacional es el compuesto de las conciencias particulares, y cada una de éstas rechaza el duelo individual, y hoy casi todos los pueblos civilizados tienen leyes rigurosas en sus Códigos para castigar á los duelistas; si la lógica es compatible con la civilizacion moderna, ¿qué castigos merecen los instigadores y provocadores de esos duelos colectivos, continuos y sangrientos de hombres, que han regado con sangre de sus semejantes las más fértiles comarcas de las naciones, en el tribunal de la Europa?

Dar la razon al vencedor, equivale á santificar el derecho de la fuerza; y si éste lo concedéis á cualquier nacion, la lógica de los hechos cambiará por completo los cimientos de la justicia, haciendo prevalecer los vicios en los demás pueblos. El duelo será la razon suprema de los que no la tengan, para arrancarla del corazon de los más razonables, llevándola en la punta de la espada aunque no la lleven en la conciencia. Los hombres honrados que sean débiles, tendrán que callarse; y los hombres virtuosos, fuertes, rechazarán la razon cuando ésta se la sirvan en la punta de un florete ó en la boca de una pistola, aun teniendo veinte probabilidades

contra una de tomarla. Si quereis vivir tranquilos, será preciso convertir las universidades é institutos en salas de tiro ; los colegios en gimnásios.

Aun así no estaríais á cubierto de las asechanzas con que el instinto de conservacion pudiera mortificaros. Las tribus salvajes de los desiertos tendrán sobre vuestra civilizacion la ventaja de la *costumbre*, que es una segunda naturaleza.

Sancionad el derecho de la fuerza , tejed coronas de laurel para los vencedores , regaladles espadas de honor, levantad en su obsequio arcos de triunfo, paseadlos en litera por las calles, arrojadles incienso y perfumes, flores y palomas. Prodigadles los obsequios, y vosotras, ¡oh, musas! pulsad la lira, cantad en todos los tonos sus proezas. Que si el mundo es grande..., mientras haya mujeres nunca faltarán hombres que constituyan la masa del pedestal del gran capitán, ni madres que con sus lágrimas puedan humedecer esta masa para fundir la columna que la perpetúe.

Parodiando á un célebre poeta podría decir un gran héroe; Napoleon I, por ejemplo:

«Que si el vulgo es hombre, y lo paga, es justo matar al hombre, para darle gusto.»

Un bello epitáfio para un duelistá en grande escala, sería el siguiente:

«Aquí yace el gran sangrador de la Europa (por

«ejemplo); ganó tantas... batallas; tantos... com-  
«bates; sostuvo diez años, con ventaja, la guerra;  
«hizo que se matasen dos millones de hombres; dejó  
«despoblado y arrasado tal territorio. La genera-  
«cion presente, diezmada, le ha levantado este mo-  
«numento, para que la venidera le esté *recono-*  
«cida, y estimule los instintos feroces de los demás  
«y le imiten.»

La civilizacion ha hecho más humanos esos due-  
los generales, que se llaman guerras, haciéndolas  
más deseables. Si ayer no habia cuartel para el  
vencido, si ayer no se perdonaba á los heridos, hoy,  
por el contrario, el que tiene la desgracia de caer  
prisionero, es tratado regaladamente, con todas las  
consideraciones que antes tal vez no tenia entre  
los suyos. El herido, á su vez, es consolado por un  
ángel de hermosura, en forma de hermana de la  
caridad de la Cruz Roja, con la cual puede tal vez  
compartir el hogar doméstico, cuando se cure, y  
encontrarse una condesa millonaria que labre su  
felicidad en todos los órdenes. ¿Qué son los dolores  
de una leve herida, comparados con la dicha y el  
placer que proporciona el consuelo de una hermo-  
sa virgen de veinte años que os venda la herida en  
medio del campo, os anima y fortalece con divinas  
palabras y alguna promesa?

¿Creeis que si las guerras fueran más crueles,  
serian más fáciles?

¿Creeis que si las mujeres, que imperan sobre

nosotros en virtud de la fuerza que les dan nuestras pasiones, ora como madres, amantes ó esposas, no tuvieran una pequeña parte en nuestro amor propio, y dejasen de tejer coronas de laurel para los vencedores, serian tan fáciles los duelos?

Esos duelos en que, como los orangutanes, nos batimos alineados, compactos, sin ódios ni venganzas, por distraccion pura, como si se tratase de oír misa ¿qué digo? antes ó despues de oirla, dando gracias al Dios único de la Fraternidad, como si se tratase del dios Marte, con las manos tintas en sangre del hermano.

Los Códigos no tienen leyes para estos grandes... capitanes. Para estos belicosos héroes, tejen coronas las mujeres sensibles, delicadas, buenas; para estos hombres alzan tronos los hombres, levantan arcos de triunfo los pueblos, y entona himnos de alabanza la civilizacion; el progreso los diviniza.

Es que las mujeres, los hombres, las naciones, sancionan el duelo, divinizan la guerra. ¡Ay del mundo! A qué cansarnos; toda la filosofía de Jesus, no es bastante á destruir el duelo; duelo personal, duelo colectivo.

¿Qué decís del duelo á primera sangre?

Desde aquí apercibo un caballerito que ha recibido una bofetada en plena megilla izquierda, batiéndose con el que le ha inferido esta ofensa, en presencia de algunos amigos, y á la vista de su novia, y que por darle testimonio de valor recibe

un sablazo en la megilla derecha. El duelo es á primera sangre, la honra queda satisfecha, y si al víctima le salia el rubor por una megilla, ahora le sale sangre por la otra. ¿Qué decís del duelo á primera sangre? ¿No seria mejor llamar á un sangrador provisto de lanceta, y en presencia de los testigos, sangrara al ofendido y ofensor para que se escribiera el acta con sangre, en testimonio de valor mútuo? ¡El valor! Hé aquí un problema difícil de resolver.

Todos tenemos instinto de conservacion, tanto más, cuanto más nos sonrie la vida, brindando placeres y comodidades. Esto quiere decir que el valor está en razon inversa del instinto de conservacion, y éste en razon directa de las comodidades, bienestar y placeres que nos proporciona el estado en que se vive. Pero aún así es harto difícil concretarle, y más aún definirle.

El que mejor sabe ocultar el miedo, ó instinto de conservacion, aparenta sin duda alguna más valor, siendo ficticio; pero como suele juzgarse por las apariencias, resulta, en efecto, que el más valiente es el que mejor sabe ocultar el miedo.

En algunos pueblos, como Nápoles y Mesina, esperan á los enemigos en el recodo de una calle, para asesinarlos á traicion por la espalda; allí dicen valientes, á los que en España llamamos traidores y cobardes. Algunos sostienen que el suicida es un sér de valor; otros, por el contrario, afirman

que se necesita más para soportar la vida, en muchas circunstancias.

El hombre de conciencia recta, cuya vida no tiene ni una mancha, considera el duelo como un homicidio, y rechazará este medio de venganza áun teniendo grandes probabilidades para conseguirla. El valor de la dignidad responde en todos los casos para proteger al débil, defender la patria y cumplir los deberes más peligrosos, y el hombre que lo tiene es susceptible de los rasgos más heróicos; un temerario es incapaz de realizar lo sublime.

Se necesita tener un temperamento irascible, salvaje, para comprometer en algunos segundos la tranquilidad de una vida perfecta, honrada y laboriosa, provocando y aceptando un duelo, del cual, áun saliendo airoso, queda en la conciencia la mancha de un homicidio, suficiente para turbar la paz en el porvenir del hombre sin mancha.

Los duelistas son aquellos que, no pudiendo hacerse respetar y estimar de los hombres honrados, por sus virtudes y buenas acciones, tratan de imponerse con algunos lances de honor, para ocultar las hazañas de una vida infame, y contener á los que intentaran descubrirla; concluyen al fin, por donde comenzaron: muriendo á mano airada en alguna callejuela ó tugurio sombrío.

El verdadero valor, aquel que yo invocaría como un fuego sacro, con preferencia, es más prudente, tenaz, constante y seguro; más severo, mé-

nos torpe y más tranquilo; está en todas partes combatiendo contra el enemigo, lo mismo en el campo, que en una tertulia, en favor de la verdad, de los ausentes, en el lecho del dolor y de la muerte. El valor que mana del alma no se gasta nunca, su manantial es inagotable, no le sucede lo mismo al que nace en el corazón, que se gasta pronto.

Colocar la virtud por cima de todos los acontecimientos, no consiste en batirse; pero sí en no temer nada ni á nadie.

Mientras el hombre no sujete el corazón á raciocinio, será tanto como imposible evitar los duelos, y más aún, si hay faldas por medio.

Es natural; el corazón ama, siente, es el focus de nuestras pasiones; y la mujer..... hace el resto.

Ya sabéis la clásica pregunta que se hacia á cualquier disgusto ó lance:

¿Quién es ella?

Esta era una bailarina del teatro de la Opera. El joven marqués de A..... habia gastado toda su fortuna con ella; estaba arruinado.

Una noche recibe el testimonio inequívoco de que era engañado por un empleado del Ministerio de Fomento. El marqués, furioso, va inmediatamente al coliseo, la encuentra, y se queja á ella amargamente de su infidelidad. La bailarina le contesta con la mayor sangre fria:

—¿Qué quieres, amigo mio? Tú me pagas, yo te entrego lo que estipulamos. Es la ley. Puede ser

que te hubiera amado si fueras más *valiente* y menos rico.

—Nunca estoy segura cuando me acompañas.

—Todos tienen derecho á galantearme en tus barbas, sin que tú reclames los tuyos.

—Pero desgraciada, interrumpió el *pacífico* marqués, me has arruinado y me pagas de ese modo?

—Voy á ir al Pardo maldiciéndote.....

A estas palabras, la bailarina dió unas cuantas vueltas en su cuarto, conmovida, y las lágrimas estuvieron á punto de asomarse; pero salieron á medias.

—Arruinado dices, ¿será posible? ¡Infeliz! yo te adoro, te idolatro, bien mio, dijo tendiéndole los brazos. Es necesario que castigues al infame seductor, como saben hacerlo los hombres de tu estirpe. Me casaré contigo; viviremos como en el Paraiso; yo tengo seis mil duros de economías. Sabré ser marquesa, porque hace algun tiempo que lo sueño y he representado ese papel en las tablas, si tú sabes ser hombre.

El marqués de A....., descendiente de un gran capitán, habia variado mucho las ideas de sus antepasados; se resignó á vivir de la deuda flotante, arruinado, antes que provocar un lance por unas *ligas de baile*. Tenia muy acreditada su intrepidez y ejecutoriado el valor en su casa, para dispensarse las pruebas.

El marqués no estaba muy de acuerdo con los

planes de la bailarina, ni dispuesto á aumentar los honorarios con el ruido de un lance, á espensas de su piel aristocrática.

Las mujeres han tenido una gran influencia en el duelo; su veleidad, cuando no es su coquetería, hace, que lejos de vituperarle, inciten á él.

Cualquiera soltera que raye en los treinta y cinco, se enorgullecerá al pintarnos las peripecias del duelo que quitó la vida á su prometido esposo, suspirado.

Encontrareis muchas doncellas de cuarenta años, que haciendo de vestales, quemem incienso en el altar del Himeneo, deplorando los rigores de la aciaga suerte de la guerra, que las dejó viudas siendo *doncellas*. Las cuatro quintas partes de los desafíos, son por cuestiones de faldas.

Si la mujer ha nacido para casarse, el hombre, por la misma razon, se impone el deber de agrardarla, y mientras haya mujer cuya vanidad se tuerza por el mal camino, habrá hombres que se impongan el deber de batirse contra su rectitud, contra sus sentimientos y contra su conciencia, tan sólo como un medio de conquistarse el corazon de la mujer.

Por fortuna, los períodos de las complacencias son breves en el hombre.

Sobre el valor, los duelos y las guerras, no se ha dicho la última palabra.

¿Podrá decirse pronto?

Depende de las costumbres y preocupaciones que se inspiran á la esposa.

Podria borrarse por completo el duelo, tan imposible como las pasiones del corazon humano. Todos lo aborrecemos, y sin embargo, hay casos tan desgraciados en que el más tímido recurre á él como el único medio de vengarse ó vindicarse, que viene á ser *sinónimo*.

---

## CAPITULO XVI.

---

### DUELO DE HONOR.

---

El ministro de..... frente á frente con la desgracia, pasó en el dormitorio de su habitacion una de las noches más dolorosas de su vida.

Sin honra, sin familia y sin felicidad, se encontraba completamente aislado, solo y sin consuelo.

A oscuras, en la alcoba de su gabinete, veia con toda la horrible realidad, la posicion en que le habian colocado: la infamia de un compañero, y la

imperdonable debilidad de una mujer querida, de una madre idolatrada que así jugaba en un azar la suerte de su familia, su felicidad eterna.

Alberto había pasado toda la noche en la cama sin poder reposar ni algunos momentos.

Como si estuviera haciendo un minucioso exámen de conciencia, recordó todas las locuras de su juventud, todas las calaveradas de su infancia.

Tuvo que acusarse de una falta grave que se destacaba en el fondo blanco de su conciencia, como un punto negro de grandes dimensiones.

Si todos nos examináramos, ¿quién podría tirar la primera piedra? Fernandez era cristiano y quería purificarse antes de recibir el bautismo de sangre.

En los borrascosos tiempos de su juventud, había alucinado á una jóven con promesas halagüeñas de matrimonio. La jóven era una honrada hija del trabajo, hembra única de una humilde y laboriosa familia, sin más patrimonio que su trabajo y su laboriosidad. Tenía quince años, era hermosa como una vírgen de Murillo; amada de la familia, querida de los padres, respetada por todos, había sido dichosa hasta el desgraciado instante en que, mal aconsejada por su amor hácia Alberto, creyéndole un caballero fiel á sus promesas, tan honrado como cualquiera de sus hermanos, le hizo depositario de su honra, confiándole el único dote de que disponía.

Fernandez malversó aquel tesoro de candor é

inocencia, y meses despues, la desventurada niña era madre, siendo soltera.

Abandonada de su familia, de su amante, y sin recursos para amamantar al fruto de su delito, pasó mil angustias y torturas para ser buena madre, ya que no habia podido cumplir como hija honrada. ¡Así se paga el amor y ternura cuando son cándidos en demasía!

Fernandez suspiraba acordándose de aquella historia y de las víctimas sacrificadas en aras de su vanidad.

—¡Tal vez aquel inocente niño, se decia, habia empujado la mano invisible del destino para castigarle! ¡Tal vez aquella desventurada madre tan aislada, como él entonces, rogando á Dios por el padre de su inocente hijo, alcanzase la compasion divina, sin esperar en la humana.... y.... lo castigaba con tanto rigor.

Alberto temblaba ante la realidad de esa cosa impalpable, invisible, y que á través del espacio y del tiempo, está en todas partes y alcanza á todos.

De aquel punto negro brotó una duda cruel, tan despiadada como su conducta con la madre de su hijo natural, y aquella duda le hizo murmurar: ¿Y si no fuera mi hijo? y al mismo tiempo creyó oír...

—«Los que no reconocen á sus hijos naturales, tienen que alimentar y acariciar, civilmente, los ajenos....» y se avergonzó.

Maldijo las pompas y vanidades mundanas; mal-

dijo su ambicion; maldijo la gloria adquirida, y como la diosa Calipso con su inmortalidad, él se encontraba más desgraciado por ser ministro.

—Siendo un particular cualquiera, se decia, en cualquier pueblo ó lugar podria ocultar la falta de mi mujer y encontrar el reposo de un verdadero arrepentimiento en el retiro y la soledad.

—Pero, ¿á dónde voy siendo ministro de... que no me conozcan por las cajas de cerillas y la prensa? ¿En dónde podré ocultar una falta que á estas horas será el objeto de las burlas, hasta de los maestros de baile? ¡Maldita cartera, y maldita política!...

Y el buen Fernandez maldecia la sociedad, los hombres, las mujeres, todo, ménos los pícaros *cálculos* de su ambicion, que habian descuidado el trato de su mujer, dejándola á su albedrío, expuesta á ser quemada por los fuegos fátuos que se lanzan en las tertulias y bailes, con el abanico.

Los más absurdos pensamientos, las más ridículas extravagancias, en forma de ninfas juguetonas y en tropel, acudieron al pensamiento del calculista, pellizcándole el corazon, como si jugasen con él, burlándose de sus dolores. La ciencia, el lujo, la gloria, la vanidad, venian vestidas de blanco, revoloteando en derredor de su lecho, como si tratasen de felicitarlo; pero el bueno de Alberto se hacia el descontentadizo y las arrojaba de su presencia descortesmente, con las más duras palabras.

7 Su estado no era el más á propósito para esta clase de juegos; en otra ocasion ménos propicia le hubiesen divertido; pero llegaban tarde.

8 Por una sonrisa *pura* de Enriqueta, hubiera cometido el sacrilegio de *azotar* á la Gloria en persona.

9 En estas torturas, y en otras más agudas que la cuestion ordinaria del *Santo Tribunal*, pasó quince larguísimas horas sin poder descansar; buscando el reposo, ya sobre el lado derecho, ora sobre el izquierdo, sin encontrarlo en ningun costado.

10 Cuando la luz del sol penetró en su alcoba por las vidrieras del gabinete, sin romperlas ni mancharlas, se acordó del Misterio de la Encarnacion de Jesús; olvidó los juegos de este mundo para acordarse del otro.

11 Pensó en la inmortalidad del alma, se acordó de Dios, y comenzó á creer, él que era tan ateo y tan impío, en Dios.

12 Vió el cielo, presintió el infierno, y se resistia, sin embargo, á salir del purgatorio, porque esperaba arrepentirse.

13 Cuando se tienen probabilidades de tomar pasaporte para abandonar este planeta y viajar por los espacios infinitos, sin la maleta de las pasiones, vulgo cuerpo, el hombre más materialista se hace filósofo.

14 Fernandez era eclético.

15 El viaje, lo desconocido, la inmensidad del infi-

nito por todas partes, seducen á los ménos creyentes, á *forciori*.

El marido de Enriqueta estaba considerando, con cierta repugnancia, las probabilidades de manejar con utilidad la espada ó la pistola; pero en obsequio de la verdad, á pesar de su oposicion á la pena de muerte, le hacia más gracia ser verdugo que víctima.

Por un si acaso, saboreaba de antemano, mentalmente, el placer de haber muerto al seductor de su mujer de una estocada en quinta despues de pasar una segunda á tiempo. Lo veia caer exánime bañado en su propia sangre. El instinto de conservacion le hacia ver lo contrario, y se contentaba con el placer mental; otros instantes queria no pasar á vias de hecho. Pasaba por la vergüenza, por el dolor, y hasta por la muerte; pero no podia pasar por la compasion de un rival, de un enemigo, que venia á arrebatarle su dicha.

Cuando imaginaba que este le habia herido en su propia casa para desarmarlo, y lo veia acercarse pidiéndole perdon, como el límite del sarcasmo, su odio no tenia límites, y en este instante, sólo en este instante, se le hacia insoportable esperar.

—¡Cuándo vendrán, murmuraba!

—¿Lo habrán arreglado ya? ¡Cuánto tardan!

Por fin, un criado le anunció que dos caballeros le esperaban en la sala para un asunto urgente.

— Alberto dió un suspiro como si le hubiesen quitado un peso de encima, se levantó sin vacilar, vistióse precipitadamente, púsose la bata y salió á recibirles.

—¿Lo han arreglado Vds. ya? dijo sin saludarles.

—Todo está corriente, le contestaron despues de saludarle.

—Hemos hecho lo que se podía para humanizar el acto, y aquí tiene V. el acta, añadió uno, entregando á Alberto un manuscrito.

Este lo leyó con una rapidez vertiginosa, y despues de enterado, balbuceó:

—Hubiera deseado á pistola, para que no creyese...., pero si Vds. lo han convenido.... sea....

—Hemos convenido en ir á las tres de la tarde, en punto, al sitio de....

—A las dos, volveremos á buscarle con el doctor R...., si le parece á V.

—Ningun inconveniente tengo, contestó Alberto, pero deseo pedirles un favor.

—¿Cuál? formuló el segundo de los padrinos.

—Quisiera que fuesen á buscarlo y me acompañaran á almorzar....

—Hay que ir á casa del Sr. N. Balboa por las espadas, objetó el primero....

—Pueden Vds. ir ahora y traerlas aquí; yo tengo floretes de combate, si es igual, y V., dijo dirigiéndose al primero, me dará una leccion, ¿eh?

—Está bien: pues entonces..... hasta luego.

—Hasta luego, repitió Alberto, tendiéndoles la mano y acompañándoles hasta la puerta.

En cuanto los hubo perdido de vista, entregó unas cartas al mayordomo, ordenándole, que si á la noche no volvía, las enviara á la familia de su mujer. Llamó á la doncella; supo el estado de Enriqueta; la previno dispusiera el servicio de cuatro cubiertos en la sala de su despacho, para servir un almuerzo fuerte; él tenía mucho apetito, y ordenó que le preparasen el coche al momento.

Una media hora despues era conducido al Ministerio de.....

Allí despachó algunos asuntos, averiguó el paradero de la desgraciada trabajadora, madre de su hijo; cumplió con ella una deuda de honra..... y á las once y cuarto de la mañana, estaba de regreso en el despacho de su casa, dando la última mano á los asuntos pendientes, como el que tiene contados los instantes de vida.

Breves instantes despues entraron en él los dos amigos en compañía del doctor R. En honor á la verdad, estuvo muy diestro.

Alberto tomó una buena lección de sable antes de vestirse.

A las doce en punto les sirvieron un espléndido almuerzo..... en el cual se hallaba tan jovial, alegre y hablador el ministro de..... como si se tratara de una partida de caza al regreso.

Hablóse de todo ménos del asunto que allí les reunia; hasta el traje negro riguroso de los cuatro, pasó desapercibido en el festin de.... como si se tratara de ir al teatro ó al Congreso (que es el de la política) hoy.

Ninguno tuvo el mal gusto de preguntarle por Enriqueta, ni acibarar la conversacion con palabras de doble sentido.

Si fueron parcos en la conversacion, no así en la comida y la bebida.

Alberto los superó en esta última....

Ahogó todas sus penas en un mar de champagne.

Con un buen baño de este, puede mirarse la punta de una espada á la altura de la vista, sin recelo.

¡Oh el líquido sabroso! es un espíritu capaz de espiritualizar la materia, y el hombre más material. En obsequio de la verdad, Alberto tenia mucho propio, pero pensaba, y para embriagar el pensamiento hay que remojarla en buen vino, si es champagne del de Solferino, mejor.

Era la tarde del veinticuatro de Diciembre del año 187... Madrid estaba envuelto en el manto de una densa y húmeda niebla de esas peculiares á los meteoros acuosos; el ruido de las zampoñas y tambores que hacian los muchachos, formaba un concierto particular con el monótono sonido de algunas gotas de agua al caer de los caños de los tejados por intervalos. La poblacion en movimiento

para las provisiones de la noche, al compás de los ciegos y los guitarristas de oficio, tenía la fisonomía particular que imprimen las fiestas católicas en todas las ciudades del orbe cristiano. Algazara, jolgorio, gula, son particularmente los signos característicos en Noche Buena.

Serian las tres ménos cuarto de la tarde, cuando pasaron sucesivamente con intervalo de algunos segundos, por delante del café frente al tiro de pistola de la Castellana dos carruajes de lujo con cuatro personas cada uno.

Un viento fuerte azotaba las ramas de los pinos inmediatos, produciendo un sonido seco y estridente. Los carruajes se detuvieron al fin del bosquecillo; ningun sér viviente turbaba la soledad de aquellos sitios al alcance del horizonte sensible. Cuatro caballeros descendieron del primero, uno de ellos con una caja más larga que ancha, angosta por un extremo y muy estrecha por el opuesto. Eran: Fernandez, el doctor y sus dos padrinos. El mismo número descendió del segundo, llevando otra caja en magnitud igual y en color diferente. Eran: el Sr. Gomez, su médico y dos amigos.

Los dos grupos anduvieron algunos pasos en direccion del camino de Chamartin, torcieron á la derecha, se ocultaron en un recodo que, en forma de glasis circular, dominaba una meseta, á manera de contra-escarpa.

Dos de ellos saludáronse, se destacaron á la des-

cubierta, y los seis restantes fueron á unirse en el centro de la meseta sensiblemente horizontal. Saludáronse con frialdad y recíprocamente. Cualquiera diría que iban á sentarse en el suelo, al ver con qué presteza lo limpiaban de todos los pedriscos y guijarros, mientras que otros dos abrian las cajas y sacaban de ellas un par de espadas de combate, que entregaron sucesivamente para examinar á los padrinos de uno y otro. Despues del exámen, decidieron los cuatro elegir las que habian traído los de Fernandez; uno de estos se dirigió al Sr. Gomez, que estaba lívido aunque parecia impasible, ofreciéndole una.

—Sr. de Gomez, puede V. elegir.

—Mil gracias, dijo este, tomando una de ellas, mirándola de punta á guarnicion.

Alberto tomó la otra, como si se tratase de una barita de junco.

Los médicos permanecieron de centinela guardando las avenidas á cierta distancia, pero ni una alma pareció por los contornos.

El Sr. Gomez y el ministro de... á pesar del rigoroso frio, tuvieron necesidad de quitarse la levita y el chaleco, segun las terminantes instrucciones de los padrinos; dos de estos se colocaron en los extremos, cada uno al costado derecho del enemigo contra quien apadrinaban.

Hicieron las últimas advertencias, dieron la señal, y ambos combatientes se pusieron en guardia

fuera de distancia, pero con gallardía y majestad.

El duelo era á muerte, salvo algunos casos que se reservaron los padrinos al imponerles la condicion de que en cuanto uno de ellos contuviera, en vista de los facultativos, ó la imposibilidad de combatir, tendrían que suspender.

El Sr. Gomez se puso á distancia, tendiéndose á fondo con una segunda baja, que Alberto paró en quinta, contestando con la mayor rapidez por la primera, que la contuvo el hueso húmero del brazo derecho del Sr. Gomez, á quien hubiera atravesado de parte á parte á contestar un tercero más tarde. El dolor fué intenso, pero la sangre tardó en salir lo bastante, para que marcando el Sr. Gomez un cupé por la izquierda, se tendiera á fondo, cambiando de línea con desgracia y en el mismo instante en que Alberto aprovechaba el tiempo para atravesarle el costado derecho por la tercera costilla, hiriéndole gravemente.

La sangre salió á borbotones de las dos heridas, y los padrinos se avalanzaron á él, cuando los médicos estaban ya para prestarle los auxilios de la ciencia.

Declararon, que aunque era grave la herida, no presentaba síntomas mortales, por ahora.

El honor de Fernandez se habia salvado.

Todos ayudaron á hacer la primera cura y conducirle al carruaje.

Algunos minutos despues, volvieron á desfilar

tranquilamente los carruajes, sin que ninguno, excepción hecha de una desgraciada niña, que nos proporcionó estos detalles, supiese lo ocurrido.

Fernandez pasó más tranquila la Noche-buena, creyendo haber recobrado su honra, cuando su mujer ya había perdido su niño, la razón, y era reclusa.

Algunos días después, salieron del ministerio, el Sr. Fernandez, por estar muy enfermo de la cabeza, y el ministro de....., por una jugada de Bolsa mal hecha.

Todos atribuyeron á una crisis política lo que fué simplemente un duelo de honor.

En el último día del mes de Diciembre de 187... vistió de luto una familia muy conocida en ciertos círculos de Madrid.

## CAPÍTULO XVII.

### UNA TERTULIA ÍNTIMA.

Bastante tiempo despues, habian llegado á conocimiento de sus tios la duquesa y el marqués de M..., unas veces por los lacayos y otras por la de Fierabrás, que *aun* no tenia hijos, las privaciones y penalidades de Leon, ya constricto; y hacia tiempo que mientras él sufría dentro del hogar escondido, huyendo de la policia, tios y prima fijaban su porvenir discutiéndole.

La duquesa de K....., que ya conoce el lector, como vieja aristócrata, descendiente de una de las más nobles familias visigodas, tenia la rancia costumbre de reunir á cenar en su casa la Noche-buena, un grupo de amigos. Despues de la cena y cuando quedaban solos, solian hablar de los de cada año muertos.

La duquesa viuda, muy alegre, como recordará el lector, rayaba en la sexta decena, sin que por

esto hubiese abandonado su buen humor. Demasiado sincera en el hablar, bonachona al decir, y muy libre al expresarse, odiaba con su bondad angelical, los usos y costumbres de la raza moruna que ocupa la zona septentrional de la Península Ibérica. Profesaba un santo respeto á las leyes de raza y despreciaba soberanamente á los romanos. Imaginábase vivir aún en los tiempos del rey Tulga.

Hablando de los reyes de la Casa de Austria, decía: «los intrusos», como si se tratase de Silo ó Mauregato.

Si por incidencia tocaban á la de Borbon, solía pronunciar un *hi... de p...* con una entonación la más subida. Los hombres políticos de la época eran seres fenomenales para esta duquesa antidiluviana, sobre los cuales se permitía hacer observaciones las más peregrinas.

Cuando abría sus salones, solía decir á su hermano el marqués de M....., también muy risueño, que había llegado á las seis decenas sin tener un dolor de cabeza.

— Hoy tenemos lección de *historia natural*.

— Se abren las puertas al *mundo nuevo*.

La sobrina, engarzada con su enlace á la moderna, era la encargada de arrojar este torrente en los venerables salones de sus tios, que los miraban con la misma curiosidad que los niños un panorama ó la casa de fieras del Retiro, entusiasmados.

Las diez acababan de dar en un reloj del si-

glo XVI. Un salón parecido á un templo griego, con sus columnas dóricas, mármol blanco, chapiteles de bronce dorado, sillones de baqueta claveteados con gruesos botones dorados, armarios inmensos con embutidos de nácar, espejos ojivales, marco dorado, con candelabros; todo el ajuar de un príncipe godo, retocado por el Renacimiento, y recompuesto en el siglo XVIII.

El timbre resonaba aún en el silencio nocturno, como si fuesen las alas de una hora que vuela para irse.

El péndulo, como el reloj de arena de los antiguos, advierte de continuo á los vivos, que llamamos á la muerte. La vida es un viaje cuyas horas parecen marcar los segundos de parada; los días, son los minutos; los meses, las estaciones intermedias, y los años, las principales estaciones. Unos descienden en unas, otros se quedan en otras; bien pocos llegan á la del número *ciento*.

La duquesa de K..., hermana del marqués de M..., acababa de entrar en el salón principal de la casa, apoyada en el brazo de su sobrina, seguida de don Sebastian, cuando el marqués empezó á dormirse.

— Querido hermano, no parece que hoy es Nochebuena, gritó la duquesa con voz gangosa.

— Mi muy amada Cecilia, este era el nombre de la duquesa, no estrañeis que tome anticipadamente lo que despues no podria, dijo el marqués incorporándose y aproximando el taburete á la butaca, á

lo Voltaire, en donde como una cuna del siglo XIII, colocaron recostada á la duquesa de K....

—Desengañaos, marqués; como os dije ayer, volviendo al asunto, nada puede obligarme á querer á un hombre que no tiene mi edad, ni mis ideas, ni mis costumbres. Su posicion es absurda, no solamente ha dado casas, bosques y títulos de renta, como en nuestros tiempos regalábamos cajas de confites, sino que tambien ha hipotecado los débiles restos de su fortuna; y segun tengo entendido, está más acosado por los acreedores y usureros, que un ministro por los pretendientes.

—¿Qué serian treinta mil reales de renta para un caballero que regala palacios á las damas de la plebe?

—Tened en cuenta, mi muy querida hermana, que yo no tengo mucha confianza en él. Un soldado que toma la vida en sério, no sirve para nada; pero, por Dios, ya que no por él, sea por nuestro difunto hermano, su abuelo.

—Lo que hice por él, estoy dispuesto á hacerlo siempre. Por un jóven, como él, que ha amado la vizcondesa, que ha conmovido su corazon, puede ser, segun cuenta la crónica, que la quiera por una fatalidad inevitable...

—Pues yo no tengo ya simpatías, ni confianza en él, ni puedo ayudarle con mi crédito, ni con mi bolsa, dijo la duquesa de K...; y añadió:

—No sabrá quien ha sido su protectora. Por or-

gullo de casta, por espíritu de partido, y áun algo, si quereis, por coqueteria de vieja, he usado la proteccion con vuestro sobrino.

—¡Bien! ¡bravo, mi querida hermana; eso es conducirse como duquesa de K.....; os abrazaria con toda mi alma, si esa claridad de sentimientos no estuviese sombreada por un rasgo algo oscuro.....

—Pagar las deudas, sacar á los jóvenes de verdaderos y grandes peligros por cantidades enormes, para enviarlos luego á la carnicería, esa es una paternidad diabólica, y si viviera..... Juan.

—¿No me habeis dicho que, al estilo de Inglaterra, le comprábais el empleo de comandante? profirió el marqués de M.....

—Pero los militares los matan, y esa muerte caerá sobre vuestra conciencia, duquesa; dijo en tono algo más áspero el marqués.

—¡Ah! ¡no teneis tacto! Cuando se manda un batallon, no se muere tan fácilmente, hoy dia es muy difícil morir al frente del enemigo siendo jefe, estando fuera de filas.....

—Eso es lo que yo no entiendo, interrumpió el marqués.

—Preguntadlo al Ministro de la Guerra, ó á cualquier general de esos de nuevo cuño, que solo han visto el fuego en..... los incendios, y saldreis de dudas.

—¿Y tendreis la crueldad de enviarlo á combatir

por la legitimidad, á encontrar la muerte entre las filas carlistas?

—No soy yo quien le envia, interrumpió la duquesa; estimo que vaya él mismo, por sí propio. ¿Para qué vestir el uniforme y cobrar á la plebe, sin hacerle la guerra? Supongo, que no se lo pondrá sólo para tomar algunos duros más, sino por señalarse con servicios al país, y alguna gloria á la aristocracia, de donde procede.

—¿Quereis acaso que pida al gobierno un destino? dijo enojada la duquesa de K....

—¡Antes morir! babuceó el marqués de M....

—¿Quereis acaso que establezca con los treinta mil reales, restos de su humilde fortuna, un restaurant, una tienda de quincalla, alguna pastelería ú otra industria de este género?

—Por Dios, hermana, no me hagais tan niño, ni como yo no soy. Ya se sabe que esos oficios son indignos, y están prohibidos á todas las personas bien nacidas; pero, á Dios gracias, hay otras profesiones más honrosas.

—Todos los oficios, señor marqués, dijo en un tono bastante áspero la duquesa, son del comercio ó de la industria, y deshonoran; al ménos, cuando uno los ejerce por sí propio ó en pequeño.

—Un caballero tiene el derecho de cultivar sus tierras, cuando, como Leon, puede ostentar un título tan glorioso como el suyo, aunque hoy lo desconozca.

—Es verdad, teneis razon; pero es cuando uno tiene tierras. Los que cultivan las de otros, les llamamos arrendatarios, y les decimos, echándoles la mano sobre el hombro, Sr. Pedro ó Sr. Lúcas. Pero Leon no es demasiado instruido, ni bastante rico para cultivar cuatro fanegas de tierra, despues de haberse educado en Madrid.

—¿Qué dirian, viéndole conducir el arado como un emperador romano, algun nuevo Tito ó Cincinato, ó un verdadero yankée? Con unas manos como las suyas, manos de verdadera peruana, no puede hacerse lo que con las de un patan de la montaña. ¿Pero hay alguna otra profesion? Las del.... La..... ¿Cómo se llaman?

—¿Las bellas artes? Sí, pero se necesitan estudios especiales y algun tiempo, algunos viajes para estudiar los verdaderos modelos y tal vez no tendrá paciencia, interrumpió la duquesa.

—Los primeros estudios ya los ha hecho, y sabe pintar regularmente, dijo el marqués.

—Tropezamos con las mismas dificultades; está muy mal visto cuando se ejerce la profesion comerciando. Por pura distraccion, aún se podria, y para esto, es preciso no hacerse muy hábil, bajo pena de aparentar lo que no sea..... replicó la duquesa.

—A propósito; ¿os acordais de aquellos cuadros que envié á la Exposicion? Cuando oí á aquel admirador preguntar por el nombre del artista, estuve á punto de desmayarme, de ver que un qui-

dam de la clase media, se permitiría tal vez comprarlos.

—Qué quereis, duquesa; yo, por el contrario, enrojecí de orgullo cuando hacian elogios de ellos, y estuve á punto de que se me escapara el nombre de Leon. Soy muy sensible á las nobles-artes. No puedo remediarlo.

—No temais, hermana mia, Leon no hará jamás nada que pueda venderse, y debeis estar tranquila por esta parte. Nada puede reemplazarse por la educacion primera. Ni será artista, ni ingeniero, ni abogado, ni médico, ni.....

—Me felicito por ello, y si algo me reconcilia con nuestro sobrino, es, su porte aristocrático y noble.

—El mundo no está tan revuelto, por fortuna, que veamos un conde disfrazado de comerciante ó defendiendo públicamente la causa de las viudas de vuelo bajo, ó los huérfanos de origen alto.

—En cuanto á la medicina, añadió en tono melifluo la duquesa, remirándose; en cuanto á la medicina, á Dios gracias, seria un espectáculo demasiado nuevo, para esta aristocracia de mostrador y trastienda, que una plebeya-endiosada, tuviese de cabecera, en su parto, al doctor conde de C...

—Hé ahí por qué, mi muy querida hermana, añadió el marqués, nuestro sobrino no tiene más que un camino abierto: el ejército, la guerra. No se deshonrará con el uniforme, al contrario: es la

carrera de la abnegacion, del sacrificio... y á más sentando plaza de coronel.

—Id á paseo con vuestro uniforme y la milicia, dijo la duquesa semi-furiosa. ¿Quereis que se confunda con esos héroes de baja estofa que marchitan los laureles de nuestros mayores, sembrando el campo de... estrellas, entorchados y galones, y toman plazas tan formidables como el Congreso sin disparar un tiro?

Sisebuta, profundamente conmovida al ver que se trataba de la suerte de su cómplice y amado primo, por temor de denunciarse á sí misma, calló; pero su esposo D. Sebastian, que no tenia motivos para tanto, dijo, terciando en ella.

—Nuestra querida tia, permitid que os haga observar que se trata del campo del honor y la lealtad al servicio de la santa causa...

—No conoceis á vuestro tio, replicó la duquesa, si fuese al servicio de S. M. D. Carlos (q. D. g. m. a.) con mil amores, pero el marqués no opina del mismo modo.

—Desde hace dos meses, el dichoso sobrino nos ha dado más guerra con sus acreedores que los árabes á nuestros antepasados. He tenido que recomendarlo al juez del distrito del Centro para que no lo encerrasen.

—Que te diga el Sr. de García los pasos que hemos dado para sacarle, bien entendido con sigilo, para que él no lo sepa, añadió doña Cecilia enca-

rándose con su hermano. ¿Quién le devolverá lo que ha gastado?

—Si entra en la milicia, el rey; porque así lo demuestra la historia de España; contestó el marqués.

—¿A qué rey haceis referencia? interrumpió la duquesa.

—Al nuestro, al de los españoles; ¿pues cuántos reyes hay? profirió el marqués?

—Creí que hacias referencia á la comedia que representan actualmente.

—Eso seria renegar de mis antecedentes y hacer causa comun con unos cuantos bufos de mal género, y sabeis que no tengo gran inclinacion por las comedias... Si fuese un drama... bueno; la curiosidad... tal vez me matase.

—Me felicito, querido hermano, al verte por el buen camino; dijo la duquesa tomando un polvo de rapé.

—Yo le doy á V. la enhorabuena, mi muy querido tio. ¿No es verdad, Sisebuta? añadió el esposo.

—Bien la merece, balbuceó esta.

—Pero habrás observado, mi estimable hermana, que un hombre instruido está bien en todas partes... y Leon necesita colocarse en algo; dijo el marqués usando un tono más familiar, y añadió:

—El que no trabaja, como la carestía de los artículos cada vez va subiendo, se vuelve más po-

bre; por muy conde que sea, si permanece con los brazos cruzados por derecho y deber de nacimiento, concluirá por morir de hambre en medio de la prosperidad general; mientras que la canalla, como tú te complaces en llamarla, se enriquece.

La duquesa, algo picada por lo de la carestía de los artículos, tan impropio en su hermano, le interrumpió con alguna vivacidad, preguntándole con marcada intencion.

—¿A qué precio están los garbanzos?

El marqués, algo amostazado, contestó:

—¿Quieres que llamen al cocinero mayor para que te lo diga?

Su hermana se mordió los labios, pero se calló.

—¿Por qué no hacemos aumentar el precio en las rentas de nuestros dominios?

—Eso le incumbe al administrador, y no seré yo la que me deshonre descendiendo á esos detalles sin importancia.

—Bien pensado, hermana mia. Pero aunque os pese, sabeis demasiado que el precio de los gastos en palacio es diez veces mayor hoy que el año 40, y con la misma servidumbre los alquileres han subido en proporcion; sin embargo, las rentas, con poca diferencia, vienen á ser las mismas.

—Me volveis loca con vuestras infernales ideas económicas, y todo para probarme que la nobleza se arruina, cuando yo la veo, á Dios gracias, tan espléndida y opulenta como en mis buenos tiem-

pos. Algunos accidentes, pero al fin se levantan luego, con algun ingerto rojo.

—Ahí tienes los banqueros, la plebe endiosada, dispuesta á entregar sus hijos con los millones que han acaparado en la trastienda, por el simple honor de poner un escudo de armas en las tarjetas de visita ó en las portezuelas de sus coches. Hay mil de esos metalizados bolsistas, que darian las dos terceras partes de su fortuna por pisar nuestras alfombras, y entregarían sus hermanas al último de nuestros lacayos, si les diéramos una hoja de nuestros pergaminos.

—¿Quereis entregar á Leon, el único heredero de nuestro nombre, soltero hoy, á los azares de la guerra, antes de levantar su crédito por medio de un matrimonio, cuando hay cien encopetadas jóvenes que saben el catecismo de memoria, tocan el piano, montan á caballo, y cuyos papás tienen en cartera algunos millones para regalarlas una corona mural que complete su felicidad, casándolas con alguno, aunque no sea más que vizconde ó simplemente caballero?

—Estais hoy feliz; me place vuestra idea. ¿Quereis conducir al buen camino, por el matrimonio, á nuestro sobrino Leon? profirió el marqués.

—Es verdad, añadió; hay muchos comerciantes y banqueros que tienen hermosos ángeles, dignos, por sus raros encantos, de llevar una corona nupcial; que cuentan y recuentan sus millones, más

ansiosos de nuestros títulos que nosotros de su dinero; y nuestro sobrino, por su ingenio, por su talento, por su figura, por su nombre y por su título, vale mucho y merece más. Conviene casarle.

—Que el pueblo trabaje, replicó la duquesa, es su oficio. ¿No ha trabajado en todas las épocas para nuestros padres?

—Eso es; mientras que el pueblo suda y se enriquece, interrumpió el marqués, los hijos de la nobleza se arruinan para adquirir la ciencia de la vida, y cuando todo lo han gastado, se dirigen á cualquier buen hombre para decirle: «Sr. Fulano, déme V. su dinero y su hija.»

—Esto se llama tomar la revancha del progreso, interrumpió algo ruborizado el ilustre vasco D. Sebastian, que se figuró ser aludido.

—Querido tío, profirió la noble Sisebuta; así se prepara el imperio de la edad de oro, en donde el populacho sudaba al servicio de sus dueños, mientras que nosotros cultivamos la gloria con la prosperidad de la aristocracia española.

—Nosotros valemos algo más que la vulgaridad de los hombres, dijo con énfasis el caballero García Sanchez, porque en nuestra sangre circulan los méritos y las virtudes de nuestros antepasados.

—Por eso mismo, me gustan tan poco los ingertos plebeyos, interrumpió la duquesa de K...

—Sin embargo, añadió D. Sebastian, á veces vigorizan la sangre de raza, el lustre de la familia.

—Sí, sí; teneis razon, contestó el marqués, en ocasiones se hace preciso. Ahora mismo estamos tratando de un caso en que es de suma necesidad.

—No veo las causas que lo motiven, se atrevió á objetar la sobrina. Al fin, Leon es vuestro heredero directo, y seria una lástima que empañase los timbres de nuestros blasones, con un matrimonio de conveniencia, sacando la novia de las últimas filas de la plebe; tal vez medianamente educada.

—En cuanto á la educacion, no temais, querida sobrina; hoy la reciben con lujo, interrumpió su tío.

—Ya ves; Aurora, por ejemplo, no puede tenerla mejor, y no obstante... viene...

—Sí, pero Aurora, replicó la sobrina, es una excepcion de la regla. Además, yo no soy partidaria de la mezcla de razas, porque, bajo el principio de mi esposo, un noble, casado con un plebeyo, la primera generacion será semi-noble y semi-plebeya; á la segunda, serán más plebeyos ó más nobles, si se han casado con la plebe ó con la nobleza; y por último, al fin del siglo, la generacion estará tan confundida, que ni será noble ni plebeya; y en verdad que si se heredan las virtudes de familia en familia, como las enfermedades crónicas y los defectos físicos, al fin de la jornada la nobleza las habrá perdido todas, y la *plebe*, que no tiene ninguna, con sus vicios habrá hecho degenerar el carácter de los pueblos.

—Tienes razon, sobrina mia, contestó la duquesa; nosotras somos las que más perdemos con esa maldita mezcla, y la moral, la religion y la virtud, se evaporan en ménos tiempo que los cuadros disolventes que pinta, en forma de discursos, un ilustrado plebeyo que ahora trabaja por visitar nuestros palacios.

—En verdad que la etiqueta nos arruina, dijo el marqués de M..., y la plebe nos empuja á pesar nuestro.

—No se contenta con explotarnos sobre toda la línea, sino que tambien nos arrolla por los flancos. La modista, os hace pagar sesenta duros por un abrigo que vale veintiseis; el sastre, me obliga á darle cincuenta por mi paletot que no le cuesta veintidos. Al cabo de seis ó diez años de semejante comercio, estos dos industriales son bastante ricos para casar sus hijas con nuestros sobrinos...

—¡Vaya un negocio para nosotros, si tuviéramos muchos que, como vos decís, hubiesen gastado su patrimonio en aprender la ciencia de la vida! Estábamos lucidísimos.

—¡Lamentable asunto para la aristocracia de Castilla, que cree rejuvenecerse inoculando en sus venas, con matrimonios de *conveniencia*, sangre de zapateros, usureros, comerciantes, industriales, vendedores de alcahués, y qué sé yo cuantas cosas más!

—¿No se ha visto? añadió indignado el marqués, á *mujeres* de *placer* acumular un inmenso dote á sus hijas, por medio de sus gracias, con la vergüenza de su frente? Y como los miles de duros son ménos ofrecidos que buscados en la plaza de Madrid, los padres más nobles han cerrado los ojos para no ver el origen de esta fortuna.

—Hay quien cita por lo bajo los nombres de algunos que han casado sus hijos con las de su amante, para dejar en casa sus riquezas y las de los otros.

—Otros hay tan generosos, que creen hacer un gran servicio á la humanidad doliente, uniéndose á la causa abyecta de su ruina.

—Sí, sí.

—Sobre nuestras espaldas se cuentan varios episodios, con el santo fin de morder nuestros talones, dijo indignada la duquesa.

—Algo se exagera, es verdad, uniendo á estas intrigas las de los lacayos y mayordomos, que abusan á veces de temperamentos demasiado nerviosos; pero sería horrible que nos viésemos obligados á recibir en nuestra casa una dama, hija de madre demasiado conocida, y de padre que no lo fuese tanto.

—Convendreis conmigo, querida hermana, en que sería un sacrificio superior á nuestras fuerzas, el que nos impusiéramos recibiendo á esas gentes; y más aún, casando á Leon con alguna parecida.

—¿Qué tienes que decir de Aurora? interrumpió con vivacidad la duquesa.

—¡Ah, Aurora! Aurora no tiene precio por todos conceptos. ¡Cuánto siento no tener treinta años ménos para unirme con ella!

—¿En qué quedamos, querido tío? interrogó Sisebuto. ¿Creeis, ó no creeis en la nobleza?

—Creo, amable sobrinita, en la nobleza, como en la monarquía legítima de vuestro amado rey (aquí hicieron todos una reverencia de buena fé) D. Carlos; pero el buen sentido me dice al oído que no ocupará nunca el trono de Recaredo, y sin embargo, estoy dispuesto á verter por él la última gota de mi sangre.

—¡Sois un bárbaro! gritó con indignacion la duquesa; pero si alguna vez encuentro otro animal más noble que vos, soy capaz de ir á pié hasta Roma á pedir la bendicion á Su Santidad, para que salve vuestra alma.

Al marqués le faltó poco para armar la de San Quintin; pero se contuvo... por yo no sé qué razones.

La duquesa lo vió verde, y se deshizo en excusas.

Los sobrinos intervinieron, y la cuestion se quedó en tablas.

Hubo una larga pausa de silencio grave, durante el cual, el marqués de M... se repuso un poco, y entonándose algo, contestó á su hermana:

—Es preciso fijar decididamente la suerte de ese muchacho, que ya nos avergüenza por todas partes con su pobreza.

—Como ya sabéis, yo tengo bastantes testimonios de su sincero arrepentimiento, y es preciso que vuelva á casa.

La duquesa de K... vió tan inminente el rompimiento, que estaba muy lejos de desear, y por otra parte, se habia precipitado tan brutalmente sobre su hermano, que para enmendarse y darle al mismo tiempo una satisfaccion, estrechó la distancia, y dulcificando profundamente el tono, le dijo:

—Puedes encargar al mayordomo y los criados, que lo busquen y lo traigan.

—Anticipándome á tus buenos sentimientos, advertí á algunos amigos para que averiguasen su paradero, y hace ocho dias que están buscándole inútilmente por todo Madrid.

—Sólo he sabido, añadió el marqués muy afectado, que el pobre ha sufrido muchos disgustos y privaciones; y abandonado de todos, ha tenido que esconderse por apadrinar un lance de honor. Algunos me han prometido traerle, y no desconfian de encontrarle.

—¡Pobre Leon! dijo lanzando un profundo suspiro la Fierabrás de García.

—El dia ménos pensado, le tendremos en casa, replicó D. Sebastian.

—Tendré un verdadero placer, añadió la duquesa de K..., arrepentida de su rigor.

Las doce sonaron pesadamente en el reloj del salon, y al extinguirse en el silencio, los señores García ayudaron á levantar de la butaca á la duquesa, la condujeron á su dormitorio, despidiéndose del marqués, que en cuanto los vió desaparecer se fué al suyo, y una hora despues el más completo silencio reinaba en las habitaciones del palacio.

Preciso es que aprovechándolo, volvamos á nuestro Leon Nuñez Balboa, á quien dejamos con los amigos que para resolver el lance de honor le fueron á buscar al taller, á consecuencia del cual tuvo que sufrir varios contratiempos, segun verá el lector en lo que sigue de esta peregrina y original historia.

## CAPÍTULO XVIII.

### DOS PALABRAS OPORTUNAS.

A consecuencia del triste lance que recordará el lector amable, que privó de la vida al Sr. Gomez, en el cual habia sido testigo Nuñez de Balboa, tuvo este que esconderse para eludir la vigilancia de los agentes de la policía. El retiro, aunque sea forzoso, inclina á la meditacion, y Leon se puso á meditar cuando su situacion era cada vez más grave y violenta.

En poco tiempo habia sufrido rudos golpes de la fortuna.

A los veinte dias de abandonar la casa de sus tios, recibió una carta enlutada de su hermana, en la cual venia la tristísima noticia de que su padre habia muerto, y de que no habian dejado de tener alguna parte las noticias que sus tios le dieran de él; tambien le participaba que iba á ser pronto madre, pues hacia veinte meses se habia casado con el enreda-pleitos de... segun recordará el lector, y

cuando aun no se habia repuesto del dolor de la pérdida de su buen padre.

Tres meses despues, supo tambien la muerte de su hermana, que no pudo resistir los dolores de un laborioso parto, y precisamente cuando hacia un año que el esposo de su tia María habia muerto por cumplir heroicamente con su deber, haciendo frente á un numeroso grupo de contrabandistas en la rioja alavesa.

Leon continuó en el taller dedicándose de lleno á la pintura para poder alimentar su cuerpo, callando y sufriendo. La noticia de la muerte de su hermana le hizo sufrir mucho, pero calló y sufrió con resignacion sin dejarse por esto abatir. A los pocos dias vinieron á buscarle á su taller, y tuvo que sufrir otro nuevo contratiempo con el malhadado duelo, más terrible si cabe que los anteriores, porque al fin no podia trabajar libre para comer, y precisamente cuando iba notando el vacío que hacian en derredor suyo los amigos de su bonanza, los compañeros de sus glorias, los comensales de su fortuna, aquellos que eran su sombra en sus buenos tiempos y ahora ni aun la de ellos le dejaban ver al vuelo. El que habia sido tan rico, quemado los libros por no estudiar, y arrojado á manos llenas por todas partes el oro de sus padres, de sus tios y de su hermana, fué pobre al fin, porque todo se agota. Tuvo que acogerse al arte de Ticiano, para que le diese de comer en la desgracia, cuando lo habia

despreciado en la opulencia; y por último, tuvo que sacrificar hasta su poderoso orgullo para mendigar aquí y allá, saltando de casa en casa; los obsequios de los que fueron sus amigos y que ahora lo miraban como se mira á los cadáveres en putrefaccion, aunque sean los restos de una persona querida, de un sér idolatrado.

Leon lo sufría todo resignado, ¡ hasta los desaires de aquellos que tenían ménos motivos para dárselos! A veces se acobardaba y lo sentía mucho. Aquella alma, que se hizo tan grande pensando en Dios por las montañas de su aldea; aquel corazon tan audaz para el peligro entre los precipicios de aquellas rocas gigantescas, ahora se comprimian y condensaban ante la helada sonrisa de indiferencia que lanzaban en sus propias barbas aquellos de sus amigos que le fueron más queridos por lo mismo que más contribuyeron á gastarle su fortuna, cuando tenia la debilidad de ir á buscarlos para desahogar, en confianza con ellos, su dolor profundo. Ayer lo abrumaban con una amistad exigente, vertiginosa, irritante, sin abandonarle ni un momento, prometiéndole á cada instante todo género de sacrificios, incluso el de la vida. Hoy, con la más glacial indiferencia, balbuceando excusas y simulando pretextos, huían de él; muchos no escuchaban sus quejas, otros ni consolaban sus penas, los más se reían de sus desgracias.

Ayer, era rico, tenia familia, la fortuna y el por-

venir le sonreían por sus cuatro vientos, no necesitaba amigos que le consolaran penas que no tenía, deudos que hicieran sacrificios, ni parientes que le prodigasen caricias inútiles cuando las bellas las derramaban con lujo de bondades.

Hoy; sin padres ni parientes, pobre y abandonado de la fortuna, todos le vuelven la cara; sin apoyo ni consuelo de los amigos, que huyen de él lejos de cumplir los sacrificios que tanto le prometieran; arrojado por los parientes; á Leon le faltaba solo tener plena conciencia de su situación.

Por lo mismo que no la tenía, esta no era tan desesperada.

Sin embargo, en cuanto sintió los primeros pasos de la ingratitud que venía hácia él, se le heló la sangre, se *acurrucó* sobre sí mismo como aquel que teme molestar ó ser visto de alguno; tuvo miedo de todos, y temblando como tiemblan al primer viento del estío las hojas, se acobardó como los miserables.

Nada hay que acobarde tanto como el reflejo de nuestra propia ingratitud en la ingratitud de los demás.

Temblad, si este mónstruo entra en vuestra conciencia para turbarla! Leon, como si fuera un azogado, temblaba, sufriendo angustias mortales.

Cada vez que tenía necesidad de molestar á algun amigo, su conciencia, que ya comenzaba á

desvelarse ante el mal estado de su cuerpo, se complacía en despedazarle el corazón, recordando... las palabras de despedida de su padre *que había vivido de su propia vida, dejándole un pedazo entre aquellas montañas*, encadenarse á una sociedad falsa, que si proporciona algun placer, es tan fugaz como el humo... Recordaba con frecuencia todos los detalles, y á cada instante aquello de

—«Tendría un remordimiento grande si hubiese vivido á expensas de los demás.»

—«Que nunca te mortifiquen á tí estos remordimientos!...»

Cual si fuera un eco mudo del cielo, ó la expresion melancólica de su hermana, el amargo llorar de su madre y el triste sonreír de su venerable padre, á quien la imaginacion le presentaba en su cuarto suspirando como en la despedida, que él no pensó jamás que hubiera de ser la última.

Cuando molestaba á alguno, sostenía una lucha atroz consigo mismo.

Las angustias que tenia que pasar, los horribles dolores que sufrir antes de decidirse á pedir lo que reclamaba imperiosamente su cuerpo débil y su estómago casi frio, solo pueden imaginarse, pues nada hay más sublime que el mismo silencio, para dar idea de las internas luchas del alma.

Nuñez Balboa se acobardaba cada vez más, á medida que iba tomando el pulso á la realidad, heraldo funerario de la miseria, ejecutoria testamen-

taria de la muerte en vida, que amenazaba abrazarlo por completo.

Nada acobarda tanto como verse frente á frente de la miseria, y solo, completamente solo, en el árido campo del abandono, donde, si se quiere correr, no se encuentra el término donde pararse á descansar; si se pide auxilio, nadie responderá; digo mal : Dios es el único, por lo mismo que es tan infinitamente grande y misericordioso.

Pero el hombre es tan infinitamente pequeño, grano de orgullo hinchado por Satanás, que de lo primero que se olvida, cuando pomposamente se llama hombre, es á lo último que pide auxilio cuando reconoce lo grande de su pequeñez, y acude á Él dándole testimonio de ella casi humillado.

¡Qué grande y enorme debió ser el pecado de nuestros primeros padres, cuando es tan infinitamente pequeña nuestra condicion humana! ¡Qué infinitamente grande es la misericordia divina mirada por el inmensísimo prisma de nuestra soberbia! ¡Cuán infinitamente soberana es la bondad de Dios para perdonar nuestra inmensa ingratitud!

Leon luchaba con la desgracia valiente y sereno, como el buen nadador que lucha en alta mar por prevalecer sobre las amargas ondas del inmenso Oceano, una y otra hora esperando apercibir en el lejano horizonte el velámen de algun buque, volviéndose y revolviéndose en todas direcciones; habia buscado y rebuscado auxilio en todas partes,

llamando á la puerta de sus amigos ; unos se la habian abierto á medias, otros se negaban, y alguno le habia dado con ella en las narices.

Como si la suerte quisiera hacer más graves los caracteres de la ofensa que le hacia la fortuna de espalda, Leon tuvo que aceptar la casa de un conocido y condiscípulo, á quien en otro tiempo habia despreciado él, por encontrarlo demasiado humilde en su cariño.

Este condiscípulo, cuya delicadeza de sentimientos se parecia á la sensitiva, le tuvo en su casa algun tiempo, le alimentó y le vistió, hasta que el bueno de Nuñez, á causa de su reclusion forzosa, se aventuró á escribir á algunas amigas inverosímiles, que admitió en la casa de su antiguo condiscípulo, abusando del decoro de ella y de su mucha bondad.

Como no puede permanecer inviolable entre mujeres, el secreto de la reclusion, la policia, que pasa por tener buenos vientos, dió con el de Nuñez Balboa, y éste tuvo que cambiar de habitacion, molestando con sus incorregibles abusos á otra persona caritativa, en donde estuvo varios dias, hasta que la policia venteó tambien su escondite, y una tarde, á la caida del sol, decidió mudarse de allí; mas por su desgracia, tenia un centinela de vista, y tuvo necesidad de esperar á la caida del sol para eludir la vigilancia.

La mudanza estaba anunciada. ¿ Qué hacer?

¿Dónde ir? Con estas dudas salió Leon á la calle, cuando ya comenzaban á encender los faroles. Se dirigió por la de Barrio-nuevo, atravesó la Plazuela del Progreso, se metió en la calle del Meson de Paredes, á paso más que acelerado, y tropezando con unos y recibiendo empujones de otros, descendía ya al final de ella, para dirigirse extramuros, á otro barrio, cuando al cruzarla de izquierda á derecha, imaginó que le seguía un individuo, que tal vez no sería á él; y metiéndose en un gran portalon que encontró más inmediato, y que conducía á un gran patio, se dirigió á una de las puertas medio entornadas de las muchas que allí habia, y se metió dentro sin más cumplimientos.

Lo primero que vió, fué una especie de sala con dos puertas laterales, que á juzgar por la media docena de sillas de Vitoria, repartidas por los ángulos, una mesa grande en el centro, y otra más pequeña, en la parte lateral, hácia el fondo; y en una rinconada, un humildísimo fogon, del que trascendia un tufo que perfumaba todo el reducido espacio, dentro de la estancia; algunos cuadros de Santos pegados á la pared con cuatro migas, que son los clavos de los pobres; y varios retratos en hule al pié de un pequeño espejo, eran todo el adorno de las paredes, color cenicientas; solo en las rinconeras habia algunos vasos, tazas y frascos con medicinas; desde luego podia asegurarse, que aquella estancia servia de sala, cocina y comedor;

eso sí, muy limpio todo. Sobre la mesa pequeña había una plancha de vapor y dos tenacillas.

Una tinaja, dos barreños, algunos vasos, pucheros y dos sartenes, completaban el ajuar de la sala donde entró Leon, sin más luz natural que la que él hizo al entrar por la puerta, y pudieran robarle las laterales á las suyas. Cuando Nuñez avanzó dos pasos más, vió la espalda de una mujer sentada, que parecia disputar á los dos pucheros que estaban sobre el fogón, algun calor para ella. Entonces se atrevió á balbucear un: «Usted dispense, señora,» quitándose el sombrero; tan imperceptible, que tuvo necesidad de repetirlo para poder ver la cara de la mujer. Esta se incorporó al oír un nombre que hacia tanto tiempo no habia oído, y se volvió haciendo frente á Leon.

—Perdone V. señora, ¿el dueño de esta habitacion, está en casa? interrogó Leon en un tono no muy seguro.

La buena mujer, levantando el niño, á quien daba de mamar con abandono, arreglóse el pañuelo por delante, y mirando fijamente á Leon, le contestó humildísimamente.

—La dueña de la casa es una servidora de usted, porque mi marido está ahora fuera; si V. quiere hablar con él, no tardará en venir á cenar, añadió leyendo en el semblante de Nuñez la mayor contrariedad. Puede V. sentarse y esperarle, dijo alargándole una silla.

—¿Qué hora será? añadió.

—Yo no tengo hora, contestó Leon; porque mi reloj se ha empeñado en pararse ha tiempo, añadió para sí, tomando asiento en la silla; pero esperaré si no tarda mucho y no molesto.

—Puede V. hacerlo; al contrario, replicó ella.

La mujer se sentó otra vez dando un cuarto de vuelta á la silla, hasta que estuvo frente á Leon, atizó un poco el fuego, pidiéndole permiso á Nuñez.

Este, por su parte, sostenia una lucha horrible entre su amor propio, por un lado, y la miseria á que estaba reducido; y por otra parte, el peligro más grave de ser preso, confundido con los presidiarios, y comer el mismo rancho, cuando su delito era sólo haber servido de testigo, y por gratitud, á un amigo que tuvo la desgracia de atravesar el pecho á uno de sus semejantes, porque éste habia tenido más gracia y actitud para enamorar á una dama, de quien él estaba enamorado, y legalmente le pertenecia.

—¡Qué cosas tenemos los hombres! murmuraba.

—¡Cuántos estragos hace entre nosotros el amor propio!

—¡Por una cuestion de honor... me veo precisado á rebajarme más, como si el honor estuviera bien definido, y dejara de ser el capricho de nuestros corazones! decia para sí Balboa.

—¿Y por esto me veo precisado á doblegarme más? ¡Ah, suerte! y dirán que no hay fortuna!

La lucha no podía ser más atroz; pero la miseria iba derrotando en detall á su amor propio, á su vanidad y á su orgullo. La realidad es un enemigo invencible cuando lucha contra el cuerpo, y el de Leon estaba ya en esqueleto; pero el espíritu se habia parapetado en la cabeza, como el baluarte más elevado, y se sostenia aún.

De aquella naturaleza tan robusta, de aquel temperamento tan fuerte, de aquella voluntad casi salvaje, de aquellos nervios de hierro, sólo quedaba una sombra huesosa, revestida de bello, persistiendo luchar contra la miseria, como las ruinas se revisten de yedra para luchar contra la fuerza invencible del tiempo; los nervios se habian reducido á tendones. ¡Cuánto puede en el hombre el egoismo de los demás, los desengaños que siguen á los placeres borrascosos, las veladas nocturnas y la disipacion, que les reemplazan como al dia la noche, como al calor el frio, al verano el invierno!

Nuñez Balboa, quieto, silencioso y meditabundo, más bien que actor, parecia testigo indiferente del drama que entre su cabeza y el corazon se desarrollaba en sí mismo, para disputarse el imperio de sus cadavéricos, escuálidos y descarnados restos.

Momentos hubo en que quiso huir; pero el cuerpo parecia pegársele á la silla, como si allí estuviera su salvacion.

El se coloreaba y descoloreaba con todo el car-

min de que era susceptible su pobre sangre, cual signos transparentes de la lucha que sostenian, el *yo* que analiza y el *yo* que juzga.

La accion le parecia humillante, cuando no tenia ningun motivo para sonrojarse.

—¿Por qué, se decia á sí mismo, he de dejar que me prendan, y morirme allí de hambre?

—Prefiero pedir auxilio á esta familia pobre y humilde, que á las encopetadas que me han despreciado en mi desgracia, cuando antes me adulaban con servilismo en la opulencia.

Los combates que habia sostenido contra las intempéries de la miseria humana, le hicieron menos orgulloso y más razonable en muy poco tiempo.

Ninguna cátedra ilustra más el entendimiento humano, que la filosofía de la desgracia.

Es tan cariñosa y previsora, que si los ricos y los grandes teólogos de la opulencia, tomasen de ella algunas lecciones para adicionar á su teología especial, siendo tan sábios, no serian tan presuntuosos ni se darian tanto aire con el abanico del amor propio, adulador del éxito, y que comete tantas traiciones con la suerte y sus favorecidos.

Leon pensaba todo esto echando de ménos estas lecciones, que tan severamente decoraban el marco del espejo de la realidad, donde tantos podrian mirarse en él.

—¡Cómo ha de ser! se decia, viéndose y suspi-

rando. Puesto que el azar me ha traído aquí, esperemos.

No tuvo que esperar mucho; á los catorce minutos, en cuyo espacio de tiempo su pensamiento habia recorrido los dos mundos, el real y el moral, entró un anciano alto, seco, como el que vive de prestado, poblado de barba, ya algo encorvado, con un pan de dos libras debajo del brazo izquierdo, y un jarro de vino en la mano derecha.

—Pepa, dijo al atravesar el umbral de la puerta.

—Padre, contestó la mujer interpelada.

—Aquí tienes el pan y el vino, añadió colocándolos sobre la mesa del centro, sin detenerse.

Como la luz entraba en la habitación por la puerta, ninguno, á no estar abierta por completo, podía ver lo de dentro.

Al entrar el anciano, Leon se levantó.

—Siéntese V., no se moleste, dijo la señora Pepa.

—Dispense V., interrumpió el anciano, fijándose con marcada curiosidad en Leon; no lo habia visto al entrar; está esto tan oscuro...

—Este señor ha venido á hablar con Antonio, este era el nombre de su esposo, que á estas horas está siempre en casa.

—Pero no tardará, dijo la señora Pepa.

El anciano, que intentaba escudriñar el fondo de Leon, interrumpió á su hija, mirando á Nuñez, á quien parecia haber conocido en alguna ocasion:

—Si este caballero se molesta esperando, y yo puedo serle útil, lo mismo es. Tu esposo aun tardará bastante, porque lo encontré á las seis en la calle del Olivar, y me dijo que iba al barrio de Salamanca por unos manuscritos que le habian ofrecido para copiar.

Leon meditó algunos segundos, y decidido ya, contestó:

—Me es igual; puesto que V. es el padre de la señora, hablemos, con el permiso de ella.

—Entonces pase V. á esta habitacion, replicó el anciano, levantándose é indicando á Leon que le siguiera.—Pepa, enciende el quinqué y tráelo.

Abrió la puerta lateral de la derecha, y Leon se encontró, en cuanto hubo entrado, con una habitacion bastante reducida, alumbrada de dia por una claraboya que daba al patio; dentro, dos camas de tijera con sus respectivos colchones, una almohada, un par de sábanas y una colcha en cada una, dos sillas, una mesita de pino en el lienzo del fondo, varias imágenes en la cabecera de las camas, una máquina de coser, y otras dos sillas á los pies de la cama derecha.

La señora Pepa trajo el quinqué, lo puso sobre la mesita del fondo, y se retiró entornando la puerta.

Leon y el anciano tomaron asiento en el reducido espacio que al pié de las camas dejaba la máquina de coser.

—Caballero, dijo el anciano, con algun rubor, V. dirá.

—No sé cómo expresarme, pues es tal la situación en que me hallo, que difícilmente puedo explicar á V. lo que sufro y siento, y sobre todo el objeto que me ha traído aquí.

Leon no necesitaba decir lo que ya el anciano habia sorprendido en la agitacion de su semblante demacrado; en la dificultad de expresarse y en la torpeza de sus palabras. Lo que no comprendia era el objeto de su venida, ni el motivo ó causa que le habia traído á la casa de sus hijos.

Sin embargo, cada vez le miraba más fijamente, y á pesar del cambio operado en las facciones de León, le parecian muy iguales á las que en otra ocasion y en otro sitio habia visto.

Así es que le facilitó la mitad del camino saliéndole al encuentro.

—Se comprende que V. debe haber sufrido mucho; pero tranquilícese, que está hablando con quien por una experiencia bien amarga, comprende sus sufrimientos por los suyos propios.

—Yo he sido tambien rico, y hoy soy un desgraciado y miserable que vive á expensas de esta familia, que son mis hijos.

—Puede V. hablar con franqueza.

—Leon se arrimó entonces un poco, suspiró profundamente, y acercándose más al anciano, le refirió su historia á grandes rasgos. Le contó el lan-

ce que le obligaba á huir de la justicia; le expuso el abandono de sus amigos, y por último, cómo había entrado en su casa para burlar la policía.

El anciano le consoló y lo tranquilizó como pudo; no sin derramar algunas lágrimas cuando refería algunos detalles patéticos de su vida, que eran idénticos al de la suya; y viendo ante sí, á un calavera de buen género, atolondrado, ligero, fá-tuo, víctima como hay muchos de las malas compañías y de su propio orgullo, se felicitó hasta donde lo permitía la situación suya, de aquel hallazgo, como medio de pagar una deuda atrasada, y experimentaba el placer que experimenta todo buen pagador que le toca la lotería.

—Tranquilícese V., y hágase el cargo que está en casa de su padre, pero arruinado, porque aquí ya ha visto V. lo que podemos ofrecerle: pobreza y miseria, pero con mucha y buena voluntad, eso sí, y añadió:

—La habitación no puede ser más reducida, aquí duermen mi nieta Elvira y su madre con el más pequeño, Luisito, que V. ya habrá visto en sus brazos.

—En la otra de enfrente, que es lo mismo que esta, mi hijo con mi nieto Domingo y yo, pero hay un catre de madera que arreglarémos para V., y nos compondrémos como se pueda. Cuando se hacen las cosas con gusto, siempre están bien hechas, ¿eh?

—Ahora va V. á conocer toda la familia, y cenaremos, que ya deben esperarnos.

—Perdóneme V. una pregunta, añadió el anciano con la mayor jovialidad.

—Puede V. hacer todas las que guste, replicó Leon ya algo más sereno.

—¿Recuerda V. haber dado alguna limosna al salir del teatro de la Opera, cambiando las monedas de cuatro reales por las de cien?

Leon, despues de meditar algunos segundos, contestó:

—No recuerdo nada de eso, solo en una ocasion que estaba yo en fondos, dí á un pobre bien parecido, cinco duros en oro al salir del juego de O..... esquina de la calle de la Cruz.

El anciano se estremeció de placer, y dijo para sí, ya no tengo duda, es el mismo. ¡Qué felicidad, Dios mio! poder desahogar, despues de tanto tiempo, mi gratitud y tenerle en mi propia casa. Pobre Pepa; yo pediré otra vez, si es preciso! ¡Vaya si pediré limosna! ¡Así no me humillo! No quiero mortificar á Leon recordándole sus buenos tiempos, y se contentó con decirle:

—Aquí está V. seguro, y nada puede temer.

—Si supiera V. cuánto me alegro tenerle en casa; y no necesitaba asegurarlo, porque el gozo le rebosaba por todos los poros.

Esto tranquilizó bastante á Leon, que se consideraba en el último grado de la bajeza, y con su

mente se entretenia en aumentar los caracteres de la ofensa.

Nuestra vanidad y nuestro orgullo son siempre así. Cuanto más nos abate la desgracia, tanto más acostumbremos á mortificarnos.

Para otro, la situacion seria lo más natural, y hasta podria, si no por él, por sus semejantes, enorgullocerse, viendo por sí mismo que la especie humana no es tan ingrata como la pintan, y que hay en ella más virtudes, por más que resplandezcan mucho los vicios.

¿Puede ruborizar á cualquiera el pedir auxilio cuando uno está muerto de hambre y perseguido, aunque este auxilio se pida á un pobre?

No obstante, hay que confesarlo, Nuñez de Balboa, demasiado escuálido, hambriento, casi desnudo, y perseguido por un delito de honor se ruborizaba en la guarida de un pobre. ¿Por qué? Por el maldito orgullo. Hacia tiempo que habia sido derrotado y vencido por la poderosa realidad de los hombres y de las cosas, y su orgullo se resistia aun á su vencimiento en la morada de un pobre como él. ¡Qué arcanos hay en el corazon del hombre!

Otro, en sus circunstancias, y despues de sufrir sus vicisitudes, se hubiera enorgullecido!

El anciano esperó algunos momentos á que Leon se posesionase de sí mismo, para presentarlo á su familia.

Esta estaba reunida ya en derredor de la mesa de la sala, esperando con curiosidad la conferencia del patriarca.

—Tranquílcese V., Sr. de Nuñez, yo tambien he sufrido muchísimo. Si V. gusta le presentaré la familia, que ya deben estar todos en casa, y cenaremos.

—Como V. guste, balbuceó con la cabeza inclinada Leon.

—¿A quién tendré el inmenso placer de estar eternamente agradecido por un beneficio tan señalado? añadió levantándose.

—Esto no es nada, al contrario, en cuanto á gratitud he llegado yo antes... pero me llamo Horacio Conrel.

Conrel abrió la puerta del cuarto, obligó á salir antes á Leon; este pudo asegurarse de que ya toda la familia estaba presente.

Horacio avanzó dos pasos más, y encarándose con sus hijos que hojeaban unos manuscritos, dijo: os presento á este caballero, que en lo sucesivo será de la familia, y se queda aquí en casa; y añadió:

—Este es mi hijo Antonio.

El aludido se levantó, y dijo saludando cariñosamente:

—Servidor de V.

—Gracias, interrumpió Leon.

—Pepa, es su esposa, y estos tres muchachos, mis nietos.

Y Todos imitaban sucesivamente á su padre, y Leon les repetia la misma frase.

A los dos muchachos de nueve y once años se aventuró á besarles; á la mayor, Elvira, de diez y nueve años, que con sus ojos negros, destacándose en su cara ovalada, blanca como la nieve, inclinada por el trabajo como los claveles inclinan el tallo al primer sol ; parecia una azucena de invernadero, pálida y temblorosa.

Ninguno, al verla tan débil, diria que era la principal columna de aquella familia, amenazada de ruina. Era preciso verlo para apreciarlo, porque Elvira, con sus diez y nueve años, trabajaba desesperadamente, como una fiera, para alimentar á sus hijuelos.

Leon se contentó con saludarla ; su abuelo la besó en la frente, diciendo á Nuñez:

—Este es el ángel tutelar de la casa.

Elvira se puso roja como una amapola.

—Siéntese V., dijo la Sra. Pepa, trayéndole al mismo tiempo la única silla que estaba vacante.

Leon obedeció.

Horacio dijo :

—Si quereis, podemos cenar.

A esta voz, todos, menos Leon, se pusieron en movimiento. Antonio llevó los manuscritos á su cuarto. Elvira dejó la labor, fué al suyo, y volvió al poco rato, colocando sobre uno de los extremos de la mesa un mantel en mal uso, tres servilletas

é igual número de cubiertos y doble de platos y vasos que la trajeron los dos muchachos.

El viejo Horacio colocó el jarro de vino, un vaso grande de agua; despues de lo cual, todos, menos la Sra. Pepa y Elvira, que se encargó de servir la mesa, se sentaron en derredor de ella: Leon á la derecha de Conrel, su hijo á la izquierda, y los nietos á la de su padre. Antonia colocó en el centro una gran tartera de arroz y carne, y tomó asiento á la derecha de Leon, mientras que Elvira concluia de aderezar una ensalada de escarola y aceitunas; que puso en la mesa en una gran fuente á los pocos momentos. El mejor plato y el de más gusto que se sirve siempre en la mesa de los pobres, es un buen apetito.

Todos dieron testimonio de ello, saboreando la cena en silencio, á la luz del velon, mecida por el aire que entraba en la casa por donde todos.

Leon tuvo que bajar la cabeza y sacar el pañuelo para taparse la cara. Era la primer cena que le servian hacia ya cuarenta y ocho horas.

Despues de concluida, dieron gracias á Dios. Antonio Conrel, que era el esposo de Josefa, ofreció un cigarro á su padre y á Leon, y se despidió de éste, saliendo á la calle. Los muchachos pasaron á acostarse, mientras que la madre arreglaba la cama destinada á Leon, donde dormian los dos rapaces Domingo y Luis. Cada uno de ellos se acostó en la cama de su padre y abuelo,

dando antes las buenas noches á Leon y besando á su hermana, abuelo y madre.

Entre los del pueblo y pobres, aunque hay poco dinero, tambien suele haber mucha educacion, bastante temor de Dios, y sobre todo, muchísima religion en espíritu y verdad. Este es el bálsamo único con que se cicatrizan las grandes heridas del corazon. Aquellas son el marco que mejor adorna el frontis de cualquier familia honrada; aunque esta sea bien pobre. Al poco rato, el anciano, despidiéndose, salió como su hijo á la calle, y llevando dos paquetes de libros para la venta.

Elvira se puso á trabajar en su máquina, diciéndole á Leon que si queria distraerse, en el cuarto de sus padres habia dos estantes de libros y podia escoger... si no tenia sueño; y la Sra. Josefa se puso á cortar los patrones para las guarniciones de las botas.

Así pasaron el tiempo hasta las doce de la noche, en que ya de regreso padre é hijo se acostaron todos.

## CAPITULO XIX.

### EL CIUDADANO CONREL.

Horacio Conrel era uno de esos pocos y raros tipos perfectos que quedan de la raza latina; como testimonio de su belleza física: alto, esbelto, fornido de músculos, algo encorvado, sin ser grueso; perfil fino, completamente romano, con muy pocas curvas; ojos negros, rasgados, grandes y á la vez expresivos; barba y cabellos blancos.

Al día siguiente, muy de mañana, Elvira arregló á sus hermanos Luis y Domingo; le dió el canastillo y se fueron. Ella entonces se puso á trabajar, mientras que su madre encendia la lumbré y arreglaba el reducido ajuar de cocina. Antonio se puso á copiar, y el viejo Horacio salió á comprar el pan, las verduras, los garbanzos, el cuarteron de tocino para la sustancia del potaje, que era toda la comida del día.

Leon, contra su costumbre, se levantó tambien, y despues de arreglarse se sentó á continuar su lec-

tura de la noche anterior; pero esta vez entró en el cuarto donde trabajaba Elvira, á la que de cuando en cuando, y al volver hojas del libro, solia lanzar miradas de soslayo, que ella no apercibia.

En estas ocupaciones pasaron el dia; llegó la noche, y volvieron á repetir las operaciones de la anterior; pero en ésta Horacio se halló algo indispuéstoy no pudo salir á vender sus libros ni pedir limosna.

Viendoque Leon estaba cada vez más triste y pensativo, le rogó que se sentase á su lado al amor de la lumbre, que en esta ocasion Josefa prodigó algo más, yéndose luego á hacer compañía en el trabajo á su hija Elvira. Conrel cerró la puerta de la calle, entornó las de los dos dormitorios. Se reincorporó á Leon, sacó dos cigarros, dió uno á Nuñez, y le dijo:

—Voy á contarle á V. mi historia y la de mi familia. Usted es un niño aún, en la escuela de la desgracia; tengo que molestarle algo, porque es bastante larga; pero no importa, si no se concluye continuaremos mañana ó cuando se pueda.

—No se apure V., amigo mio, dijo tendiéndole familiarmente el brazo; yo he sufrido mucho tambien, pero Dios aprieta á sus elegidos sin ahogar. Abraham fué probado con el sacrificio de su hijo Isaac. Yo, que en nada, si acaso en su fé, me parezco á aquel gran patriarca, tambien he sufrido bastantes pruebas, y esto me enorgullece, por más que mi

familia me haga sufrir, sufriendo ella; y continuó de esta manera:

—Entre los muchos, en la parte más Occidental de la cordillera pirináica, hay en España un pintoresco valle, donde la naturaleza repartió pródiga sus dónes.

—En esta comarca, desde que dieron á Octavio la paz del mundo, jamás ha turbado Marte la que disfrutan sus habitantes, cuyas costumbres y usos en nada se parecen á los demás países de la madre común, que mecida entre las ondas del Océano y Mediterráneo, parece arrancar en su triunfal carrera hácia el Africa. En aquel suelo no *esteran* ni *des-esteran* las estaciones, porque la primavera tiene allí domicilio, y el invierno pasa por allí de viaje.

—Por la variedad de las plantas que fertilizan diferentes zonas y casi todas dan allí frutos por la dulzura de su clima y la verdosa alfombra que, á apesar del invierno, reviste su feraz suelo, diria usted que era allí eterna la primavera, si las cúspides y mesetas de las montañas vecinas, el alto Pajasiel (*quita sol* de P.) coronándose de nieve, no anunciassen el paso del invierno, cual vigía.

—Raras veces se oculta el sol en su diurno triunfal curso para aquellos pintorescos valles, salpicados de abundantes praderías, serpenteadas de cristalinos y profundos arroyuelos que, jugueteando por las vertientes, forman primorosas cascadas antes de alimentar el Boeza y Sil, que riegan y ferti-

lizan el vergel del Vierzo, enlazándose ante su capital, despues de bañarla por sus costados; allí crecen y turnan el cerezo precoz de abiertas ramas, con la añosa encina, el viejo roble, el verdoso laurel, los copudos castaños, el corpulento nogal, la higuera de Oriente, el esbelto álamo, el alto chopo, el florido almendro, el sombrío negrillo, relevándose en las estaciones para proyectar su sombra sobre aquel Océano de verdura, y escudar de los abrasadores rayos del sol en los solsticiales, con sus espesas ramas, otras plantas inferiores que embalsaman y perfuman el aire y regalan despues á sus habitantes, los sabrosos frutos de todos los climas.

—Humildes pueblecillos, no muy distantes unos de otros, se levantan aquí y allí, al pié ó en las laderas de aquellos cerros, cuyos campanarios, cubiertos de pizarra oscura, semejan á las imitaciones que de las pirámides hacen los niños con las arenas y pedriscos; las blancas y parduscas paredes de las casas, cubiertas de pizarra negra las unas, de teja roja las otras, y bastantes de paja; los viñedos de corta extension, cerrados de piedra y zarzas, semejan exactamente á los lugarejos que se ven en la Calabria, Sicilia y Grecia, donde el sol, destacándolos bajo un cielo apacible, cubiertos de un oleaje purpurino, como el velo del rubor de la naturaleza, ante su propia sencillez.

—En el de San Lorenzo, distante un kilómetro de Ponferrada, capital del Vierzo, nacieron, vivie-

ron y se casaron mis padres. Allí nació yo también, mi hijo Antonio y mis nietos Elvira, Andrés y Domingo; mi hija era de Ponferrada; pero por desgracia no sé si podré descansar entre aquella tierra, como há tiempo descansan entre ella, los restos de mis padres.

—Esto es muy triste, Sr. Nuñez, pero ¿cómo ha de ser!

—La casa de mi padre, oculta detrás del campanario de la iglesia y de las casas de los alrededores del lugar, nada tenía al exterior que la distinguiese de las demás que la rodeaban, sino es por su magnitud, especies de prismas, truncados rectangulares ó cuadrados; de piedra gris con dos pisos, perforados con algunas ventanas, cubiertos con tejas ennegrecidas por la acción del tiempo; tenía un patio grande á la entrada, dos fanegas de tierra destinadas al huerto por todo su frente, un espacioso lagar y un horno dentro, que se extendía á sus espaldas entre las casas del lugar, con tres docenas de colmenas al extremo en un repecho de él, donde más duraba el sol; cuatro viñas, media docena de abundantes prados, cinco extensas tierras de sembradura y buena calidad, un pajar en las inmediaciones, que servía para cobijar el ganado, dos yuntas de bueyes, cien cabezas de ganado lanar y algunos animales domésticos que se criaban en el patio, era el patrimonio de mis padres, que no tenían otro hijo.

—Pasábase en el pueblo una vida tan agreste como solitaria; mi familia, de una nobleza tan antigua como humilde, concretada al cultivo de un reducido patrimonio, aislándose de las demás para dedicarse á las labores del campo y modelarse á los recuerdos antiguos, cuyos recuerdos hallaban en una vieja biblioteca heredada de generaciones anteriores, en donde abundaban los clásicos, con algun contingente raro, que cada generacion aportaba de su siglo.

—El ajuar de la casa, tan modesto como sencillo, estaba al cuidado de varios criados de labranza, que compartian, con los de la casa y mi padre, robusto é incansable campesino, todas las rudas faenas del campo.

—Allí crecí sin más idea del mundo que la que podía darme el limitado horizonte del Vierzo, á cuya capital acudía á la hora del alba, para aprender latin en los Agustinos, y la enseñanza elemental, que en mis tiempos era muy reducida.

—Vivia, pues, encerrado entre tres montañas, donde se apacentaban los rebaños de cabras, ovejas y vacas, al cuidado de niños, que á la puesta del sol volvian al lugar, donde sus madres los esperaban para ordeñar el ganado y vender la leche en Ponferrada á las primeras horas del dia siguiente; mi madre la enviaba con la criada, que á la vuelta solia traer algun artículo alimenticio de lujo, porque allí son generalmente sóbrios; pero viviendo así me consi-

deraba dichoso, sobre todo, cuando podía ayudar á mi padre en las faenas del campo, ó hacia excursiones en busca de nidos, acompañado de muchachos del lugar; trepaba por los cerros más altos, desde donde veía pueblecillos semejantes al mio, que se destacaban blancos, durante el dia, ó que lanzaban columnas de humo hácia el cielo á la caída de la tarde.

—Mi padre murió muy jóven; una fiebre perniciosa me dejó huérfano, y á mi madre desconsolada. Fué una pérdida irreparable que dejó un inmenso vacío en la casa.

—La última vez que lo ví, era en el período de sementera en la tierra que poseíamos en término de Lombano.

—Aún parecé que lo estoy viendo, como si fuese hoy, quitarse la chaqueta, á pesar de la crudeza del tiempo, arreglarse la faja, remangarse las mangas de la camisa, mandarme traer el saco con el trigo, echar á un lado el sombrero, santiguarse con el mayor respeto, coger dos puñados de grano, y lanzándolos, como si sus brazos fuesen dos ametralladoras, á una inmensa distancia, diciendo: ¡Dios nos bendiga! ¡Qué manera de sembrar el trigo!

—Aquellas santas costumbres han desaparecido. Se dirá que no eran liberales; pero españoles y muy españoles fueron los del año 12, y al elaborar su gran Constitución comenzaron santiguándose.

—Mi madre, santa mujer como todas las madres de la comarca, desde la muerte de mi padre espiaba atenta todos los días la aparición de mi primer pensamiento, para dirigirlo inmediatamente hácia Dios, como se busca el manantial del riachuelo para encauzarlo hácia el prado, cuya yerba se desea humedecer.

—Enseñarme los preceptos del dogma cristiano, sus misterios; sorprender mi primer desvelo á la hora del crepúsculo matutino, hacerme recitar algunas oraciones, vestirme entre tanto, eran sus cotidianas y primeras operaciones; modelada á la romana, noble por herencia, en sus hechos y acciones, ciudadana de sentimientos, cifró en mí todas sus esperanzas.

—Ella me enseñó á leer y escribir, haciéndome trazar una por una, esas letras misteriosas que unidas componen las sílabas y luego las palabras; que coordinándose, segun determinadas reglas, forman las oraciones, y unas y otras producen el pensamiento.

—Producir esta transformacion con trazos de pluma, sobre un pedazo de papel y en una sustancia inmaterial y absolutamente intelectual, que se llama pensamiento, y que este pensamiento, extraño por sí mismo á los sentidos, brotando de ellos como la chispa del pedernal para alumbrar la noche, fué uno de los fenómenos que me hizo notar cuando pude usar de la razon.

—«Hijo mio, me decia calmando mis dudas, eco de las de otros con discípulos irreverentes, que parodiando al siglo, se burlaban de mi inocencia; la union del alma y el cuerpo en nosotros, la transformacion aparente de los sentidos en inteligencia, y la inteligencia en materia, son santos secretos que solo el conocimiento de Dios puede revelarte, por su carácter sobrehumano.

—«Ten en cuenta siempre, que hay en ciertos límites abismos sin fondo, y ante esos abismos sin fondo, toda sabiduría, toda ciencia, es impotente.

—«No te molestes mucho, ¡hijo mio! Cuando te canses, contempla la naturaleza en todas sus manifestaciones, admira el cielo, y adora á Dios, creador de todo; pero no espliques, que no se toman por *asalto sus pensamientos*.»

—Me acuerdo como si fuera hoy. ¡Cuán caro he pagado el olvido de sus cariñosas lecciones! ¡Cuán dichoso fui mientras seguí sus consejos!

—¡Y hoy, para mi mayor dolor, tengo que comparar el placer perdido, con las penas que parecen no tener término para mí y mis hijos! Aprendí á leer, escribir, la grámatica castellana y latina, la historia y la geografia, toda la enseñanza elemental.

—Mi madre, que no tenia gran inclinacion á darme carrera; y por otra parte, no queria estar sola; á mí que me gustaba el estudio de la naturaleza, más que el de los libros, fácilmente pude ave-

nirme á sus deseos, poniéndome al frente de la labranza y haciéndola compañía.

—Así pasé los más venturosos días de mi vida. Los domingos, como los festivos, por la costumbre de madrugar, vestidos de limpio, y con lo mejor, oíamos misa muy de mañana, visitábamos á algunos vecinos, comíamos muy temprano, y luego, toda la tarde, era para los amigos y los juegos. ¡Qué días más venturosos! ¡Qué tardes más breves! ¡Hacíamos las grandes partidas de pelota; luego, los bolos; despues, al oscurecer, frente á la alcaldía, jugábamos más; hasta que cada uno desfilaba por su camino á acostarse.

—Así pasaron algunos años; yo me habia desarrollado mucho, y mi madre un dia, era el del santo del lugar, los fieles habian acudido á él de todos los pueblos comarcanos, y mi casa estaba atestada de forasteros y amigos de la familia; mi buena madre se multiplicaba en todas partes para complacerlos y obsequiarlos; entonces conocí bastantes parientes lejanos, y me fijé en la que luego despues fué la madre de mis hijos. Entonces la conocí, y por la vez primera de mi vida, fui galante con las mujeres; pero con un sentimiento muy diferente al que me inspiraba mi madre. Me causó tales inquietudes la primera impresion, que antes de comunicársela á la que era causa, se lo dije á mi madre.

—Esta removi6 cielo y tierra para adquirir in-

formes sobre la familia de la que yo amaba. Debieron ser muy buenos; porque un año despues estábamos casados y viviendo con mi madre, que enloquecia de placer jugando con mis hijos. Cada año teníamos uno más; llegué á reunir siete..... y hoy no tengo más que mi Antonio; dijo lanzando al mismo tiempo un profundo suspiro..... y continuó:

—Mi pobre madre los vestia, los enseñaba á rezar, como me enseñó á mí; los sacaba á paseo, jugaba con ellos, los llevaba á misa; mi mujer la habia sustituido en las labores del hogar, porque á mi madre le faltaba tiempo para jugar con mis hijos.

—Ella mecia á los niños pequeños en la cuna, jugaba al escondite, á pesar de su formalidad, con los mayores. Cuando yo regresaba del campo y se me avalanzaban todos, pidiéndome pájaros ó frutas, ella parecia tambien una niña, y tenia que besarla con sus venerables canas, como á los demás, por no darla celos.

—Mi esposa la adoraba, y á veces, una y otra disputaban sobre quién era más madre de mis hijos.

—Yo me extasiaba contemplándolas, y concluia por convencerme de que mi madre lo era dos veces, para sus nietos.

—Ella se miraba en mí, mi mujer en ella, y yo en sus nietos.

—¡Oh! la santa mujer! Era el ángel tutelar de toda la familia.

—Su tierno cariño, su intenso amor, rebosaba en el hogar doméstico, en la familia, como los primeros rayos del sol sobre las corolas de las flores.

—Era tan purísimo, tan desinteresado, que la sombra más densa de las pocas nubes que entraban en la casa, iba á disiparse en ella. Una palabra, un consejo, una sola observacion de ella, era suficiente.

—¡Qué mujer y qué madre!

—Algunos años más tarde, y cuando sólo tenía tres hijos, despues de haberles cerrado los ojos á los cuatro menores, ella á su vez, llamada por Dios, nos abandonó tambien; y mi mujer me ayudó á cerrar los suyos.

—Su falta fué una pérdida profunda é irreparable para la familia toda, que no se consoló jamás; para los pobres del lugar y todos los del pueblo, que con sus recuerdos hacia más intensa la herida que su muerte nos habia causado, á mis hijos, á mi esposa y á mí; porque mi difunta Eugenia era, delirio el que tenía por mi madre.

—A cada paso, en cada contrariedad, á cada momento, en cualquier sitio, repetía ella: «¡Si viviera tu madre, no sucedería esto!»

—En una ocasion, el cólera azotó el pueblo, y mi Eugenia dijo al sacerdote, que se lamentaba de tanta desgracia: «¡Si viviera Doña Antonia, no hubiese venido esta peste!»

—Otro día hubo un pequeño alboroto entre los jornaleros, con motivo de la subida del pan, y mi esposa, que me acompañaba á la viña, se dirigió en alta voz á los revoltosos exponiendo sus razones, con la gracia que le era peculiar, y concluyó como siempre: «¡Si viviera la ciudadana Conrel, no daríais ese escándalo!» y consiguió apaciguar el tumulto.

—A mi madre la habían confirmado en el lugar con el título de «Ciudadana Conrel»; lo cual, dicho en verdad, le agradaba mucho.

—Como compañera de escuela de algunos del año 12, y los Baezas, era acérrima por aquellas ideas, y los Calatravas, Mendizabal, los Argüelles é Isturiz.

—Mi mujer la idolatraba con delirio; y ella, más que ninguno, sintió su muerte; y el vacío de ella que cada día se notaba, con más dolor.

—Al año siguiente del cólera, vino la guerra y el hambre.

—¡Qué tiempos más crudos! Parecía que hasta la tierra nos negaba sus productos. Las cosechas fueron reduciéndose de tal modo, que tuve necesidad de vender parte del patrimonio para conservar lo restante. Todas las plagas azotaron aquella comarca; el pan se puso por las nubes. ¡Quién me lo había de decir en tan poco tiempo! ¡Qué!....

—Cuando yo volvía del campo, me sentaba en medio de la sala sobre un añoso taburete de bada-

na, claveteado con grandes chapas doradas y redondas; los polluelos que entraban y salían piando; el viejo mastín tendido á mis piés, mirándome de hito en hito; mis cerezos y manzanos, color rosa, que veía á través de los vidrios; el ganado que se recogía en el patio balando; oía cómo los pastores cantaban y reían con las pastoras en el corral; el chirrido de los carros con yerba que entraban y salían; y hoy que me represento la miserable casucha destartalada, con cuatro muros desnudos, coronada de negra y espesa paja, en donde despues tuvimos que vivir mi mujer, mis hijos, un viejo pastor y yo; donde entraban el viento y el agua, y la mayor parte de las veces nos ahogábamnos con el humo; dentro de la cual el frío y el hambre nos hacían temblar con frecuencia.

—Cuando yo pienso y me acuerdo que mi valiente mujer trabajaba día y noche; mis incansables tres hijos, el mismo pastor y yo, cubiertos de harapos, trabajábamnos sin descanso para llevar un pedazo de pan negro á la boca, me extremezco y el coraje me ahoga.

—Sí, Sr. Nuñez; de una abundancia más que regular, pasé á la miseria más horrorosa, por la insaciable avaricia de un cruel prestamista, hijo de un calderero, que me despojó inhumanamente de los restos de un holgado patrimonio, que representaban para mí el trabajo, las economías y sacrificios de tres generaciones de mi familia.

Al venerable Horacio se le cortaban las palabras llorando, y tenia que hacer largas pausas, interrumpiendo su narracion, para limpiarse el rostro.

—Sí, Sr. Nuñez; de una abundancia regular, en que se educaban mis hijos, tuve que sucumbir pasando á la extrema miseria.

—Habia en P... un enreda pleitos, hijo de un calderero que en varias ocasiones habia compuesto á mis padres las alquitaras, y que deseaba hacerse *hombre* á toda costa, y rico en *muy poco* tiempo sin perdonar ninguno de los medios que acompañan siempre á la miseria.

—Como le digo á V., la carestía y el hambre, hermanas inseparables, asolaban nuestro país.

—La cosecha habia sido muy mala, los granos estaban por las nubes, y el año anterior los pastos habian sido tísicos. Llegó el tiempo de la sementera, y no tenia ni un solo grano.

—Hasta entonces no se habia conocido allí la usura; y como todos en el lugar estaban en el mismo caso que yo, porque era uno de los más fuertes labradores del pueblo, tuve que acudir á la capital del Vierzo, en donde la desventura me condujo á las puertas de este avaro, que entonces se vendia como amigo de mi familia.

—En aquella época no sabia yo que la usura es la encargada de recoger los despojos de la miseria y el hambre.

—¡Me dolia tanto deshacerme de una finca! me

quedaban tan pocas, y las tierras me pedían con tanta necesidad la simiente, que me decidí á firmar una escritura y suscribir todas las condiciones que aun hoy me avergüenzan. Hizo un recibo de seis mil reales, lo firmé sin mirarlo, recibí seis mil, me volví al lugar, hice mi sementera, regalé unos cabritos al prestamista y cada año venia á pagarle los intereses, trayéndole algun cabrito, los mejores capones y las más robustas gallinas.

—Así pasaron tres años, durante los cuales recibí algunas proposiciones para la venta de la casa-habitacion, dos extensos y abundantes prados en el mismo término del pueblo y que se dominaban desde la misma casa, una hermosa viña replantada por mí mismo, que eran todo mi patrimonio, con el ganado y los animales domésticos, incluyendo las dos yuntas de bueyes, el carro y algunas cubas donde guardaba el vino, y que todo estaba hipotecado para responder de tan pequeña cantidad. Las mejores ubas, la mejor miel, las más tempranas cerezas, eran para el jóven prestamista, que se enriquecia como una sanguijuela á espensas de otras víctimas de vecinos pueblos que, como yo, habian caido en sus garras y las veia en su casa en el Agosto, que tambien le traian las rentas en especies como yo.

—Muchas veces teníamos que buscarle en casa de su barragana la Jarbo...

—Me acuerdo, como si fuera hoy, los demás com-

pañeros me confesaban sus cuitas, y era una compasión oírlos cuando regresábamos al lugar, y algunos tenían que pasar por el mio.

—Mis hijos, la mujer y yo no nos dábamos descanso en trabajar á jornal para los vecinos, alquilábamos las bestias, que se me pusieron delgadas como lobos. Por fin, pudimos reunir la cantidad de ocho mil reales con las penas y trabajos que V. no puede imaginarse. Pero al fin la reuní.

—Aquel fué un instante feliz para todos. Era un domingo; mi hijo Andrés, que esté en gloria, me acompañó; nos pusimos de gala; y cogiendo el dinero, media docena de requesones y cuatro gallinas, nos presentamos en casa del avaro. Este estaba acurrucado en un sillón frente á la mesa de su despacho con sus anteojos calados y su gorro.

—Buenos días, Sr. D. A.....

—Buenos los tengas, Horacio, me dijo mirándome á través de sus espejuelos.

—¿Qué traes tan temprano?

—Señor, poca cosa, respondí, unas frioleras y el dinero.

—Al oír el dinero, se incorporó repentinamente, y en tono de duda me dijo:

—¿Han pintado la cosechas, eh?

—Sí señor; así, así; pero hemos trabajado mucho, y con la gracia de Dios, venimos á zanjar la cuenta.

—¿Cómo? ¿vienes por el recibo?

—Sí señor, y aquí trae mi hijo el importe....

—Este sacó el pañuelo con algunas onzas; y moneda sobre moneda, se lo pusimos en pequeñas columnas sobre la mesa.

—Era una gloria ver tanto oro y plata reunido. Ninguno creeria que aquellos pequeños montones de dinero representaban tantos sacrificios y privaciones; ¡pero cómo ha de ser! Nosotros deciamos, á la gracia de Dios, y á cada uno lo suyo.

—El hijo del calderero, que por este nombre era más conocido en la comarca, contó y recontó el dinero, y despues de una breve pausa me dijo:

—Horacio, tú padeces una equivocacion. Yo creí que no debias estarlo, cuando me has traído los intereses todos los años completos, pero el recibo está por tres años, y lo que me debes son 6.000 pesetas ó sean 24.000 reales.

—Yo no oí más, porque fué tal el asombro, que un desmayo me privó del sentido, y al cabo de un largo rato, mi hijo me sacó de la habitacion del prestamista. Una vez fuera de ella, un sudor me iba y otro me venia.

—Tranquílcese V., padre, me decia mi hijo. ¡Dios proveerá! Tal vez no se acuerde V., ó le hayan robado el resto en el camino.

—Para hacer mayor mi dolor, mi hijo creia que yo me equivocaba, y tenia que repetirle con frecuencia, me acuerdo como si fuera hoy: Me dió cincuenta monedas de cinco duros, catorce de á dos,

veinte duros en plata y dos duros en pesetas.

—Pero mi Andrés no podía imaginarse que un señor con chaqueta de largos faldones, y que nos tuteaba con tanta vanidad, fuese el mayor de los follones y el bellaco más grande de.....

—¡Dios le perdone, y que sus hijos lo coman en paz! pero yo le declaro á V., que estuve once dias loco, sin saber lo que me pasaba. Tuvimos que preparar de antemano á la familia, y sobre todo á mi difunta esposa, que tan bravamente habia trabajado para juntar aquella enorme cantidad para nosotros!

—Al poco tiempo recibí una atenta carta, eso sí, muy atenta; el usurero se picaba de formas, aunque dicen que era la irrisión de sus compañeros..... en la cual me proponia otra vez la venta de todo mi patrimonio.....

—Yo, la verdad, sin dar conocimiento á ninguno y aconsejándome de mi temperamento, la rompí delante del criado que la trajo, y le dije:

—Dí á tu señor, que si le cojo en alguna parte, haré lo mismo con él.

—El muchacho algo le conocia, y se fué sin decir más.

—Al poco tiempo recibí un apremio y callé..... se entabló la demanda; y entre la justicia, las costas y los 18.000 rs., que dijo le debia; se vendieron mi casa, mis bueyes, mis prados, mi carro, mis cubas y mi viña.

—Todo, absolutamente todo; aquel dia fué uno de luto para todo el pueblo, y me cabe la satisfaccion de que ninguno del lugar salió á comprar, ni siquiera la *alquitara*.

—De limosna me regalaron el pajar, y allí pasamos todos los dolores..... ¡Dios nos perdone á todos!... Pero V. no puede concebir lo que sufrimos en cinco años. Mi cabeza, la de mi mujer y la de mi hijo mayor, que estén en gloria, blanquearon en un mes. En ménos de seis, murieron los dos hijos mayores, quebrados por el trabajo y tísicos.

—Mi mujer les siguió al poco tiempo..... yo caí en cama, y si no es por mi Antonio, que V. conoce, hubiera muerto tambien; pero él fortaleció mi espíritu con sus cristianos consejos, y fué dando vida á mi extenuado cuerpo con el trabajo del suyo. El se multiplicaba en todas partes por la época de las labores, trabajando para unos y otros, y en el invierno enseñaba á leer y escribir á los niños de la vecindad; á algunos el latin, porque en el lugar no habia escuela, y el que queria aprender tenia que ir á Ponferrada.

—Al poco tiempo, se casó con la Sra. Pepa, que tambien V. conoce; una buena muchacha, de un lugar cercano, y el Ayuntamiento le señaló una pequeña pension y lo hizo maestro de escuela; así pasábamos medianamente la vida. Cada uno para sí; ¡Dios con todos!

—¡Ah, Sr. Nuñez! Hablan de esas enfermedades

que poco á poco corroen el corazon, secan la sangre, disuelven el pulmon; pero la verdadera enfermedad de los labradores todos, la carcoma de los campos, la oruga de la agricultura; son esa negra nubecilla de usureros que, como las aves carnívoras, se posan en los lugares, con las economías de alguna trastienda, *industria*, ó el precio de algun enganche; y los negros vienen de América, para chupar aquí ó allá la sangre del labrador, poco á poco, aprovechándose de las malas cosechas, como las ranas de la tempestad. Cuando lo pienso la sangre me ahoga.

—Esas gentes que salen de nuestro pueblo, hechos unos calaveras, con chaqueta, y entran en él al cabo de algunos años, con levita de muchos falzones dándose aires de proteccion, sonando el dinero para tentar la miseria.

—¡Qué tiempos más duros pasamos! pero aún nos estaban reservadas mayores desgracias.

—¡Ay, madre mia, si vivieras! y el venerable anciano estaba admirable en su melancólica expresion.

Como ya era tarde rogó á Nuñez, que le habia escuchado con profundísima atencion, se acostase; se fueron al cuarto dormitorio, con la promesa de continuar la noche siguiente, mediante Dios.

## CAPITULO XX.

### ¡¡UNA FAMILIA COMO HAY MUCHÍSIMAS!!

A la misma hora, en cuanto concluyeron de cenar, el venerable Horario y Leon, fumando sus cigarros de papel, entraron en el cuarto de la señora Pepa, entornaron la puerta, y despues que se hubieron sentado, el ciudadano Conrel, continuó:

—Como le dije á V. anoche, nos estaban aún reservadas mayores desgracias. Aunque hacia tiempo que la guerra civil estaba terminada, las contribuciones aumetaron; el Ayuntamiento retiró á mi Antonio la pension.

—Despues lo colocaron en Madrid en la Administracion económica, por influencia del diputado de aquel pais y todos tuvimos necesariamente que venirnos. Usted no sabe lo que á mí me costó decirme.

—Preferia el lugar con toda su miseria, mendigando la caridad pública, como lo hacia en el in-

vierno; pero ¡quedar sólo sin mis hijos y nietos! eso era para mí imposible. Abandonar á mi pequeña Elvira, á mi nieto Andrés, á mis hijos Pepa y Antonio, cuando lo pensaba, atraído por los encantos del lugar y la fuerza de la costumbre, que es una gran fuerza, casi me desmayaba.

—Nos establecimos aquí, confiando demasiado en la estabilidad del destino de Antonio, con el cual nos manteníamos todos; y pagamos bien caro nuestro error. Esto no puedo soportarlo. ¡Ah, los canallas!

—Cada vez que me acuerdo; las promesas que nos hicieron en vísperas de elecciones..... Porque debo decirle á V., en medio de nuestra miseria, todo el pueblo nos quería; porque tanto Antonio, como yo, no tolerábamos que se le engañase. ¡Ofrecieron economías, *orden..... moralidad!.....* Nos prometieron todo, en fin. ¡Ah, infames!

—Pensar yo que se pagan á esas gentes para engañar al pueblo y conducirlo á la estupidez! Los periódicos mentan que era una lástima. ¡Dios se lo perdone!

—Mi Antonio quedó cesante á los cinco años para dejar su puesto á un jóven de veinte, que dicen era hijo de un rico comerciante, y necesitaba su sueldo para entretener á una modista, porque sus padres le daban sólo para cigarros y teatros. ¡Cómo ha de ser!.... Tuvimos que resignarnos.

—Mi hija Pepa, que estaba en cinta, abortó del

susto y estuvo á la muerte; las economías, que no llegaban á media onza, se fueron en la enfermedad.

—Elvira, Andrés y Domingo, ya estaban algo crecidos y sabían leer y escribir. La primera se dedicó á coser en casa, con la máquina que le compró su padre, cuando estaba colocado.

—Andrés se puso á servir, y le vemos de tarde en tarde. Domingo madruga por las mañanas, lleva los canastillos y cestas á los criados al barrio de Salamancá, y unos dias con otros, gana una peseta diaria.

—Mi Antonio se dedica á copiar manuscritos, y yo tengo que pedir algunas veces limosna, porque no puedo hacer otra cosa, como V. vé; pero es sólo cuando más necesidad hay en la casa.

—Mi Pepa está bastante resentida, á consecuencia del último parto; no debia de criar á Luisito; pero los pobres no tenemos otro remedio; yo presiento que debe estar tísica, pero tenemos que resignarnos á verla morir lentamente.

—Como V. habrá visto, mi Elvira, que es el retrato de mi madre, trabaja como una furia dia y noche. Con sus dos oficios de tapicera y costurera, sólo puede ganar 10 rs. diarios. Eso sí, hace milagros, y si no fuese tan fuerte su naturaleza, ya no viviria. La pobrecilla no tiene humor para distraerse, al ver á su madre enferma; no hay quien la arranque de casa, ni siquiera los domin-

gos á dar una vuelta y respirar otro aire más puro. Muy de tarde en tarde, consigue convencer á su madre y salen juntas á pasear por la Ronda, y como Pepa se cansa al momento, tienen que sentarse; así pasan los días de fiesta, y no todos.

—Antonio, como V. habrá podido ver, está hecho un viejo; ha sufrido muchísimo, y sufre más aún cuando vé á su esposa, que adora, en ese estado. Con la gracia de Dios, así vamos pasando.

—Aquellos 100 rs. que V. me dió de limosna, sirvieron para pagar al comadron y los gastos del bautizo de Luisito, que, sin vanidad, es mi retrato y mi ojo derecho, porque el corazón es todo de mi Elvira. La amo, siendo mi nieta, como á mi madre, que yo adoraba, y confío mucho en ella. Porque yo no sé cómo, pero le aseguro á V., que ella es el ángel tutelar de la casa; la azucena que perfuma este denso ambiente que respiramos.

—Ya comprenderá V. mi agradecimiento y la satisfacción de tenerle en esta su casa, cuando á grandes rasgos le he hecho la historia de mi familia.

—¡Qué bueno es V., Sr. Conrel! dijo Leon, arrojándose en brazos del anciano, sollozando.

Entonces pasó una escena conmovedora en aquella estancia, que me es imposible poderos describir.

Núñez Balboa, que jamás había llorado, si se exceptúa en la despedida de su padre, y á pesar de recibir tan duros golpes de la fortuna, vió enton-

ces la verdadera luz; y aquel ateo por costumbre, impío por hipocresía, que no creyó en Dios ni en Jesús, y fué solo cristiano para mofarse ligeramente del cristianismo, se regeneró por completo en un solo instante.

El mismo ciudadano Horacio Conrel, que con la pereza y la costumbre misma habia abandonado, sin darse razon de ello, como hacen hoy la mayoría, en aras de la misma indiferencia, que es la primera piedra del templo de la impiedad, la práctica de las máximas morales y religiosas que su madre le enseñó, con el ejemplo y las virtudes, en su tierna edad, se trasfiguró por completo tambien; y ¡fenómeno incomprensible! ¡abismo insondable! Si no vieron al ángel, como Abraham y su hijo Isaac, ó como Moisés á Dios, entre la zarza ardiendo, lo miraron instantáneamente en el fondo de sus almas; porque á un mismo tiempo, una misma idea, un mismo pensamiento, cruzó por ambas conciencias, despertándoles el alma para reconocer á Dios, confesarse cristianos y practicar con el más piadoso celo las virtudes del culto católico.

Ninguno les dijo que el completo abandono de su Creador, y la no práctica de las virtudes católicas, en su más precisa y lata sencillez, era la causa de que Dios les abandonase á sí mismos, y la misma conciencia social que ofendian con ese abandono é indiferencia, los abandonase tambien á sus propios elementos en el inmenso oleaje de las multitudes.

No bastaba comunicarse con Dios en el templo de la conciencia; era preciso, para vivir la vida social, entrar tambien en el templo de la conciencia de ésta, para ser de la comunidad, rindiendo con la práctica del culto, el testimonio simultáneo de respeto y admiracion.

¿Por qué razon misteriosa, por qué profundo arcano, los dos pensaron la misma cosa, y se arrepintieron del mismo modo, abrazados, sollozando sí, pero sin decirse una palabra? no sabré explicarlo, porque hay misterios en el corazon humano que se sienten mejor que se explican, y se conciben mejor que se piensan; y éste era uno de ellos.

Algo profundo, algo secreto, debió pasar, con la velocidad del pensamiento, por el alma del venerable Horacio y la de Leon, porque instantáneamente se miraron; y como si se hubiesen uno á otro cogido la palabra, dijeron simultáneamente:

—Mañana, muy temprano, iremos juntos á misa, ¿eh?

—¡Elvira! dijo el Sr. Horacio.

Algunos segundos despues se presentó ésta, abriendo la puerta, y contestó:

—¿Me llamaba V., abuelo?

—¡Sí, hija mia! replicó éste. Mañana, muy temprano, nos acompañarás á oír misa en San Isidro.

—Está bien. ¿Necesitan Vds. algo?

—¡Qué descanses, hija mia!

Elvira besó la frente de su abuelo. Saludó á Leon, y se fué.

—¡Que V. descanse, la dijo éstel!

—¡Buenas noches, Sr. Nuñez! añadió ella con una sonrisa y medio ruborizada.

Momentos despues, todo estaba en silencio...

## CAPITULO XXI.

### EL AMOR DE UNA VIRGEN.

Elvira Conrel, con sus veinte años, sus hermosos y grandes ojos negros, su color pálido, blanco-mate, su diminuta boca, su espeso y sedoso cabello, negro como el azabache, sus grandes ojeras, al lado de su máquina, cosiendo dia y noche; aún no habia tenido tiempo de saber si era hermosa; pero, sin embargo, Vandik, el Españolito, Hvirs, Rambrat, el mismo Murillo, tomando de su vírgen la copia de Elvira, se hubieran dado por muy satisfe-

chos, porque era el tipo más completo y perfecto del ángel, cuando toma la forma de mujer.

El amor había entrado en el corazón purísimo de Elvira, como si entrase en su propia casa, por la puerta de la abnegación.

¡Cuántas veces, sin pensarlo, daba testimonio de ello diciendo ante su misma familia:

—¡Pobre Sr. Nuñez!.....

La compasión es el primer testimonio que dá la mujer, de su amor al hombre.

Y nos compadecen muy naturalmente, porque aman primero, y saben amar mejor que nosotros.

El enigma de este misterio sublime, está en estas palabras de Santa Teresa, aludiendo al diablo: «*Aquel infeliz, que nunca amará.....*»

Elvira amaba con ese amor infinito, puro y eterno que irradia de Dios; y amaba á Leon como amó Jesús á la pecadora é imperfecta especie humana, á pesar de sus defectos, á pesar de sus vicios; y le amaba porque era sencilla como una paloma; porque violentarse para no sentir lo que sentía, para ella era más cruel que los rigores de lo que se ama.

Amaba porque era perfecta; pero sin saber si era amor.

En la iglesia, rezaba por Leon; cosiendo, pensaba en Leon; sus sueños, eran siempre para Leon; la ley del amor la atraía hácia él, como atrae las moléculas, como renueva la naturaleza; pero sin

el más ligero signo; ni en la mirada, ni en el gesto, la hacian traicion.

Amaba sin saber que amaba, sentia sin concebirlo; pero siempre serena, siempre tranquila; sin denunciarse á nadie, ni áun á sí misma.

Si alguno la preguntase ¿por qué amaba? con seguridad contestaria ingénuamente :

—Todos los séres que viven juntos, se aman; mirad la naturaleza en sus tres reinos.

Ella, no obstante, como violeta silvestre que nace entre rocas, ocultaba el aroma de sus encantos entre la pañoleta y el velo; cual blanco lirio oculto al viajero, pensaba doblar su tallo entre las ruinas de su familia, sin acordarse de que era mujer. No habia hecho otra cosa más que trabajar, y esperaba morir trabajando; porque ninguno se habia fijado en su hermosura, ni ella misma tenia tiempo para verse.

A los veinte dias de estar Leon en su casa, y despues de saber algunos detalles de su triste historia, que Leon le referia á espaldas de su madre, se miró al pedazo de vidrio azogado que les servia de espejo, y comenzó á estar inquieta.

Elvira no habia amado jamás, ni sabia lo que era el amor; pero al ver que Leon temblaba ante su presencia, bajaba la vista para no verla de frente, estaba triste y hablaba poco, ella comenzó á sentir.

Como todo era virtud y abnegacion, que es sinónimo de amor, al ver á un jóven, demacrado como

ella, náufrago de la miseria, que llegaba á su casa como á puerto de salvacion, le amó en secreto, sin saber que le amaba, por uno de esos inconcebibles misterios del amor mismo, que todo lo abraza, desde los primeros hasta los últimos grados de la creacion, modificándose en la materia, y divinizándose en el espíritu.

Nada hay en el cielo y en la tierra más dulce, más sublime y poderoso, que este bien admirable que se embriaga el alma, haciendo ligero lo más pesado; porque el verdadero amor, procediendo de Dios, es el único que puede darnos idea de la divinidad de Jesús, que desde el ara de su cruz dió testimonio de él, pronunciando su última palabra.

El amor es el sol de los ángeles, y las mujeres son más angelicales, porque saben amar mejor que los hombres.

Amaba, como se ama con el primer amor á los veinte años, y amaba á Leon con ese purísimo amor que engendra la abnegacion de un corazon virginal, donde no alcanzan jamás las heladas brisas de nuestras vacilaciones y nuestras dudas, que abrasan todas las ilusiones de nuestro espíritu, para apoderarse de nuestro cuerpo con más facilidad.

Sacerdotisa del trabajo, hermosa vestal del templo de su familia, alimentaba el sagrado fuego del hogar paterno con su propio sudor, como si fuera vocacion su suerte y su destino; pero aún no habia hecho renuncia por completo del corazon.

Al ver que un naufrago del hambre tomaba á su casa como puerto de salvacion, turbando su reposo, ella no queria ser ménos generosa que sus padres y abuelos, y le regaló su corazon, que era su único tesoro; pero no hacia más que pensar y sentir, sin averiguar la causa que le impulsaba á sentir y pensar.

En una ocasion estuvo á punto de revelar su secreto, que era su felicidad, á los demás...; y á ella misma.

Tratábase de que Leon permaneciese aún en la casa; pero éste se rebelaba á continuar, pretextando la situacion de la familia, de la cual, *bastante*, decia él, *habia abusado ya*.

Como esta clase de familias no cree *hacer favores*, sino *cumplir deberes*, y el más sagrado para ellas, es el de la hospitalidad, todos reunidos rogaron encarecidamente que continuase; y hasta Elvira estuvo á punto de hacerse traicion, rogando con insistencia, y con cierto candor angelical, que desconcertó á Nuñez, dejando de insistir y quedándose en la casa.

Se ha dicho ya, y no creeré cometer unar heregía, si os digo que Elvira amaba á Leon sin darse cuenta de ello; para que tengais una idea aproximada del amor purísimo en que se anegaba su corazon, sin mezcla alguna de egoismo, casi como Jesús amó á las mujeres, con aquel intensísimo, infinito é inefable amor que ama una vírgen.



## CAPITULO XXII.

### UN LOCO QUE SE PONE CUERDO.

A la mañana siguiente, muy temprano, el viejo Horacio, Elvira y Leon, disfrazado de obrero con el traje de Antonio, oyeron misa en la iglesia de San Isidro. Era la primera vez que Elvira se esmeró algo en su tocado, peinándose á la antigua y poniéndose su mejor manton, su fino velo y la falda más de moda de las tres que conservaba.

Hacia mucho tiempo que Leon, ni el mismo Horacio, no entraban en la iglesia. Aquella misa los regeneró por completo. Salieron de ella más tranquilos, más contentos, más serenos, sin darse cuenta de ello. La asistencia al sacrificio de la misa, que nada dice á los católicos profanos, pero que es el emblema vivo de la pasion y muerte de Jesús; la comunión continua de sentimientos, que las conciencias puras elevan en oraciones á Dios, rogando los buenos por los malos, es el misterio más pro-

fundo y sacrosanto de los muchos que en su verdadera pureza encierra el catolicismo.

Miles de almas, orando con fervoroso recogimiento, que asisten en esencia y presencia á la vida, pasion y muerte del Redentor del mundo, á una misma hora, extendidas por todo el haz de la tierra dentro del orbe católico, y allá, en el Vaticano, centro de este orbe, se bendicen al mismo tiempo, es uno de los espectáculos diarios más asombrosos y admirables que presenta la religion católica á todas las filosofías.

Algo debió obrar este misterio inconcebible en las almas de Horacio y Leon, porque aquel dia estuvieron más alegres y comunicativos que de costumbre.

El arrepentido Nuñez, que desde que vió á Elvira se habia fijado en ella, considerándola como un sér sobre-humano, superior á todas las jóvenes que hasta entonces habia visto, conocido y tratado; que la amaba con un amor muy diferente al que le habian inspirado otras jóvenes más hermosas que ella; que siempre habia sido tan audaz para declararlas sus sentimientos, y que además, tenia muchísimas razones para ser atrevido con ellas; á pesar de amar con una fuerza inconcebible y con pasion superior, á todas las que habian conmovido su corazon hasta entónces; temblaba ante Elvira, su objeto idolatrado; comunicativo siempre con todos, las palabras se resistian á salir de

su boca cuantas veces intentaba, en vano, hablar á Elvira. Hacia dos meses que uno y otro se amaban entrañablemente, y ni uno ni otro sabian ni siquiera por sorpresa, que eran correspondidos.

Su cariño tenia la fuerza del iman en polos iguales. Cuantas veces intentaban estrechar las distancias, sondear sus corazones, se repelian con mayor fuerza.

Se veian; hablaban de cosas indiferentes; pasaban juntos las largas noches de invierno, ella en sus labores, él abismado en su lectura; pero ni una palabra, ni un signo que les hiciera traicion á su amor. Parecia que se habian propuesto ocultar su amor como un tesoro eterno, poniendo todas las fuerzas de su voluntad al servicio del secreto.

Así pasaron dias y dias, noches y noches; embriagándose de amor una y otro como los muy viciosos, á solas, sin que él ni ella lo supiesen, ni ninguno pudiera sorprender el secreto, como si el secreto fuese su felicidad.

Se veian; estaban bajo el mismo techo: esto les bastaba. Ninguno de la familia, si se exceptúa la madre de Elvira, que comenzó á sospechar, muy tarde, el amor de Leon.

Una tarde no pudo resistirlo, y se decidió por medio de la pluma, tinta y papel, á declararlo á Elvira.

A la hora de acostarse, mientras ella cosía, entró en su cuarto para darla las buenas noches y la

arrojó la carta, que habia escrito por la tarde, en el regazo.

Elvira, temblando como los tallos de las flores que mece el blando céfiro, guardó la carta, y pretextando á su madre, cuando esta se acostaba, que no tenia sueño y necesitaba concluir aquella labor, continuó trabajando largo rato, hasta que se hubo apercebido de que estaba dormida; entonces echó el cerrojo á la puerta, abrió la carta, y leyó lo que sigue:

«Señorita Elvira:

*Puesto que no he tenido valor para manifestar á V. lo que há tiempo debia haberla dicho, perdóneme que no pudiendo resistir más, me sirva del medio que los cobardes emplean, para manifestarla que mañana huiré de su casa para no verla jamás.*

*Sí, soy indigno de verla, debo marcharme, debo huir de su casa, puesto que no he tenido valor para mirar á V. sin enamorarme de sus virtudes y de sus encantos.*

*Usted agrava inocentemente males que yo no puedo remediar, porque considero punto ménos que imposible que mi regeneracion, por sincera que sea, pueda colocarme á la altura de V. y hacerme digno de una sola caricia suya.*

*Sé el partido que aconseja en estos casos seguir la prudencia, en defecto de la esperanza; lo hubiera tomado ya, si pudiera poner de acuerdo el honor con la prudencia y la gratitud.*

*Pero, ¿cómo huir de su casa cuando su abuelo, sus padres, V. misma, mi propia honra, me rogaron quedase?*

*¡Huir sin decir la causa, marchar sin despedirme, un hombre que como yo, está decidido á corregir errores pasados, imposible! Perdóneme V., Elvira; la causa inocente es V.; yo la amo, y la amo con toda mi alma, ya regenerada; no he podido resistir más tiempo; y huyo, porque amo sin esperanza, y amaré eternamente, porque el amor que V. me ha inspirado es mi felicidad; y puesto que mi amor, mi huida y mi falta, son por causa de V., la ruego con todo mi corazón, apelando al último de los sentimientos que apelan los seres que aman verdaderamente, me diga el medio de salir pronto de este apurado trance.*

*Sabe V. que la admira, estima y venera su humilde amante,*

LEON.»

Elvira leyó esta carta dos, tres, cuatro veces, y como el torrente contenido por diques, su amor intensísimo, condensado en la purísima castidad de su más puro candor, se desbordó; una felicidad intensísima, inexplicable, embriagó su espíritu y paralizó su cuerpo, pasando la noche y la mañana en un cielo de delicias infinitas é indefinibles; en un completo éxtasis.

Entonces supo que amaba y era correspondida; su madre la sorprendió velando, pero paralizada.

—Hija mia, ¿aún no te has acostado? dijo su madre, viendo la amortiguada luz artificial envuelta por los rayos del crepúsculo matutino.

—Ahora me acostaré, madre, contestó ella maquinalmente, sin saber lo que decía y aterida de

frio. Escribió tres líneas, con el lápiz que le servía para marcar la costura del lienzo, en un pedazo de papel, lo guardó en el bolsillo de su falda, la puso á la cabecera de su cama, y se acostó.

A eso de las diez de la mañana, ya estaba desayunándose con la familia y Leon, como si no hubiese velado. Despues del desayuno, aprovechando una oportunidad, á hurtadillas, dió el papelito escrito con lápiz á Nuñez, y éste se fué á su cuarto á leerlo. Decia así:

*«Leon, si V. se marcha, no lleve la opinion de creer que su huida ha sido necesaria; le estimo bastante para comprometerle marchándose de casa; quédese. Un corazon virtuoso sabe vencerse ó callarse, y una jóven como yo, debería temerle; pero V. debe quedarse, y se quedará, complaciendo á su afectísimá*

ELVIRA.»

Imposible me es describiros la inmensa dicha que embargaba el corazon de Nuñez, despues que hubo leído lo anterior. Besó el papel, volvió á leerlo, y delirante de amor, loco, se puso inmediatamente á escribir otra carta que entregó á Elvira á la caída de la tarde.

Esta, ébria tambien de gozo, buscó un pretexto para salir á la calle, y se fué á llevar la obra en casa del maestro, leyendo á la luz de un farol, en la plazuela del Progreso, lo que sigue:

«*Elvira: creia tener un alma tan sólo para el dolor, perdóneme V. si me atrevo á pedir la suya para la felicidad.*

*¡Me quedo sí, amor mio! ¡vida de mi alma! dignese sostener la mia en su regeneracion como el primer sol de una eterna primavera. Sea V. la luz risueña de mi esperanza, y con los encantos inexplicables de sus virtudes, ayúdeme á pagar con una vida ejemplar, las deudas de otra borrascosa.*

*Permítame V. que de antemano goce la inesperada é inmerecida dicha de ser correspondido; la adoro á V., y deploro que mi corazon no sea susceptible de amarla tanto como se merece; mis temblores, mis vacilaciones ante su presencia, mi torpeza al hablarla, creo que habrán denunciado de antemano á V. el purísimo amor que embriaga á mi corazon hace tiempo, y á no tener que apelar á la fuga, lo hubiera ahogado en mi pecho ó me hubiese muerto; pero ante el temor de ser ingrato, he preferido ser débil, y lo repito, sintiendo no tener valor para ponerme de rodillas ante usted y decirle ¡que la amo! como la madre ama al primer hijo de sus entrañas, como las flores al arroyuelo y á la primera brisa de la mañana; como el tupido césped á la sombra del árbol que lo cobija; porque las virtudes de usted son el amparo tutelar de mi existencia. Quiero vivir en usted mejor que vivir en mí mismo, porque la amo tanto, que mientras viva en V. podré saborear en conciencia el purísimo amor en que rebosa mi alma; haciendo de las dos un templo, desde el cual, unidos, podamos mejor comprender y adorar á Dios.*

*No puedo más, y estoy decidido á morir huyendo, ó á vivir, elevándome; de V. depende, Elvira.*

*Podrán obligarme á morir, pero dejar que ame á V., eso es imposible.*

*Espero mi sentencia de sus propios labios, y V. sabe que la ama con toda su alma*

LEON.»

Regresó á su casa con una satisfaccion inexplicable. Amaba, y era amada; entre amar y ser amada hay dos mundos indefinidos de placeres intensos é indefinibles para los verdaderos amantes.

Elvira se mecía en la plenitud de los dos, dándose ya razon de que amaba y era amada. Esta dicha, considerándola como el premio de sus virtudes y laboriosidad, era un premio superior á sus méritos, segun ella.

Se puso á cenar casi sin apetito, y Leon no tuvo valor para presentarse á la cena, por no evidenciarse.

La señora Pepa pudo por este incidente, que pasó desapercibido para todos, asegurarse de que Leon y Elvira se amaban, pero disimuló.

A la hora de acostarse, Elvira no pudo ya guardar el secreto en su pecho; era demasiado pequeño para una intensidad tan grande; y como no tenia otra amiga que su madre, á su madre se lo declaró, enseñándole las cartas de Leon, y manifestándola la contestacion que le habia dado.

La señora Pepa se enorgulleció y no cabia en sí misma, por tener una hija semejante; y ella á su vez comunicó el secreto á su marido y padre; uno y otro lo dudaron, pero no se estremecieron. En el

tiempo que Leon estaba en su casa, lo habian conocido profundamente, y no tenian ninguna razon para avergonzarse del amor de Nuñez á su hija y nieta; exploraron discretamente la voluntad de ésta, y decidieron disimular hasta que el mismo Nuñez determinase.

Leon, muy ageno á lo que se sabia, creyendo que todos ménos su ídolo lo ignoraban, anhelaba oir de los labios de Elvira su suerte, aprovechando una ocasion propicia. Esta no se dejó esperar mucho tiempo.

Una tarde que la señora Pepa habia salido fuera de casa, por yo no sé qué comision, y que sólo Domingo acompañaba en casa á Elvira; temblando como si tratase de cometer un crimen, entró en el cuarto donde ella cosia, decidido á saber de sus propios labios el porvenir que reservaba á su amor.

—Si molesto á V., Elvira, me retiraré; dijo al entrar, en tono no muy tranquilo.

—Al contrario, puede V. sentarse y leer si gusta, contestó Elvira.

—Tiene V. algo que darme? se aventuró á replicar Leon.

—Creí que traia V. un libro en la mano, replicó Elvira.

Pasó un cuarto de hora sin que uno ni otro hablasen una palabra, pero Leon, que temia perder la ocasion, se aventuró á decir:

—Qué terrible es la incertidumbre, ¿no le parece á V., Elvira?

Elvira se puso colorada como una rosa de Alejandria, pero nada contestó.

Pasaron otro largo rato en silencio, durante el cual, Leon concentró toda su fuerza en su amor, y volvió á preguntar.

—Elvira, leyó V. mi carta?.....

—Sí, balbuceó ella, bajando la cabeza.

—Puedo esperar?..... interrogó de nuevo Nuñez.

Elvira sacó fuerzas de flaqueza, y volviéndose con alguna vivacidad hácia Leon, casi denunciando el secreto de su amor, le dijo:

—Señor Nuñez, despues de lo que se ha atrevido usted á escribirme, y que parece sentir, yo no sé qué manifestarle, pero.....

—¡Pero, qué, Elvira! interrumpió Leon; yo no he hecho más que confesarla un amor que ya no cabe en mi corazon desesperado, y que las virtudes de V. y sus encantos engendraron y desarrollaron en él, sin que ni uno ni otro nos hayamos apercibido, y por lo cual, ni mi situacion en la casa, ni mi gratitud á su familia, hayan sido suficientes para ahogarlo en mi alma, de donde no debió salir jamás.

—Por Dios, Leon, balbuceó la jóven delirante, usted es injusto; y añadió ella haciendo un supremo esfuerzo:

—Me he callado bastante tiempo, creia vencerme

con la virtud..... y esperaba llevar mi secreto á la tumba, desesperanzada.

—Usted no ha meditado sobre la posicion tan diferente en que nos hallamos los dos; porque entonces, siendo más discreto y justo, si V. me estimaba, hubiera callado imitándome.

—Puesto que es preciso, la responsabilidad toda será de V. Pero si es verdad que V. me ama ¿cómo ha intentado huir de esta casa, para caeren manos de la justicia?

—Elvira, ¿puede V. dudarlo?...

—Leon, interrumpió ella, sólo el peligro en que está su honra, puede arrancarme el secreto que habia jurado no saliese de mi corazon sino con la vida. No soy indiferente á su cariño... y si mi honra vale algo para V., no intente nada contra la suya...

—¡Elvira! ¡Elvira! interrumpió Leon con febril impaciencia, poniéndose ante ella de rodillas; la amo á V. con toda mi alma; el amor que es puro, todo lo allana; de V. depende mi honra y mi felicidad. ¡Dígnese V. concedérmela; se la pido en nombre de su abuela! (q. e. p. d.)

—Por Dios, levántese V., Leon, dijo avergonzada Elvira, ayudándole á incorporarse.

—Váyase de aquí..... eso es muy poco para que yo no lo conceda.

—No me irá hasta que V. me diga si está dispuesta á santificar el amor, que la profeso, ante Dios.

—Váyase V., Leon, si estima mi honra, y no quiere perder la suya. ¡Que yo le amo como se merecel.... balbuceó ruborizada Elvira.

—No quiero saber más, murmuró Leon.

—Esta noche me marcho de su casa para volver luego. Hasta despues, Elvira.

Leon se metió (en el cuarto que le habian destinado), completamente loco de amor.

De una ojeada abrazó todo un mundo nuevo, muy diferente á aquel en que habia vivido, donde le brindaban una felicidad serena, intensa, sin límites. Leon no habia creído en Dios, ni en la virtud de las mujeres, ni en la amistad de los hombres; hasta que el azar lo metió en aquella casa, dentro de la familia Conrel, y conoció á Elvira. Siete largos meses, que para él fueron brevísimos, eran suficientes para hacer una revolucion en sus ideas, cambiar sus sentimientos y revindicar á la sociedad en su conciencia.

Por los méritos y las virtudes de la familia Conrel, no desmentidos en un solo momento, perdonó la ingratitud de sus amigos, el rigor de sus tios, las torpezas de sus compañeros; y hasta al ministro de... que comprometiéndolo, le habia hecho encontrar aquellas perlas, entre la miseria.

Se reconcilió completamente con Dios, y el amor de aquella vírgen lo tornó cuerdo por completo.

## CAPÍTULO XXIII.

### EL SACRAMENTO DEL AMOR.

El primer testimonio de cordura de que quiso dar patentes pruebas, fué el de despedir al orgullo, y con el permiso de los de Conrel, se precipitó en la casa de sus tios á pedirles perdon, que en obsequio de la verdad, y cuando ya habian perdido toda esperanza de encontrarle, les sorprendió gratamente su inesperada venida, y le perdonaron de muy buena fé, obligándole á quedar en palacio escondido.

Pocos meses despues tuvo el sentimiento de llorar á su amada tia, la duquesa de K., que murió de la enfermedad del tiempo; dejándole, para que enjugase el llanto, su diezmodo patrimonio, para repartir con la de Fierabrás.

Al poco tiempo despues, con la fuerza de algunos regalos, pudo arrancar el indulto y ver á la luz del dia á su amada Elvira, con el permiso de la familia y de su tio, al que le habia referido la historia y

á quien pidió permiso para casarse á los dos meses de terminar el luto.

Alguna resistencia tuvo que vencer por parte de la Fierabrás, que pretextaba para no dar su consentimiento, lo bajo de la clase, la falta de pergaminos y la pobreza de su prometida; pero como Leon sabia á qué atenerse en cuanto á la prima Sisebuta, ésta renunció á su resistencia por medio de un honroso convenio; y el de García, despues de hacer exámen de conciencia á Leon, se anticipó á ser padrino de la boda, y el matrimonio, que es el sacramento del amor, se verificó entre Leon y Elvira con el consentimiento de sus padres y abuelo, y con toda la magestad y sencillez católica, en el oratorio particular del palacio del marqués de M. que, para celebrarlo con más pureza, hicieron muchas limosnas á los pobres, recogieron á la familia Courel en las tierras del marqués de M., nombrando á Antonio administrador general; colocaron á los hijos menores de éste en dos diferentes colegios, para seguir carrera. Horacio y Pepa se fueron al lugar donde habian nacido, allí compró el marqués una hermosa posesion, en donde suelen veranear Leon y Elvira, acompañándoles grandes temporadas...

## CONCLUSION.

Enriqueta de A. murió en un hospital de dementes, tres años despues del lance de su esposo; éste, con el hijo, se retiró de la política, y viven en el misterio, ocultos en un lugar de Extremadura.

La baronesa con el baron, continuaron flotando en la política, recibiendo y siendo recibidos.

—¿Por qué? un misterio.

El Sr. Castro aún no ha caido de su pedestal.

—¿Por qué? un misterio.

La de García Sanchez, con éste, se retiraron al cuartel general de S. M. legítima, á los pocos meses despues de casados Elvira y Leon, por yo no sé qué disputas, que envolvian tambien un pequeño misterio.

La verdad es que en el estado actual de la sciedad, vivimos entre misterios, comemos sobre mis-

terios; y la virtud, el honor, la lealtad, el patriotismo, son todo un purísimo misterio.

—¿Quién pagará?

La actual generacion no hace más que gastar lo que cobró la pasada.

Antes de que aquí concluya la presente historia, me despido del amable lector, deseándole larga vida para que pueda leer muchas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



## INDICE DEL TOMO II.

	<u>Páginas.</u>
Capítulo I.—La baronesa del Pino. . . . .	4
— II.—¡ Italia ! . . . . .	8
— III.—Dos diálogos y una intriga. . . . .	15
— IV.—Un ministro inesperado . . . . .	32
— V.—Delirio de una enferma. . . . .	38
— VI.—Un héroe como hay bastantes . . . . .	50
— VII.—Dos rivales pierden una reputacion. . . . .	64
— VIII.—¡Cómo se marchitan las violetas! . . . . .	68
— IX.—Una cita misteriosa . . . . .	79
— X.—Un banquete fúnebre. . . . .	90
— XI.—Un drama en tres actos. . . . .	111
— XII.—La Confesion . . . . .	120
— XIII.—Para dos granos de filosofía mil de mostaza. . . . .	133
— XIV.—El último beso. . . . .	139
— XV.—Paréntesis sobre el duelo . . . . .	147
— XVI.—Duelo de honor . . . . .	160
— XVII.—Una tertulia íntima. . . . .	173
— XVIII.—Dos palabras oportunas . . . . .	192
— XIX.—El ciudadano Conrel. . . . .	214
— XX.—Una familia como hay muchísimas . . . . .	235
— XXI.—El amor de una vírgen. . . . .	244
— XXII.—Un loco que se pone cuerdo. . . . .	246
— XXIII.—El sacramento del amor. . . . .	258
Conclusion. . . . .	260

INDICE DEL TOMO II.

CONTENIDO.

Páginas.	
1	Capítulo I.—La baronesa del Pindo.
8	— II.—El hallazgo.
15	— III.—Dos diálogos y una intriga.
32	— IV.—Un ministro inesperado.
38	— V.—Rebeldía de una enferma.
50	— VI.—Un héroe como hay bastantes.
64	— VII.—Dos rivales piden una república.
68	— VIII.—Cómo se mariposa la violeta.
70	— IX.—Una cita misteriosa.
80	— X.—Un bandante lúubre.
111	— XI.—Un drama en tres actos.
120	— XII.—La Confesión.
	— XIII.—Tern de granos de filosofía mil de mostaza.
133	— XIV.—El último beso.
147	— XV.—Fenómeno sobre el duelo.
160	— XVI.—Duelo de honor.
173	— XVII.—Una tertulia íntima.
192	— XVIII.—Dos palabras oportunas.
214	— XIX.—El ciudadano Corcel.
230	— XX.—Una familia como hay muchas.
241	— XXI.—El amor de una virgen.
240	— XXII.—Un loco que se pone cuerdo.
258	— XXIII.—El sacramento del amor.
300	Conclusion.

## ERRATAS NOTABLES.

---

Página.	Línea.	Dice	Lease.
49	22	frenze	frente
69	11	Algunas veces	Algunos meses
105	7	Alberto	Leon

---

## ERRATA NOTABLES.

Página	Línea	Debe	Debe
59	21	Teaxo	Teaxo
60	11	Algunas veces	Algunos meses
102	7	Albino	Leon



215.1  
3.570

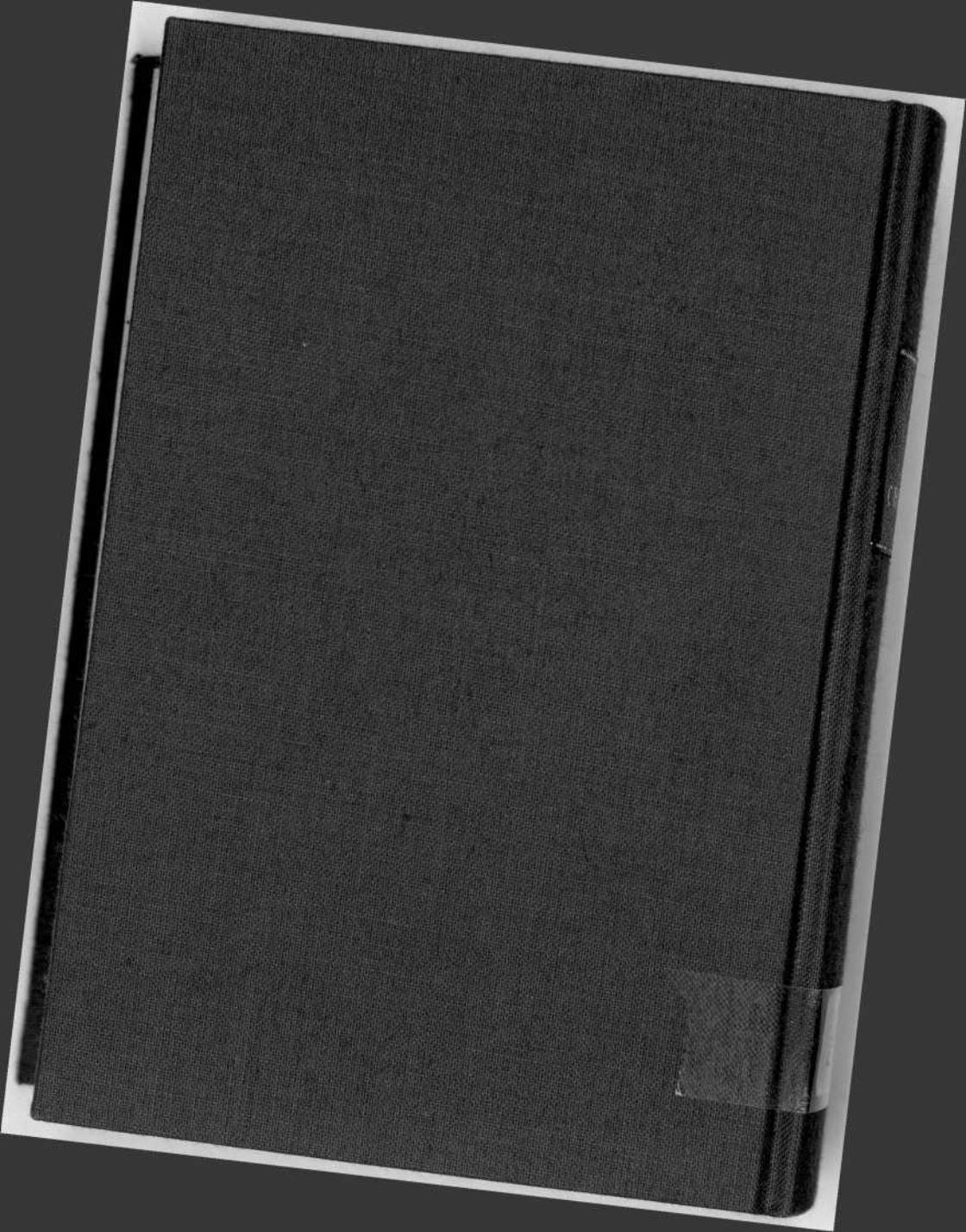












LA

CHUSMA

2072